

ANTOLOGÍA LITERARIA

El tema es la
CULTURA
tu cultura

Edición no venal. Prohibida su venta.

ISBN en trámite.

Ésta es una publicación de la **Secretaría de Cultura del Distrito Federal, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y Para Leer en Libertad AC.**

Artículo 38: Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Esta prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el Distrito Federal, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable ante la autoridad competente.

Octubre de 2013

Antologadora: Paloma Saiz Tejero.

Cuidado de la edición: Jorge Belarmino Fernández, Alejandro Gaspar,

Alicia Rodríguez y Lucía Segovia

Diseño de portada e interiores: Daniela Campero.

Presentación

Esta antología es una pequeña muestra de la producción de algunos de los escritores que participan en la XIII Feria Internacional del Libro en el Zócalo de la Ciudad de México. Es tan variada como los escritores que se hallan en sus páginas. Caricatura, cuento, crónica, ensayo, historia, periodismo, poesía, fragmentos de novela: contiene prácticamente todos los géneros y todas las categorías, desde la ciencia ficción hasta el análisis político. Es sin duda, una invitación sin par a la lectura y al porqué la lectura es importante. Prometo que no sólo nadie se aburrirá leyendo estas páginas sino que se divertirán, y mucho, y descubrirán nuevos autores y nuevas lecturas.

La Secretaría de Cultura de la Ciudad de México quiere darles las gracias a los escritores que aceptaron participar en ella. Sin su generosidad, no sólo no existiría, sino que tampoco sería posible la feria, así como estas páginas son el lugar para descubrir autores e ideas.

La Feria Internacional del Libro en el Zócalo es una oportunidad única para acercarse a los libros, para conocer a sus escritores, para participar en los tertulias literarias y en el debate político y social, es hoy la feria más importante de la Ciudad de México; ubicada en el corazón de esta gran urbe, está abierta a todos, es incluyente y democrática. La lectura construye una sociedad pensante y crítica. Disfruta, lector, de estas páginas y de cada uno de los días de esta fiesta de los libros. Son para ti.

**Secretaría de Cultura
Gobierno del Distrito Federal**

Índice

LA VISTA FIJA	
Alberto Chimal.....	11
LA TRAYECTORIA POLÍTICA DE RICARDO FLORES MAGÓN	
Armando Bartra.....	13
EL CUENTO PERDIDO	
Bárbara Jacobs.....	16
CARMEN	
Beatriz Gutiérrez Müller.....	19
LO QUE SEREMOS SIEMPRE	
Benito Taibo.....	23
EL RESPONSO DE LA CUCARACHA	
Cristina Pacheco.....	26
CARICATURA	
EKO.....	31
EL DESPERTAR DE LA CALLE	
Eduardo Antonio Parra.....	33
POEMA	
Eduardo Monteverde.....	40
EL RECADO	
Elena Poniatowska.....	41
ACTA DE NACIMIENTO	
Enrique González Rojo.....	47
SAN COCHO	
Eugenio Aguirre.....	50
LA ESTATUA	
Fabrizio Mejía Madrid.....	54
MI PEQUEÑA MOLOTOV	
Fernanda García Lao.....	59
CARICATURA	
El Fisgón.....	63
ESPERANDO A LIZ	
Francisco Haghenbeck.....	65
LOS MAESTROS Y LA SOPA DE TOMATE	
Francisco Pérez Arce.....	67
DE SEGURO	
Fritz Glockner.....	70
PANTALÓN DE PETO	
Gerardo de la Torre.....	76
EL LUGAR DEL DETECTIVE	
Gerardo Horacio Porcayo.....	82
JONÁS	
Guillermo Saccomanno.....	86
¡SHAZAM!	
Héctor de Mauleón.....	96

CARICTURA	
Helguera.....	101
CARICATURA	
Hernández.....	103
ODA A BOROLA TACUCHE DE BURRÓN	
Hugo Gutiérrez Vega.....	105
ENCUENTRO	
Javier Sicilia.....	108
LA NUBE DE VAPOR	
Jorge F. Hernández.....	109
MI ABUELO	
José Ángel Leyva	113
POEMAS	
José Emilio Pacheco.....	114
LOS UDS DE MICLOSPHARSHI	
José Luis Zárate Herrera.....	117
INSPECCIÓN DE GUARDIA	
Juan Madrid.....	121
CHICAGO	
Juan Villoro.....	125
LA FIESTA DEL COMETA	
Juan Miguel Aguilera.....	129
LA MALINCHE (Fragmento)	
Laura Esquivel.....	140
RUBÉN	
Luis Britto.....	143
EN CAMA	
Mónica Lavín.....	145
LAS PESADILLAS DEL DOCTOR ALEX	
Paco Ignacio Taibo II	149
AMOR, AMOR.	
Pedro Ángel Palou.....	152
IN FIDUCIAM DE LA JUVENTUD DE UN SANTO	
Peter Berling.....	161
9 MM PARABELLUM	
Rafael Marín.....	163
ENTREACTO AMOR FILIAL	
Rosa Beltrán.....	171
CYBERBULLYING SIN REGULAR	
Sanjuana Martínez.....	174
¿QUÉ ES UNA REVOLUCIÓN?	
Tariq Ali	180
Poemas	
Thelma Nava.....	184
CARICATURA	
Trino.....	187
LOS BARRIOS DE PARÍS	
Vilma Fuentes.....	189

LA VISTA FIJA

Alberto Chimal

Érase una niña pequeña y muy bonita, con chapas rojas rojas cual flores de rubor, vestidito rosa y bonito cabello rizado. Jugaba en un parque con su pelota y era muy feliz. Oyóse entonces un disparo, y la frente de la niña hizo ¡pop!, y una emisión hubo de sangre y sesos entremezclados que, flor también de rubor (aunque de otro, ¡ay, de otro rubor!), cayó en el pasto un segundo o dos antes que la propia niña. De la pelota no se supo más, y yo creo que alguien se la robó. Debe haber sido fácil porque hasta la niña, que no se movía y de cuya frente seguía manando ese caldo rojo y tremebundo, llegó una mujer de pants que se quedó con la vista fija en ella; un señor de traje barato que también se quedó con la vista fija en ella; un par de muchachos, con uniforme y peinados de escuela militarizada, que también se quedaron con la vista fija en ella.

Y una anciana de coche con chofer, su chofer, un grupo de novicias, tres policías, un comerciante informal, un malabarista de crucero, un ejecutivo de exitosa empresa y otros muchos más, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que tras llegar se quedaron igualmente alrededor de la niña, igualmente con la vista fija en ella, arruinando con sus pies descuidados el pasto del parque, favoreciendo la huida del posible y desalmado ladrón de pelotas, presas todos de la misma atracción: del mismo embrujo, imperioso y extraño.

Porque no se encontraban ante un televisor, no había reportero que comentara lo que veían, no se veía logotipo ni anuncio superpuesto ni nada entre ellos y las manchas rojas rojas en el pasto verde, los rizos manchados de rojo, los trozos de cráneo igualmente manchados de rojo, la expresión de sorpresa en la carita infantil, los bracitos y piernitas inertes, laxos, ya fríos.

Y, por ende, todo, todo cuanto veían era de ellos solamente: su secreto, como son secretos el frío del velador, las pesadillas del enfermo, mi propia voz como se oye desde adentro.

Así que allí estaban, llenos de un gozo nuevo, vivo y tembloroso, de esos que son inconfesables y agradabilísimos. Y cuando todos se encontraban a diez metros o menos, aun sin otro cuidado que el espanto ante sus ojos, la niña explotó y los mató.

LA TRAYECTORIA POLÍTICA DE RICARDO FLORES MAGÓN

Armando Bartra

Primeros pasos:

Reflujo del movimiento obrero y agitación estudiantil.

Un joven estudiante de Leyes se dirige a un mitin constituido por más de trescientos compañeros de la preparatoria y las escuelas superiores. Habla de opresión, de dictadura. Hay ira, excitación.

Alguien pide directivas concretas.

El orador propone difundir entre el pueblo la denuncia del régimen, llama a que se organicen brigadas de información de dos o tres compañeros y recorran la ciudad haciendo mítines-relámpago. Alerta contra la represión policiaca.

En los días siguientes la ciudad es escenario de enfrentamientos entre los estudiantes y la policía, y choques entre las brigadas y grupos de golpeadores de las organizaciones obreras patrocinadas por el gobierno. Finalmente, el ejército sale a la calle y en un tumulto frente al Palacio Nacional más de sesenta estudiantes son aprehendidos, entre ellos el joven orador del mitin. Un mes después la presión popular obliga al gobierno a ponerlos en libertad.

El dirigente estudiantil es Ricardo Flores Magón, tiene veinte años, corren los días de marzo de 1892 y se está

dando una de las primeras luchas contra el continuismo de Porfirio Díaz en el poder.

El ámbito pequeñoburgués de las primeras actividades de RFM no es casual. Durante las dos últimas décadas del siglo pasado la clase media ilustrada fue el refugio de una oposición política al régimen mínimamente organizada, mientras que la clase obrera no parecía ofrecer una perspectiva inmediata de acción.

En las décadas anteriores, el movimiento obrero mexicano había aparecido ya en la palestra política, sin embargo, en los últimos veinte años del siglo XIX entró en un profundo reflujo y sus organizaciones se desmembraron en una crisis total.

Con la formación en 1872 del Gran Círculo, el movimiento obrero había recibido un enorme impulso. La organización llegó a contar con más de 12 mil afiliados y en 1876 estaba constituida por 35 sucursales en 14 estados de la República. Publicaba un buen número de periódicos, entre los que destacaban *El Socialista* y *El Hijo del Trabajo*. Sin embargo, a partir de 1878 el asalto al poder del grupo porfirista interrumpe este vigoroso ascenso.

La dictadura porfirista inaugura en México la política de represión al movimiento obrero independiente, combinada con el control gubernamental sobre las organizaciones de trabajadores. Para 1879 esta política se apunta su primer éxito y el Gran Círculo cae en manos del grupo encabezado por Carlos Olaguibel, auténtico precursor de nuestro "charrismo", y fundador de la estirpe de Morones y Velázquez (años después, este agente del gobierno tendría un puesto en la Secretaría del Fomento, en recompensa a sus "méritos" en el movimiento obrero).

Un grupo de militantes del Gran Círculo lucha durante un tiempo por redemocratizar su organización y finalmente se escinde para formar un nuevo núcleo, el Congreso Obrero, que continúa publicando *El Socialista*. Sin embargo en 1888 el periódico deja de salir y para 1892 la organización prácticamente ha desaparecido.

Así, RMF nace a la vida política en un panorama en el que están ausentes los trabajadores organizados, mientras que el movimiento estudiantil se muestra activo y desata sucesivas oleadas de lucha (auge 1872- 1893, reflujo 1894- 1898, nuevo ascenso 1899- 1901). En estas condiciones su vocación revolucionaria tendrá que recorrer una trayectoria que partiendo de la pequeña burguesía radical se revierte, ya iniciando el siglo, en un movimiento obrero otra vez combativo.

(Tomado del libro *La Oveja negra*, Ed. Para Leer en Libertad)

EL CUENTO PERDIDO

Bárbara Jacobs

Si a un poeta es difícil creerle la historia de que perdió su poema consagratorio; bueno, si es difícil creer que a Coleridge lo interrumpieron mientras escribía su poema consagratorio, es imposible tomar por cierto que estas tragedias le sucedan a un cuentista. Quiero decir que un poeta todavía conserva a su alrededor y hasta en su lenguaje una atmósfera inmaterial que lo protege de la duda que él mismo despierta; pero no un cuentista. Mucho menos, si los términos perder o interrumpir participan de la posibilidad de ser metáforas. Sin embargo, lo que me sucedió a mí cuestiona mis propias afirmaciones de que no es creíble que un cuentista pierda su cuento consagratorio o sea interrumpido mientras lo componía. La otra tarde perdí un cuento que un cuentista había perdido y que yo me había encontrado.

Puse de cabeza mi estudio, en donde guardaba el cuento perdido en espera de que el cuentista diera señales de haberlo perdido y de querer recuperarlo. Deshice carpetas en busca del cuento, levanté el tapete, quité lo que cuelga de las paredes, fotografías, acuarelas, *collages*, calendarios viejos y calendarios nuevos, con la esperanza de dar con el cuento pegado detrás del forro de algún marco, la tela de una silla pintada al óleo, o del tapiz de un bosque canadiense en el otoño. Pero no encontré el cuento perdido y vuelto a perder.

Ya le había cobrado doble afecto, por cierto; pues se trataba de un cuento, aunque alarmante, novedoso, lo que hacía que me doliera que su autor lo hubiera extraviado y, lo peor, que no lo reclamara. Pesar sobre pesar. Y si añadía el elemento de alarma, el asunto producía en mi búsqueda una inquietud de igual forma doble. Llegué a gritarle por su nombre, a ver si respondía.

Bueno, llegué a enloquecer. A pesar de que estaba segura de que el cuento no había salido de mi estudio, partí de noche en su busca con una linterna a una zona de la ciudad, en las orillas, en la que tenía entendido que había una cueva en la que se refugiaban fugitivos de toda clase: sí; fugitivos; pero, ¿un cuento? ¿Qué me hacía sospechar que el cuento doblemente perdido hubiera ido a dar a esa cueva de desechos, de desertores de la vida, transitorios o definitivos? Sin embargo, hacia ese depósito inseguro me dirigí, impulsada por la urgencia de volver a tener en mis manos el cuento perdido y vuelto a perder. Me temblaban los dedos. No me perdonaba el descuido con el que había pretendido más bien atesorar mi hallazgo. ¿En dónde lo podía haber puesto? Hablo de un cuento, y no tengo la certeza de que nuestro texto en cuestión lo fuera. Y hablé de que su sino era de alarma. A ratos pienso que podía en realidad tratarse de un poema, pues era memorizable; de hecho, yo lo había memorizado. Apenas unas dos líneas y un poquito más. Cuento o poema, era alarmante, ¿género de horror? O terror. O realismo llevado a sus últimas consecuencias. O humor negro. O informe psiquiátrico. O fantasía desquiciada.

De forma intuitiva o mecánica, en camino hacia la cueva iluminaba los troncos de los árboles. Me animaba la

esperanza de ver clavado contra ellos un letrero con el aviso de una recompensa a quien encontrara un manuscrito, unos papeles, un legajo de tales y tales características y lo devolviera a su dueño, palabras a las que seguirían las señas del cuentista.

La cosa es que a la cueva llegué con las manos vacías, doblemente, sin el manuscrito y sin la demostración de que su creador quisiera recuperarlo. ¿No lo quería? ¿Entonces no lo había perdido, sino que se había deshecho de él? ¿Al ser anónimo y no reclamado, el que lo encontrara podía apropiárselo? ¿Era mío, aun cuando yo también lo hubiera perdido? ¿Haberlo memorizado era la prueba fehaciente de que era mío? Y, si en el trayecto de sus pérdidas, las dos que me constaban, más otras probables, otras mentes lo hubieran memorizado, ¿de quién era el cuento perdido y vuelto a perder y vuelto a perder?

Con estas preguntas en la cabeza llegué a la cueva. Para internarme en ella, usé el cuento de contraseña. Lo dije en voz alta: “Cuando me rompí en pedazos, logré agacharme y recoger la mayoría: pero, al intentar la reconstrucción de mi persona, desconocí el orden de los fragmentos”. Para terminar, añadí: “Heme aquí”.

(Marzo de 2002, *La Jornada*, México)

CARMEN

Beatriz Gutiérrez Müller

La volvieron a ver con su túnica blanca, casi arrastrándose sobre las baldosas.

Tenía un rostro transparente; brotaban sus venas.

Caminaba muy erecta, aderezada de melancolía. Dicen que daba pasos intentando hallar un buen sitio para la imagen de Santiago Apóstol. La tenía por regalo: regalo de la abuela extinta, devota y arcaica.

Años antes, Carmen era la luz del mundo. Una gitana con destino que solía mesar los cabellos ajenos. Y extendía plegarias a Santiago, comendador de las tribulaciones. Por consejo del apóstol, cantaba salmos de feliz: “Tú eres un cobijo para mí, de la angustia me guardas, estás en torno a mí para salvarme”. Salvarme, salvarme, petición muy de las entrañas le salía.

Así corriendo, ella se había marcado comisuras en el rostro. Vagaba en el Mediterráneo como polvorín, echando velos al aire para salvarse en cada arribo y descenso. Contaba capiteles en cada puerto y ciudad para sumar, siempre. A cada centena, extendía los brazos y con su túnica blanca se desplegaba como un ángel. Luego, como Cupido a punto de lanzar, recogía una piedra que hubiera en derredor; si se la había tomado prestada una mina, robaba una hoja de laurel del árbol de su abuela, tan vieja, discreta y jurante.

Piedras y laureles llenaban entonces el contiguo cuarto al suyo. Acomodados sin trasponerse, estaban por orden de llegada. Contaba en el cuarto aquel, cuando la veían semidiosa, dos mil trescientas cuarenta y cinco piedras y trescientos veintisiete laureles. Eso decían. Y creían la fardada y miraban piedras de todos los sitios: de antiguos vikingos, de nuevos macedonios; piedras de fenicios, moros y viejos emigrantes judíos, de recién avenidos colonizadores. El cuarto aquel era múltiple, oloroso, tímido.

Carmen esperaba. Pero no tejía: contaba. Nunca permaneció en un sitio. Esta mujer de blanco rostro, manos cuadradas y mini factureras, salía por el día o por la noche. Con la imagen de Santiago arrollada en su faja, hacía barruntos sobre el claro y el oscuro. Le molestaba el aire de la tarde y más si llovía, pues la fe ciega (a esas horas) se eclipsaba si no le hablaba el futuro. Comía una manzana y pensaba en los viejos druidas: cómo curar un mal de olvido, un mal de amor. Entonces, ella se desvanecía asegurada de una pared o un árbol, y lloraba. Pero el llanto no la sometía. Un claro se apeaba sin anticipo alguno y Carmen, ensolecida, dejaba escapar una tibia sonrisa, más valedera que la carcajada. Pura fe.

Pasado entonces el eclipse, la mujer ligera y sutil emprendía camino. Lo había de esperar, a él, prometido estaba. Y mientras, a reconocer la torre de Pisa, a caminar por las cuatrocientas salas del Palacio Borromeo de Milán, a respirar con Ghirlandaio y a comer donas en los jardines del Pórtico de la Gloria. Estar cerca de Santiago de Compostela, eso quería Carmen. Encomendarse en la espera, huir —con la mano del apóstol—, de toda plañidera idea de un

Antología literaria
futuro sin el héroe que esperaba. Por absoluta convicción. Por absoluto amor. Por destino.

El rostro de Carmen rejuvenecía. Los años le habían cobrado algunas toses y otros mareos; tiras blancas habían nacido en su cabellera, no muy larga ni abundante, que volaba a su par y caía cuando ella, algunas tardes, perdía la fe: “¿Tú tienes fe? Pues yo tengo obras. Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré las obras por mi fe”, leía cientos de veces en el Evangelio. Y así no tenía Carmen más vehemencia: salía tierna de su caparazón para servir como gladiadora, arañar al tirano, sumergirse en la profundidad del mar y robar un caracol para obsequiarlo en buena lid. Pero sobre todo, ahíta de sonrisa, esparcía anhelos a quienes la veían. Dicen que era una gloria verla renaciendo y contagiando buenos augurios.

Así pasó Carmen infinitos días. La prisa la tenían sus manos para acomodar piedras y laureles, más multiformes y coloridos; la pieza aquella era un destello que se veía a leguas por el cielo o por la tierra. Y ella sonreía; confiaba en que su espera acabaría cuando el hombre que esperaba apareciera por la celosía y le dijera “he vuelto”. “Volverá, volverá”, se repetía sin medrar y disponía tés de jamaica, azahar, hierbabuena y anís, para el convite, sobre una carpeta blanca. Y su túnica blanca se deshacía en complacencias: iba y venía con el porvenir y la promesa a cuestas.

La volvieron a ver con su túnica blanca, casi arrastrándose por las baldosas.

Tenía un rostro transparente; brotaban las venas por su faz. Sus manos cuadradas eran púas; su cabello, oscuramente blanco.

Dicen que sólo tenía prisa por guardar la imagen de Santiago Apóstol, lo único que quedaba tras el incendio. Ocurrió que la tarde un día se convirtió en noche y luego en día así, de forma perenne, y Carmen, enjuta y menoscabada, siguió llorando. Dicen que todo ocurrió un instante antes de que se convirtiera en estatua de sal, plegada a la ventana cuando el viento dejó de correr.

LO QUE SEREMOS SIEMPRE

Benito Taibo

“Sabes que no puedes volver
a ser lo que has sido, pero no
sabes aún lo que eres.”

NORMAND SPINRAD

Ver pasar a la gente no es ningún pretexto, en Nueva York parece ser el deporte preferido de viejos, jóvenes sin trabajo y algún turista que salió sólo por un momento de la tienda cercana.

Y así estaba yo, viendo pasar a la gente, a los codrilos de Wall Street, a las panteras esbeltas que salen a comprar un sandwich de salami y gruyere —sin mostaza por favor—, a los osos descuidados y torpes que buscan latas vacías en los basureros, a las gacelas con portafolio y tenis y cabellera miel.

El aire del río, me dijeron alguna vez; pero me pregunto siempre ¿cómo carajo llega el aire del río a la quinta avenida? ¿quién lo trajo? y no importaba, el aire del río me llenaba los ojos y la garganta, la piel y la mirada.

—¿Do you have a match? (sí, sí tengo, pensé en español, y en español metí la mano a mi chamarra nueva comprada en oferta por 14 dólares).

Y en español di vuelta a la cabeza, y en español te vi, sentada ahí, junto a mí, en las escaleras de la biblioteca pública

de Nueva York, lejos de casa, lejos de todo lo que podía (si hubiera podido) habernos unido de nuevo alguna vez.

Y nos quedamos viendo, y el cerillo (en inglés) quemó tres dedos de la mano que había metido a la chamarra, y tu cabello de fuego quemó los últimos recuerdos de la mujer que me esperaba en casa; esa mujer que compartía mi cama desde hacía tres años, esa mujer que desayunaba huevos a la mexicana y se lavaba los dientes y ponía los discos.

Y descubrí el hueco de ti que tengo adentro, sólo llenado a veces por las fotos que guardo en el cajón de la ropa (hasta abajo, para que nadie sospeche), y descubrí que tenías los mismos ojos, la misma boca, el mismo color de piel, las pecas, el cuerpo que siempre había deseado, que fumabas igual, te sentabas igual, pronunciabas terriblemente mal el inglés (como siempre) y la calle se quedó congelada, desaparecieron los animales de ese zoológico que es Manhattan, desapareció la biblioteca pública, desaparecieron los días de angustia y de zozobra. Porque ¿sabes?, de alguna manera yo presentía este glorioso encuentro, así, sin querer, en terreno neutral, en una calle desconocida por nuestros pasos y frente a gente que no tenía ni idea de lo que pasaba. Sin los testigos obvios (a saber: la dueña de la tienda de enfrente, los vecinos, el malencarado vendedor de periódicos, el chofer ruta 100, que acabó conociéndonos, tu madre...).

Y mientras Manhattan seguía congelándose, recordé los días de playa, la tarde que se murió la perra, los cigarrillos consumidos en el cenicero mientras hacíamos el amor, los peces que compramos una vez en Xochimilco, los libros discutidos, los poemas a media voz.

Y no sé cómo se lo voy a decir a mi mujer, con qué cara de imbécil le voy a contar, que ya no la amo, que no pienso regresar, que a ti te amé desde siempre, que lo nuestro fue lo único verdadero e importante, que venda los libros, que tire la televisión por la ventana, que me dé el divorcio a toda costa; que yo le podré pasar una renta mensual para comprar cientos de pastas de dientes con fluoruro; que se quede con el coche, que venda la tienda, que vaya para siempre a Río de Janeiro o al carajo!!!

Y mientras esto pensaba, la quinta avenida se fue descongelando, recuerdo tus ojos, fríos, mirándome como quien mira a un niño que no es suyo.

Y metí de nuevo la mano en el bolsillo de la chamarra de oferta, saqué la treinta y ocho especial (también de oferta) y vi cómo tu sangre corría por los escalones de una biblioteca que seguramente nunca más volveré a visitar.

(Tomado del libro *Benito y sin embargo amigo*)

EL RESPONSO DE LA CUCARACHA

Cristina Pacheco

La casa, convertida en funeraria desde hace cinco años, no pierde el clima de una vida doméstica que alguien, alguna vez, llevó en el edificio con muros rosados y mosaicos verdes en el piso. Las habitaciones, la sala-comedor, ahora son capillas ardientes pero ni la carencia de adornos ni los Cristos que hay en sus paredes bastan para imponer severidad: es como si aún flotaran aromas de comida, como si resonaran en los cuartos parlamentos de mil telenovelas que alguien escuchó entre derroches de lágrimas e hilaza.

Por la escalera con pasamanos metálico, pintado de blanco y ya bastante sucio, suben y bajan grupos de personas que van a la supercocina próxima en busca de un poco de alimento o de café “pa’siquiera aguantar la desvelada”. En el pasillo de arriba junto al baño, un teléfono público traga veintes y devuelve silencio. No falta quien maldiga, quien declare “tengo qu’irme, mis gentes están solas”. Vienen los llantos en sordina, las despedidas, los abrazos, las fases reconfortantes y esas palmaditas que siempre se dan sobre los hombros de los deudos: suenan tan graves, tan pavorosas como los martillazos del carpintero que ensambló el féretro.

De cualquier puerta que se abra salen murmullos, oraciones, gemidos. Pero hay un cuarto —el último, el más pequeño de la casa— de donde no sale el mínimo ruido. Quien se asome por equivocación verá cuatro cajas blancas,

Antología literaria
modestísimas, colocadas en fila. Junto a ellas no hay nadie que rece, nadie que despida a esos cuerpos horriblemente calcinados. Sólo una cucaracha va y viene por el piso y a veces hace ridículos intentos de vuelo. No muy lejos, inconsciente por efecto de una pastilla administrada con caridad cristiana, la madre de esos niños cree sentir cuatro dagas horribles que hacen sangrar su sueño.

Así en la vida como en la muerte

Madre soltera, Delfina tiene que dejar a sus hijos todo el día encerrados en un cuartito de azotea: tres metros cuadrados, poca luz, pésimo aire y una cuantiosa dotación de insectos. Más allá de la puerta —asegurada apenas con una cinta roja porque aún no se pudo comprar un buen candado— está el pasillo donde juega, ejercita sus patas y su furia “Lobo”, un perro mucho más sano y libre que los niños, propiedad de Simona, portera del edificio.

Los cuatro hermanos —que van de los siete años hasta los siete meses— no conocen más mundo que este espacio. Por la radio han aprendido las canciones que muchas veces entonan en grupo, entre risas y bromas. Saben también buena cantidad de anuncios que hablan de productos y golosinas que jamás probarán y que codician. Para su inquietud infantil, para sus inevitables pleitos fraternales, el mundo les destinó sólo tres metros de penumbra. Varias veces al día la madre los visita hasta que finalmente, ya noche, se derrumba en la cama, con el niño de siete meses entre los brazos a quien con su aliento, envuelve de esperanza.

Es seguro que en ese cuarto hubo también buena dosis de impaciencia frente al llorón que no alcanzó a tirar

el primer diente, pero sufrió escozor, irritación, molestias que alguien calmó frotándole alcoholito, manteca o dejándolo a merced de un sueño muy pesado, consecuencia de horas de llanto solitario.

La madre, que es soltera, asume por completo la responsabilidad de mantener y educar a sus hijos. Aislados, los preserva del mal que hay en el mundo y para enriquecerlos del espíritu habla de amor a Dios, respeto a los mayores, fe en la vida. Comprensiva, entiende que el espacio mismo disciplina a sus hijos, así que no tiene que prohibirles nada, excepto que jueguen con cerillos: “Ya ven que ni siquiera yo prendo mi veladora pa’l Santísimo: él sabe bien cómo se la tengo en mi corazón”.

De rodillas ante la vida

Llena de agradecimiento porque sus patronas le dieron trabajo aun cuando tuviera dos criaturas (“Pero no me las traigas aquí abajo: que jueguen en su pieza, porque si no luego es un lío y ni te dejan trabajar a gusto”), Delfina se desvive por agradecerlos: plancha, cocina, mantiene limpias las habitaciones y es tan honrada “que así deje yo mi monedero, jamás toma un centavo... Por buena, por servicial le aguanto que a cada rato me salga con que va’tener chiquillo”.

Retraída, Delfina habla poco de sí misma; sin embargo una noche, luego que vio con su patrona un capítulo de “Yara”, se sintió conmovida por las desdichas de “la hermosa lacandona” y le vino la urgencia de deshacerse de las suyas:

“Mi madre se murió cuando yo’staba muy chiquilla. Mi papá se casó con otra señora qu’era re’bien pegona. Sufrí

harto y un día, ¿qué cree que m’hizo? Como rompí su cazuela de barro nueva, me talló el brazo con los tepalcates... Tavía tengo las marcas... Me dio harto sentimiento que mi papá, en lugar de contentarme cuando llegó del trabajo, me soltó de cintarazos ‘por taimada’. Desde’se mismo rato pensé mejor me voy, aquí ¿pa’qué me quedo? Pasé las de Dios es Cristo hasta que jallé trabajo en una casa. Luego, pos vino l’amor: m’enfermé de mi Anselmo, el mayorcito, y cuando ya iba yo pa’que naciera, la patrona me corrió. Fui al Seguro y allí una señora que me vio necesidá, me dijo que cuando me aliviara me fuera a trabajar a su casa... Estuve año y medio, hasta que volví a enfermarme de mi Elizabé. Como la patrona tenía sus siete muchachos, era imposible caber. Me tuve qu’ir y luego me vine aquí... Gracias a Dios mis dos últimos chamacos han nacido con usté... yo’stoy contenta. En veces siempre viene mi segundo señor a visitarme y me promete de cosas, pero luego ni se acuerda. No me mortifico ni me pesa tener a las criaturas: no’stoy sola, tan siquiera. Si batallo y me amuelo es par’ellos... Ya nomás que pueda voy a ponerlos en la escuela de aquí cerquita. La directora ya me dijo que los recibe y todo y hasta me los invitó pa’ la fiesta del Día del Niño. Había que ver cómo ‘staban de animadísimos. Comieron ansias y como les dije yo: ni que nomás a una fiesta fueran’ir en su vida, criaturas...”

La cucaracha

Repulsivas, peludas, silenciosas, las cucarachas no gozan de buena reputación. Bajo el cobre de siglos de su piel quizá sonrían porque se saben herederas del mundo: ellas no pasarán. Incapaces de actos que no sean arrastrarse, sorprender, mero-dear, se les tiene por la ruindad con patas.

La otra tarde una sola —por fastidio, por desorientación, tal vez por gula— rompió las tradiciones y sin saberlo fue generosa y rescató a su especie. En una capilla donde cuatro ángeles decapitados aguardaban el momento de bajar a su última morada, la cucaracha les hizo los honores. Con pasitos muy lentos anduvo recorriendo las paredes y allí donde no hubo ni rezos, ni llantos, ni hermosos sentimientos, brilló, como una flor perfumada.

(Tomado del libro *Para vivir aquí*, Ed. Plaza y Janés)

EKO



EL DESPERTAR DE LA CALLE

Eduardo Antonio Parra

Antes del amanecer, sumida en el letargo propio de los días de fiesta, la colonia permanecía en una penumbra borrosa. Sólo a lo lejos eran visibles las parpadeantes luces del mercado, donde los puesteros iniciaban el trajín con la esperanza de agotar durante la mañana los juguetes y pinos traídos para la temporada. Una niña cercana a la adolescencia recorría la calle con andar perezoso, sonámbulo, como el de quien no desea arribar a ningún sitio. A cada paso volteaba hacia atrás con mirar nervioso. Esquivó un charco, dio dos o tres pasos titubeantes y se detuvo ante una vivienda. Después de frotarse los antebrazos en busca de calor, empujó la puerta hecha de tablones irregulares. Adentro la rodeó una neblina densa. Al aguzar la vista pudo distinguir la cama vacía, lágrimas de humedad en las paredes, una cubeta de lámina donde agonizaban las últimas brasas y, junto a ésta, la silueta angulosa, menuda, del cuerpo de un niño. Sonrió al verlo, mas la sonrisa quedó velada detrás de la nube de vaho que brotó de su respiración. Joaquín, perdóname por haberte dejado solo esta noche, dijo. Revisó el montón de pavesas en el balde y fue a una caja situada a un costado de la cama. Se acabó la leña, pero todavía hay revistas, además se me hace que hoy sí va a salir el sol.

Encontró una resma de fotonovelas. Tomó la primera y rompió sus páginas en trozos pequeños, para luego de-

jarlos caer dentro del balde. Una llama débil pareció revivir. La niña esperó a que adquiriera cuerpo, y entonces soltó las revistas hasta que el fuego se alzó y las sombras del cuarto bailaron desquiciadas. No me mires así, deveras no quería irme, lo hice nomás por ver si te iban a cumplir. Para esquivar la mirada triste de Joaquín, ella hundió la suya en el rincón más lejano. Reconoció en el suelo un vestido hecho bola y unos huaraches. ¿No volvió?, no, qué va a volver, si cuando se pone su vestido negro y apretado y esos zapatos de tacones altos que no sé cómo no se le quiebran entre el zoquetal y las piedras, y se adorna con su peluca güera y el collar y se pinta para verse guapísima, seguro desaparece días enteros.

Joaquín emitió un par de balbuceos y ella se inclinó hacia él. Trató de abrazarlo, aunque no supo cómo, así que mejor le acarició la nuca. Lo arrullaba llena de compasión. Suavizó el tono de su voz, y ahora se escuchó a sí misma un tanto maternal, conciliadora. Pero no te enojés con ella, chiquito, lo hace por nosotros, para darnos de comer y, a lo mejor te trae lo que querías. Se irguió de nueva cuenta y dio unos pasos alrededor del fuego. Llevó las manos frente a su rostro, les sopló un poco de vaho y enseguida las escondió en la espalda. Un rayo de claridad, todavía muy pálido, empezaba a colarse dentro del cuarto y tornaba nítido el bulto inmóvil del cuerpo de Joaquín. Se acuclilló junto a él.

Ven, déjame acercar tus manitas a la lumbre, no te pongas duro, por favor, ni te enojés, piensa mejor en ese tren que pediste, en tu silla, en los muñecos que hablan, yo te voy a ayudar a pedirselos a los reyes, porque el viejo ese del traje rojo nomás no va a venir, mi chiquito. Al escuchar una queja, se dio cuenta de que había acercado mucho los

Antología literaria
dedos de Joaquín al fuego. Lo soltó, se los acarició mientras les soplabá, y enseguida se puso de pie, quedándose quieta unos segundos.

Bien decía la abuela que no debíamos creer en él, ¿te acuerdas?, que no venía de Dios, que era un invento de los gringos. Pobre abuela, si viviera no estaríamos solos, congelándonos, con esta hambre; ni la hubiera dejado a ella llevarte con ese hombre vestido de peluche que me dio tan mala espina desde que te sentó en sus rodillas. Tú no te fijaste bien, pero apenas si te oía pedir tus regalos, todo distraído, con cara de aburrimento, sin pensar otra cosa que no fuera deshacerse de ti pronto. Seguro ni entendió lo que dijiste, y luego, al ver que querías abrazarlo, te devolvió a ella como si le reclamara por haberte llevado. La niña caminó despacio hacia la cama, dándole la espalda a Joaquín. Ella se fue contigo y me dejó ahí, confundida, hasta que él me agarró de la cintura y me sentó en sus piernas. ¿Y tú qué me vas a pedir?, me preguntó en la oreja con voz baja. La boca le apestaba igual que a ella cuándo regresa en la madrugada, igualito, y nomás recuerdo cómo me raspaban sus dedos bajo la falda y las ganas de correr, de venirme a la casa, de olvidar esa respiración con olor a puerco y esa voz ronca de hombre malo. Todavía, mientras me zafaba de sus manos, alcanzó a decirme: Poco a poco te vas pareciendo más y más a tu madre. La niña se dejó caer sobre la cama tapándose el rostro, y un sollozo le sacudió el pecho. Al apartar las manos, la caída de una lágrima le dio a sus facciones un aspecto adulto que contrastaba con su cuerpo aún infantil. Me entretuve en el mercado buscando a los reyes, porque según la abuela ellos sí le llevaron sus

regalos a Jesús cuando era chiquito, y yo quiero que también te los traigan a ti, que eres tan guapo como un niño Dios, aunque a veces estés así, igual a un hombre, serio, quieto, callado, con los ojos abiertos, mirándome como si no me conocieras.

Los rasgos de la niña se endurecieron. Recorrió con la vista las sombras que ya se desgajaban en claroscuros, y trazó con los labios una sonrisa fría. Luego cogió en brazos a Joaquín, con cuidado, como si se le fuera a desbaratar. La abuela me contó que uno de los reyes es negro. Negro de a de-
veras, y no nomás prieto como el viejo ese de las barbas blancas, que luego luego se ve que no son suyas. Se le movían por la cara cuando me arrimaba la boca al cuello. Son tan falsas como él. Por eso supe que los dos te habían jugado chueco, ella y el viejo, y volví a buscarlo, para ver si iba a ser cumplidor contigo, chiquito. Lo hallé a la orilla del mercado emborrachándose con otros hombres, con los cargadores y los puesteros, riéndose a carcajadas, y sentí que se reía de ti. Por eso me quedé a vigilarlo. Y tuve que aguantarme el hambre y el frío muchas horas. Acostó a Joaquín en la cama y lo abrigó con su propio cuerpo, pero el niño gimió y después empezó a jadear. Se apartó de él y recogió el vestido para acomodárselo a manera de almohada. Después se tumbó encogida en una esquina de la cama.

Cuando ya había tomado mucho con los otros, se quitó el gorro y la peluca y se los metió en la bolsa del pantalón. Al rato también la barba. Y si no fuera por el traje de peluche, hubiera parecido otro cargador. Estuvo allá hasta hace rato, luego se despidió. Yo lo seguí y vi cómo se tambaleaba. Para caminar se sostenía de paredes y postes. Y

Antología literaria
aquí adelantito se pasó mucho rato tratando de abrir una puerta. Y ahí estaba yo, esperando todavía verlo entrar y salir cargado con tus regalos, cuando escuché unas pisadas y volteé para descubrirla a ella, igual de borracha que él, con una botella que se empinaba mientras daba pasos de lado.

Desde la cama, el techo de lámina era ahora completamente visible. Unos gritos de alegría infantil que venían de las casas vecinas provocaron un estremecimiento en la niña. Contempló a Joaquín, quien parecía dormir, y se levantó con el fin de cambiar de sitio la cubeta, un poco más cerca. Enseguida regresó junto a Joaquín. Nomás lo vio y corrió para alcanzarlo y abrazarlo y rogarle que no la dejara sola esta noche. ¡Que no la dejara sola! ¿Y ella a nosotros? No sabes lo que sentí, chiquito, al oírla decir mi amor, vuelve conmigo, papacho santo, me haces mucha falta. Y yo sin moverme, sin poder quitarme los temblores de encima. No supe qué hacer para evitar que abrieran la puerta y se metieran muy juntitos, ella besándolo y él manoseándole todo el cuerpo.

La niña se engarruñó en una posición fetal, cruzando los brazos y juntando las piernas. Luego comenzaron los gritos y los insultos. Nunca había oído lo que se dijeron, lo que ella le reclamaba, lo que él contestó refiriéndose a la hija que pronto seguiría los pasos de la puta de su madre. Y la golpeó, chiquito, pero oí cómo ella se defendía igual que gata cercada. Luego aventaron la puerta y salieron a la calle como si alguien los hubiera empujado desde dentro. Él estaba sin camisa y sin zapatos, aunque se había vuelto a poner el gorro, la peluca y sus barbas blancas. No llevaba el saco, nomás el pantalón de peluche, y lo traía sucio y

medio caído. Afuera siguieron pegándose y jaloneándose. Y todo terminó cuando ella le estrelló al viejo una y otra vez la botella en la cabeza hasta que se reventó y brincaron vidrios por todas partes. Cayó en el lodo. Ella lo miraba con esa mirada perdida que se le pone en los ojos si toma, más rara que nunca por los golpes. Después se fue corriendo, asustada porque el viejo no se movía.

La calle despertaba. La algarabía de los chamacos era un escándalo de gritos y carcajadas. La niña alzó la cabeza al escuchar el ruido de algunas puertas que se abrían y, lejanos, los motores de los primeros camiones atravesando la colonia. Se estiró, se sentó unos segundos, pensativa, y enseguida se puso de pie junto a la cama. Por eso te digo que ese viejo de rojo ya no va a venir. Tampoco ella, menos con el miedo que ha de tener de que la agarren por asesina.

Levantó un pie a la altura de la boca del balde y, al no sentir calor suficiente, caminó hacia un rincón para buscar en otra caja algo que pudiera arder. Encontró periódicos viejos, unos papeles llenos de sellos y varias fotografías. Echó los periódicos y los papeles, que ardieron de inmediato, y después de verlas un momento, fue quemando las fotografías, una por una. En todas aparecía la misma mujer, primero muy joven, más tarde ajada, envejecida, sola, con hombres distintos, con una niña pequeña, con dos niños. Se fue corriendo como siempre, Joaquín, porque de algunas casas se asomaron al oír los gritos. Vieron al viejo tirado y se volvieron a meter rápido. Entonces me acerqué al hombre ese. Tenía cortadas y descalabradas por todos lados y la cabeza con mucha sangre, aunque todavía respiraba. Las barbas flotaban en el zoquete, hechas un asco de mugre,

Antología literaria
manchadas de rojo, y él volvió a ser nomás otro borracho de la colonia, uno de los que me dicen cosas cochinas si me ven venir. Por eso, cuando se iba a levantar, primero le di las manos, pero luego lo dejé irse de boca otra vez dentro del charco.

La niña se tomó unos minutos para ver la última fotografía. En ella su madre posaba con un vestido negro, entallado y brillante, junto a un hombre moreno vestido de traje, que mostraba con orgullo un diente de oro al sonreír. La arrojó al fuego. Después caminó hasta la puerta y la abrió, dejando entrar al cuarto un chorro de luz acompañado por el aire frío y una gritería divertida. Se asomó a la calle. Algunos chamacos rodaban sus carritos de plástico, o azotaban trompos contra el suelo, o llenaban sus bolsillos con canicas de diferentes tamaños y colores. Se presumían entre sí sus regalos recién abiertos. Ella no pudo evitar una mueca de gusto al verlos tan contentos, que se fue desdibujando cuando miró de nuevo hacia la cama donde Joaquín mantenía los ojos cerrados, imperturbable, respirando tranquilo al calor del balde. Por eso lo mejor es esperar a los reyes, chiquito, como decía la abuela.

POEMA

Eduardo Monteverde

Escribo para usted
 en persona primera
 que usted es la segunda
 en la frontera de su piel
 yo desde la mía
 que es la primera

Escribo y lee
 en la defensa
 en singular o en plural
 pluscuamperfecta

EL RECADO

Elena Poniatowska

Vine Martín, y no estás. Me he sentado en el peldaño de tu casa, recargada en tu puerta y pienso que en algún lugar de la ciudad, por una onda que cruza el aire, debes intuir que aquí estoy. Es éste tu pedacito de jardín; tu mimosa se inclina hacia afuera y los niños al pasar le arrancan las ramas más accesibles... En la tierra, sembradas alrededor del muro, muy rectilíneas y serias veo unas flores que tienen hojas como espadas. Son azul marino, parecen soldados. Son muy graves, muy honestas. Tú también eres un soldado. Marchas por la vida, uno, dos, uno, dos... Todo tu jardín es sólido, es como tú, tiene una reciedumbre que inspira confianza.

Aquí estoy contra el muro de tu casa, así como estoy a veces contra el muro de tu espalda. El sol da también contra el vidrio de tus ventanas y poco a poco se debilita porque ya es tarde. El cielo enrojecido ha calentado tu madre selva y su olor se vuelve aún más penetrante. Es el atardecer. El día va a decaer. Tu vecina pasa. No sé si me habrá visto. Va a regar su pedazo de jardín. Recuerdo que ella te trae una sopa cuando estás enfermo y que su hija te pone inyecciones... Pienso en ti muy despacio, como si te dibujara dentro de mí y quedaras allí grabado. Quisiera tener la certeza de que te voy a ver mañana y pasado mañana y siempre en una cadena ininterrumpida de días; que podré mirarte lentamente aunque ya me sé cada rincón

de tu rostro; que nada entre nosotros ha sido provisional o un accidente.

Estoy inclinada ante una hoja de papel y te escribo todo esto y pienso que ahora, en alguna cuadra donde camines apresurado, decidido como sueles hacerlo, en alguna de esas calles por donde te imagino siempre: Donceles y Cinco de Febrero o Venustiano Carranza, en alguna de esas banquetas grises y monocordes rotas sólo por el remolino de gente que va a tomar el camión, has de saber dentro de tí que te espero. Vine nada más a decirte que te quiero y como no estás te lo escribo. Ya casi no puedo escribir porque ya se fue el sol y no sé bien a bien lo que te pongo. Afuera pasan más niños, corriendo. Y una señora con una olla advierte irritada: “No me sacudas la mano porque voy a tirar la leche...”.

Y dejo este lápiz, Martín, y dejo la hoja rayada y dejo que mis brazos cuelguen inútilmente a lo largo de mi cuerpo y te espero. Pienso que te hubiera querido abrazar. A veces quisiera ser más vieja porque la juventud lleva en sí, la imperiosa, la implacable necesidad de relacionarlo todo con el amor.

Ladra un perro; ladra agresivamente. Creo que es hora de irme. Dentro de poco vendrá la vecina a prender la luz de tu casa; ella tiene llave y encenderá el foco de la recámara que da hacia afuera porque en esta colonia asaltan mucho, roban mucho. A los pobres les roban mucho; los pobres se roban entre sí... Sabes, desde mi infancia me he sentado así a esperar, siempre fui dócil, porque te esperaba. Sé que todas las mujeres aguardan. Aguardan la vida futura, todas esas imágenes forjadas en la soledad, todo ese bosque

Antología literaria
que camina hacia ellas; toda esa inmensa promesa que es el hombre; una granada que de pronto se abre y muestra sus granos rojos, lustrosos; una granada como una boca pulposa de mil gajos. Más tarde esas horas vividas en la imaginación, hechas horas reales, tendrán que cobrar peso y tamaño y crudeza. Todos estamos —¡oh mi amor!— tan llenos de retratos interiores, tan llenos de paisajes no vividos.

Ha caído la noche y ya casi no veo lo que estoy borro-neando en la hoja rayada. Ya no percibo las letras. Allí donde no le entiendas en los espacios blancos, en los huecos, pon: “Te quiero...” No sé si voy a echar esta hoja debajo de la puerta, no sé. Me has dado un tal respeto de ti mismo... Quizá ahora que me vaya, sólo pase a pedirle a la vecina que te dé el recado: que te diga que vine.

EL CASO DE MARLENE STAMOS

Élmer Mendoza

El detective bajó los ojos después de contemplarse en el espejo; metió un picadientes en su boca, se sentó en el sillón destinado a los clientes y se miró las manos. Vacías. Lejos de mujer. Alumno de Holmes, Fantomas, Lupin, Poirot, Queen, Spade, Maigret, Marlowe, Smiley, Carvalho, Belascoarán..., había sido brillante. Poseía todas las cualidades del espejo. Ahora, soportaba el mundo gris del fracaso, de los no es posible, de la evidencia de que la experiencia no basta.

Sumido en una soledad sin barreras observó sus dedos largos laxos, el piso, la punta de sus zapatos.

Algo no encajaba. También faltaba algo para encajar.

Repasaba la historia:

Marlene asesinada

Sola en la casa de la playa

Un pañuelo

Un viaje

Un exmarido

Un boxeador

Un padre millonario

Una madrastra

Un mayordomo

Dos seguros

Un lancharo

Una *discoteque*

Un fuerte donativo al Frente Contra la Represión

Un médico

Un excompañero de prepa

Un congreso de estilistas

Un cadáver

El tiempo

Otro cadáver

Múltiples advertencias para que se olvidara del caso.

El detective se tocó la nariz. Pensó en los nudos y posibles olvidos, en los cabos, en el entorno social de los implicados. Durante muchas horas meditó y su rostro se reafirmó en el color de la amargura. Ser humano no es pretexto. Su cuerpo olía a derrota, a final de sonrisa.

Al amanecer lo decidió.

Se puso de pie. Apenas le circulaba la sangre.

Al salir desprendió el letrero: FH del real, detective privado, sin reparar en las minúsculas.

Entró en la puerta siguiente, donde se hallaba su dormitorio. Se quitó el sombrero negro y la gabardina. Ojos rojos. El traje oscuro de casimir inglés. Alguna humedad. Tomó la caja de habanos y la tiró al cesto de la basura. Respiraba con pena. La pipa. No escuchó el teléfono. Abandonó el departamento vestido apenas con un suéter, una camisa a cuadros y un pantalón desteñido.

Sus pasos sombríos se mezclaron con la escalera.

Un espasmo de sombras prendía velas a su doble muerte de víctima de lujo.

Salió.

La calle

Ávida sempiterna de desperdicios

Lo tragó con deleite.

Con los años, un basto grupo de detectives se declaró
incompetente para descubrir al asesino de Marlene.

Hasta que llegué yo.

Pero ésa es otra historia.

ACTA DE NACIMIENTO

Enrique González Rojo

Yo, señores, nací con la herencia
de no sé cuántos líricos genes.
De poetas soy hijo, soy nieto.
Genealógicas ramas maduran
la presencia de varios plumajes
en que un cántico fénix transmigra.

Como estoy hace tiempo cantando,
más aún, desde que era mi abuelo
o mi padre yo mismo, querría
a las hojas en blanco y anémicas
transfusiones de tinta donarles
al través de venosos renglones,
y lograr que se alzara un poema
sobre el día en que adviné a mis ojos,
a mis piernas, mis brazos, mi sueño,
y aumenté, con mi grano de arena,
las preguntas de toda mi tribu.

Si nací hacia el final de los veintes,
cada cinco de octubre celebro
el cumpleaños que sufre mi angustia.

Pero sé que hubo un día lejano
en que yo era un proyecto, una sombra
—ideal, no de carne y de beso—
que después fecundaron a oscuras
los viriles espermas del tacto.
En los ojos se me hizo un pupitre
de preguntas. Y abrió su cuaderno
ignorante mi frente, tendió
su inocencia de página en blanco
de una sien a otra sien, su propósito
de archivar sus primeros asombros:
no sé quién en mi cuna una tarde,
balanceando a dos manos mi mundo,
me celó sus miradas atentas
y le dio, al parpadear, a mis ojos
su primera lección astronómica.
Ni sé quién, la sonaja agitando,
me condujo al estreno del ruido,
y enseñó, con tal larva de música,
a mi oído sus pasos primeros.

Vi la luz en lo oscuro. Las doce
Madre mía, engendraste un fantasma
que al tomar de tal modo conciencia
de sí propio se muere de miedo.

Se temió que naciera asfixiado,
que mi cuerpo viviente cargara
a la espalda nonatos pulmones,
que, a un descuido, me diera la puerta

giratoria del ser, la salida
en lugar de obsequiarme la entrada.
Mas, partera de manos gaseosas,
en mi auxilio la atmósfera vino,
e inició mi pulmón su primera
bocanada de ser y de tiempo.

En el viaje hacia mí, fui marino
que abandona su mar de placenta;
animal proveniente del agua,
desembarco mi ser en la vida,
y, Colón de mí mismo, me palpo,
piso tierra, mi arcilla animada,
nuevo mundo por fin descubierto.

SAN COCHO

Eugenio Aguirre

¿Por qué se impuso la obligación de caminar desde las faldas del Cotopaxi, vestido tan sólo con un portaviandas de algodón negro que apenas servía para cubrirle el chilorio, hasta las playas de Guayaquil? Nadie lo sabe todavía. ¿Por qué al pasar frente a un costado de la siniestra silueta del Chimborazo, se detuvo a hacer de las aguas y ello le ocasionó feroz riña con el Adelantado Godínez, morralla del peculio del Capitán Pizarro, quien le lanzó soez piropo? Nadie lo supo ni lo sabe. ¿Por qué accedió a subir a la nao que transportaba a Felipe de Jesús y a otros frailes hacia el Oriente desmedido, y acompañarlos en pos de una suerte incierta, sólo porque la palabra del novo hispano se parecía al trino de las aves chichicuiloteras que vuelan en aquellas latitudes? ¿Quién puede decirlo?

Lo cierto es que Cocho Abigeorrabieta se acurrucó sobre la banda de estribor del galeón Horripilante, y se dejó llevar por los caprichos de la mar durante un año, hasta arribar al nefasto lugar desde donde, estaba escrito, subiría al reino de los cielos.

Un año que fue epígrafe, preámbulo, prólogo del razonamiento que le hizo verse, primero, como una entidad etérea rodeada de querubines, amorcitos y putis adosada a un retablo barroco de la catedral de Quito e iluminada por cientos, qué digo, miles de veladoras alentadas por las ma-

Antología literaria
nos miserables de multitud de indígenas arrobados por su excelsa beatitud; y, después, en un arranque místico aunque un tanto surrealista, como un concepto gastronómico que igualaría, en su barbarie, a la cocina rudimentaria de la pérfida Albión, más adelante transformada en Bretaña, Inglaterra, Reino Unido, y en su soberbia cósmica, Common Wealth: roast beef blue o, en castellano, filete de res sancochado.

Larga travesía para un hombre de temperamento sanguíneo, pronto al revire y a la estocada verbal, efervescente como las olas del Cantábrico que bañan los acantilados de Mundaca, villorrio del que procedía su estirpe, y que, como buen vasco, comía impaciencia de las manos del tiempo. Larga, porque él iba convencido de que sus fonemas vascuences serían inteligibles a los habitantes del shogunado de los Ashikagas del Imperio del Sol Naciente y su evangelización pan comido.

La inmensidad y la soledad del mar fueron su casa durante doce meses. El Horripilante su ermita, porque desde que abordó, se negó a intercambiar palabra con los franciscanos congregados alrededor de Felipe de Jesús y a rezar las oraciones y los maitines que éstos entonaban a fin de procurarse la bendición de los arcángeles; no se diga con los oficiales y la tripulación del barco, ignaros por quienes manifestó un desprecio fundamentalista.

Durante el periplo del Este hacia el Oeste, Cocho mantuvo a sus mandíbulas siempre rumiando, de suerte que las convirtió en el belfo de un semoviente que, de popa a proa, de babor a estribor, practicaba los sustantivos, los adjetivos y los verbos que creía traducir de un diccionario chino-castellano a la lengua de Euskadi y, de ésta, a los ideogramas nipones que,

por su similitud en el trazo o la pulcritud en la pincelada, se parecían a los sancionados por Confucio.

Así, cuando la nao arribó a las costas de la gran isla de Kiusiu y, después de bordear hacia el sur por la costa, sus tripulantes y pasajeros llegaron a la bahía de Nagasaki, Cocho Abigeorrabieta no sólo se sintió seguro de su dominio verbal, sino que tuvo la certeza de haberse convertido en un factor insustituible, en un elegido; subestimando, en forma por demás arbitraria, el aura que rodeaba la figura de Felipe de Jesús y la aureola que pendía encima de las testas de sus correligionarios, y que ya algo le anunciaban.

Desde un principio las relaciones con los japoneses fueron álgidas. Las guerras intestinas entre los señores feudales y los samurais a su servicio, que darían paso al advenimiento de la era Hideyoshi y a un recrudescimiento en la persecución de las órdenes religiosas llegadas de Occidente, especialmente la de los Jesuitas, habían creado un vacío de poder que impedía, en ese momento (1596), cualquier intento espiritual por iniciar un diálogo que propiciase la conversión del Japón a la fe católica.

De nada sirvieron las extrañas guturalizaciones, que asombraron a propios y extraños, de Cocho frente al señor Utamaro que les cerró el paso en su camino hacia Nagasaki, y menos sus aspavientos melodramáticos de su versión coreográfica del Testamento y los ideogramas que dibujó sobre la greda del camino. Nadie, ni el japonés ni los cristianos, pudieron comprenderlo; mas lo que sí logró fue despertar la cólera terrible del señor Samurai cuando, traduciendo libremente las palabras y los gestos de éste, representó para los frailes el significado del patronímico Ashikagas, destrabándose el portaviandas y defecando en cuclillas; creyendo el

Antología literaria
infeliz que era lo que se les pedía como un acto de sumisión y reconocimiento de la autoridad.

El juicio a los frailes en las playas que tiñe el mar Amarillo, fue sumario. Su sentencia, un abominable martirio. Felipe de Jesús y su séquito de franciscanos fueron aseteados directamente a la cara. A Cocho, en cambio, el Samurai lo condenó a morir asado sobre una parrilla de metal, a la que antes se le untó grasa de ganso salvaje.

La canonización de San Cocho fue beneficio de bulto. Se le consideró protomártir junto con los demás franciscanos; sólo que en la sepultura donde simbólicamente descansan sus restos, un entendido, tuvo que serlo, que conoció la historia verdadera de los hechos, agregó una apostilla al epitafio que dice: Traduttore, tradittore; hecho que quizá justifique el por qué se le venera como santo patrono de las escuelas de idiomas en las poblaciones de la cuenca del río Napo, en el Amazonas ecuatoriano.

LA ESTATUA

Fabrizio Mejía Madrid

Mi último verdadero encuentro con una pasión fue con María Antonieta, como era la esposa del rey, las cosas se complicaron bastante. Se sabe que las dificultades aumentan nuestros ardores y comencé a enviarle todo tipo de cartas, a esperar a verla saliendo de su carruaje y, en fin, a tratar de colarme a algún baile en Versalles, pero, al igual que los cientos de admiradores que, entre codazos, tratábamos de ver a María Antonieta, no obtuve siquiera un atisbo de ella, aunque sí una colección de moretones. Desesperado, una noche caí en la depravación que proviene del engaño de que a otros les importa lo que hacemos y pensamos. Me refiero a la amistad. Los amigos son versiones de ti mismo que detestas. Por eso puede ser tan estrecha la relación. El amigo que recibió mi confesión sobre María Antonieta en una taberna ya casi al amanecer, se rascó el cuello, hizo una mueca y dijo:

—Pero, si nunca la ha visto, ¿cómo sucedió?

—Bueno —me tomé la nariz—, el amor es cuando uno no mira a la persona amada tal cual es, sino de otra forma cualquiera. Es decir, que no mirar es amar y, en fin, que en el amor que uno siente por otra persona, ésta no tiene nada que ver salvo por el hecho de que, si no está a la vista, uno sufre y, por lo tanto, hay que buscarla para poder no mirarla —dije y me vino el hipo.

—No, doctor, se equivoca. El amor —expresó mi amigo tratando de luchar contra un eminente derrame

Antología literaria cerebral— es un mariposeo en el estómago, que sube en forma de un ardor y que debe ser liberado.

Y pasó a vomitarme los zapatos.

Pero esa noche entendí que la charla entre amigos es un par de monólogos intercalados y, mucho más importante, que el vómito es malo para la gamuza. De camino a casa pasé por la Plaza de Saint Bidé donde se levantaba la estatua de la esposa del rey. No era yo digno de ella, habida cuenta de que había sido esculpida por un artista tan afamado que ni siquiera firmó su obra. Subí a su pedestal, yo, un simple médico de barrios encharcados, la tomé con fuerza y, en un acto de pasión desbordada, de amour fou y demasiado beaujolais, me llevé la mitad a mi casa.

Amaneció junto a mí, tapada grácilmente por una sábana. La besé en la mejilla y le murmuré al oído si recordaba lo de la noche anterior. Se lo pregunté, sobre todo, porque yo no me acordaba. Creo que, en general, habíamos estado bien para ser la primera vez, aunque ella fue un tanto fría. Le ofrecí un desayuno pero ella continuó mostrándose reservada, ni siquiera pudo decirme si prefería leche en su café. Yo sentía que si la presionaba para que expresara algo por mí, quizás la perdería para siempre. Así que, mientras yo hacía planes para el futuro, tuve que resignarme a que ella permaneciera inmóvil, en toda su belleza y altivez, sentada con sus pechos en un sillón de mi sala. El hecho de que fuera la mitad de ella misma y de que no tuviera colores, no desmerecía en nada mi estado de absoluta contemplación. Pensé que si le regalaba, por ejemplo, una peluca y un juego de maquillaje, ella lo tomaría a mal:

—Te quiero como eres —le explicaba de rodillas cada vez que ese innoble pensamiento venía a mi mente.

Durante días descuidé mi labor curativa en el barrio tratando de que se encontrara confortable en mi casa, que no le faltara nada y, lo más importante, que se sintiera querida. Preparé comidas que permanecieron intocadas, la arropé con todo tipo de edredones para que no pasara frío, la llené de poesía y de besos apasionados. Muy pronto, la naturaleza de nuestro romance comenzó a provocar grietas en mis convicciones iniciales. Como todos, tendí a tratar de cambiarla.

Harto de desperdiciar comida, una noche monté en cólera y, con un martillo y cincel le abrí una boca. La cena terminó adentro de su cabeza y, aunque se vació, más tarde, sobre las sábanas, el accidente no me pareció del todo desagradable. En las siguientes semanas practiqué otros orificios a su cuerpo, la vestí, la peiné, la pinté y aun la doté con una silla con ruedas para poderla desplazar de un lado a otro con facilidad. Pero el espíritu humano no tolera la monotonía, así que comencé a hacer variaciones más radicales al aspecto de María Antonieta. Fue rubia, pelirroja o de cabello crespo, alguna noche fue negra y otra más, tuerta, le mandé a hacer juegos de piernas distintos y, por supuesto, variados juegos de genitales de goma, muy tersos y, a veces, no tanto. Pronto, era una y otra distinta cada semana.

Debió de ser la mañana en que tomaba el sol cerca de mi ventana que alguna vecina o peatón captó su silueta y comenzó a correr la especie de que el doctor tenía una mujer viviendo en su casa. Pronto encontré ojos curiosos que escrutaban hacia el interior tratando de captar a la misteriosa mujer que jamás salía de la casa. Algunos pacientes comenzaron a hacer preguntas incómodas. Uno, valiéndose de su derecho a la última voluntad, entreabrió los ojos de agonizante y pidió:

Dígame quién es ella, doctor. Ya no hay alguien en esta tierra al que pueda revelarle su secreto.

Y se lo confesé. Abrió los ojos y murió al instante.

Pero, si bien mi secreto estaba a salvo en alguna fosa común, mis sentimientos volvieron a variar, como los de todos: decidí que había llegado el momento de salir un poco, de darnos cada cual nuestro espacio, de desapegar-nos de tanto mimo y encierro. Y volví a la taberna en la que seguía mi amigo desde la última ocasión. Intercalamos monólogos. Le confesé que mi interés por la esposa del rey había, como todo, amainado, y que ya no era yo parte del corro que trataba de verla al menos un instante. Él —creo— habló algo más sobre brocados y esta vez no vomitó. Y, en el momento en que fuimos expulsados de la taberna, tuve la oscura idea de invitarlo a una última copa en mi casa.

María Antonieta ya dormía en la cama, así que, tratando de no hacer demasiado alboroto, cerré su habitación, sacamos las copas y abrí una botella de armagnac. La charla se desvalagó por terrenos incomprensibles y mi amigo notó el aroma de un perfume femenino en el aire. Hizo preguntas que yo rechacé con ademanes de desdén y hasta me permití algunos chistes bastante crueles sobre mi condición de absteminante: “Mi gran secreto no es mi preferencia sexual sino el hecho de que aún no la he practicado”. Encendimos tabacos y su malsano interés por mis incursiones con María Antonieta se oscureció con los minutos. La noche se desplomó.

A la mañana siguiente abrí los ojos y supe que seguía sentado en el sillón azul de la sala, todavía con la copa en la mano. No había rastros de mi amigo, así que decidí preparar un poco de café. Pasé a preguntar cómo había pasado la noche la reina y con horror descubrí que mi amigo yacía,

desnudo, junto a ella. La escena me repugnó hasta tal grado que no pude evitar que un alarido emergiera de mi garganta, seguido de una cadena de insultos a la reina, a mi amigo y a la abominación que habían perpetrado. Mi amigo, aunque visiblemente ebrio, se despertó y trató de entender:

—¿Cuál es el problema?

—¿Cómo, cuál? Que es mía.

—¿Quién? ¿La muñeca? Qué escondido se lo tenía, doctor.

—Es María Antonieta.

—Ayer le di otro nombre —respondió él—: Caracas.

—Pues ahora yo le doy otro: puta.

Cuando la policía me llevó a prisión, de mi garganta seguía saliendo la única frase que repetí durante semanas sin importar los baños de agua helada y las golpizas: “El rey soy yo y la reina es una puta”.

Fue así como me convertí en un antecedente de la Revolución.

MI PEQUEÑA MOLOTOV

Fernanda García Lao

Voy apretada contra el cuerpo de Evaristo en visita nocturna. Su pelo huele a kerosén. O seré yo. El polo petroquímico está cerca, pero el camino se corta varias veces como una espalda rota. La posición en la moto lo tiene confundido, si lo abrazo es por seguridad. Siento poco por él. Cada vez menos. El amor es un tobogán ingrato.

Aparecemos por error frente a un castillo que fue usina eléctrica y hoy no es nada. Una construcción que oculta el vacío, una lápida brillante, justo atrás de los burdeles. El guarda nos señala el camino y no duda cuando le pregunto si está sano. Y no, acá pasan cosas. Qué, insisto. Sombras que se alejan, sonido de hienas en la oscuridad. No era la respuesta que esperaba.

Nos subimos a la moto en dirección a esas luces de feria contaminada que insisten en brillar como una navaja sobre un corazón. Por fin, encontramos un cartel que advierte. Hay peligro.

Un camino finito une la visión de viejas turbinas soviéticas, los fósforos inquietantes, eliminaciones de etano y el amargo cielo de Evaristo, que me mira por el espejo retrovisor desde el reflejo oblicuo de sus anteojos. Dijo que quiere besarme en coincidencia con el estallido. Necesita ese fogueo externo. Es delgada y transparente nuestra escasez de amor.

Mis motivos son otros.

Los camiones estacionados al costado me asustan. El vacío me da pavor. Solos él y yo en este polo sin nieve. Una ciudad deshabitada pero estridente. Tenebrosa. El progreso se alimenta de pánico. Sin miedo no hay avance. Quiero volver hacia atrás. Pero ya es tarde.

Dejamos la moto junto a un poste y Evaristo saca de su mochila una pinza. Ahí nomás están las chimeneas más activas. Cuerpos de gas noctámbulo emiten llamaradas furiosas como eructos sin estómago. Cortamos el alambre y caminamos en silencio.

Una rata sobrealimentada nos mira con rabia, hemos interrumpido su cena. Clava sus pupilas rojas en las mías y después sale corriendo hacia la negrura.

Frente al sector C, Evaristo no puede más. Lo beso con la botella en la mano y me entretengo en la visión del polo reflejada en sus anteojos. Veo el mundo en su pantalla diminuta mientras él introduce su lengua en mi boca con insistencia. Parece una anguila plástica que se ha enredado en mi paladar. Se baja los pantalones sin dejar de besarme, como un contorsionista inoperante y después me gira, súbitamente enérgico. Mientras su turbina se esconde entre mis piernas, yo le robo el encendedor. Su gimnasia erótica y mi muñeca coinciden en el tiempo. Enciendo y lanzo en cuatro patas mi pequeña molotov contra un objetivo cercano. Pero es como tirar un fósforo en una hoguera. Cae a pocos metros y la nafta no llega al trazo. Evaristo no se da cuenta, entregado como está a las bondades de su propio orgasmo. Una explosión fosforescente que no tiene que ver con nosotros, eclosiona y vuelve naranja la noche. Entonces, me suelta excitado por ese otro fuego que

————— Antología literaria
nos hace visibles. Bajo esa luz inmundada, descubro que un coro de ratas deformes nos ha estado observando con aire repro-

batorio.
El demonio permanente de la producción ha licuado mi inútil gesto revolucionario. Evaristo se sube los pantalones con optimismo. Decido no volver a tocarlo. Es torpe y sabe a cloro.

Una rata sin cola, vestida de operario, nos acompaña hasta la salida.

(Tomado del libro *Cómo usar un cuchillo*,
Ed. Entropía)

EL FISGÓN



EL Fisgón (CON PERDÓN DE EDWARD MUNCH).

ESPERANDO A LIZ

Francisco G. Haghenbeck

El atardecer tenía tal letanía de colores, que parecía que el pintor celestial hubiera bebido 3 margaritas más que yo. Seguro que le cobrarían el exceso de rojos y amarillos. El viento cargado con aromas de mar disolvía el humo de los cigarros de mis compañeros.

Aunque remangara mi camisa, la humedad y el calor te cobraban la factura. Algunos llevaban sombrero, arrancándoles gruesas gotas de sudor. Éramos el grupo que cubre eventos en Hollywood: reporteros, fotógrafos y algún colado. Nos dedicábamos a matar el tedio entre bebidas y sol. No había mucho qué hacer en este pueblo. De un lado, teníamos una cordillera tapizada en verde; y del otro, una plancha de agua reventando olas. Puerto Vallarta estaba lejos de todo. Sólo había una razón para permanecer aquí: Liz.

El amorío de Richard Burton y Elizabeth Taylor había creado tanta tinta, que los árboles se negaban a ser hojas para revistas. No es que los divorcios fueran algo nuevo en cinelandia, pero nunca con la realeza de los chismes.

Cuando John Huston decidió venir a filmar a este lote baldío de Dios, toda una caravana de reporteros los seguimos, buscando la portada de la revista *LIFE*. Una buena foto de la Taylor daría para pagar la renta, comida y algunos tequilas.

Aunque se esperaban fuegos artificiales entre los actores, la película apenas fue un petardo, y cebado. La Taylor se la pasaba como buena madre con sus hijos, Burton be-

biendo un veneno local llamado raicilla. Ninguna de las tomas que había obtenido valían para colarse en un periódico. Por ello, permanecíamos en espera de nuestros tortolitos, soñando con lograr una imagen donde el traje de baño color frambuesa de Liz pudiera enseñar algo más.

Algunos chamacos nos avisaron que la filmación en Mismaloya había terminado. Me desperecé terminándome mi bebida. Revisé que la cámara y el lente de acercamiento estuvieran limpios. El resto de los periodistas corrieron hacia el muelle oxidado.

Un bote apareció en el horizonte, entre las pinceladas color durazno y mango del crepúsculo. Las libretas salieron, tratando de atrapar una declaración pecaminosa. Yo me quedé atrás, reflexionando sobre este circo. Comprendí que ninguno había visto el hermoso atardecer. Éramos carroñeros, buscando algo picoso. Si el publicó desaba algo así, deberían comerse un chile.

La lancha llegó. Liz saludó a los locales. Sus niños retozaban, Burton sólo los miraba con una maldición reprimida. Las bombillas de las cámaras los iluminaron.

En ese momento, a varios metros de la costa, un enorme bulto salió del agua. Siguió subiendo, soltando gotas que destellaban. Inconscientemente disparé. Era una ballena jorobada saltando en todo su esplendor frente a la puesta de sol. Estoy seguro que es la mejor fotografía que he tomado. Cuando volví la cara, el barullo de la recepción había terminado. Los fotógrafos regresaban al bar.

—Esto se acabó amigo, hora de regresar— me dijeron. Apretando la cámara sobre mi pecho y sin dejar de sonreír, les contesté

—No, yo aquí me quedo.

LOS MAESTROS Y LA SOPA DE TOMATE

Francisco Pérez Arce

(Fábula que descubre el origen verdadero de la reforma educativa.)

El dignatario se acercó al monarca. Expuso su diagnóstico sobre el estado de la educación en el reino. “Grave, muy grave”, fueron sus palabras finales. Su majestad hizo una pregunta vaga sobre culpas y responsabilidades.

—Tenemos maestros faltistas, otros ignorantes, algunos borrachos, unos más, corruptos... —enlistaba el dignatario. Fue interrumpido con un movimiento de mano que denotaba molestia. Se hizo un breve silencio en la sala del Trono. El rey parecía hundido en oscuras reflexiones. El dignatario permanecía callado, en espera de una señal...

—Que les corten la cabeza.

El dignatario no entendió, o no quiso entender. Permanecía con la mirada clavada en el piso del gran salón del trono, también conocido como Salón Carranza, en memoria de un rey antiguo, tío abuelo del actual monarca. Se atrevió a levantar la vista en busca del rostro real. Sólo halló el gesto adusto de quien acaba de tomar una decisión difícil.

—Su Majestad —dijo el dignatario, desconcertado, en espera de una explicación más precisa.

—Que les corten la cabeza —repitió el monarca con la mirada puesta en la pared más distante del gran salón.

El cerebro del dignatario trabajaba a toda velocidad en busca de una frase, una palabra, algo que, sin cuestionar la decisión real, la matizara, o al menos dejara claro que se trataba de una metáfora.

Ninguna metáfora. El joven rey ordenaba que le cortaran la cabeza a todos los maestros, puesto que ellos eran los culpables del desastre educativo del reino; algo equiparable a la traición o al terrorismo. El dignatario encontró un tema que quizá permitiera al estadista desdecirse de aquella orden tremenda:

—Su Majestad: los niños del reino no comen bien, hay días que llegan a la escuela sin haber desayunado... algunos incluso son mandados a la cama sin cena...

El dignatario esperaba la reacción del monarca ante esta nueva conclusión de su diagnóstico. El gesto real parecía interrogarlo, por lo que se sintió con permiso para continuar:

—Niños con hambre no pueden entender bien las lecciones. La mayoría no prueban la carne ni una vez al año.

No tardó el estadista en pronunciar una nueva orden:

—Que les den sopa.

—¿Sopa?

—De tomate.

—¿Sopa de tomate?

—La sopa de tomate es muy nutritiva.

Había terminado el tiempo que el monarca concedía graciosamente al dignatario. Éste abandonó el salón del trono, caminando hacia atrás, para no darle la espalda al rey en ningún momento, como ordena el protocolo. Ya afuera del palacio pudo expresar su desazón por las graves órdenes recibidas. “Pero”, se consoló, “mañana es el aniversario de

————— Antología literaria
la dinastía Hank, día de descanso obligatorio, y además es jueves, por lo que, en la tradición del reino, haremos puente hasta el lunes. Podré relajarme en mi casa de descanso a las orillas del mar: Se puede dejar la reforma educativa para después del puente”.

DE SEGURO

Fritz Glockner

¿Seguro de vida? ¿A quién carajos se le habrá ocurrido llamarle así? Sin duda alguna más bien se trata de un seguro de muerte, lo adquieres porque sabes que tarde o temprano te vas a morir y deseas dejar un dinero a alguien especial (para el beneficiario puede que llegue a ser un respiro económico), porque al comprarlo no garantizas tu vida, tu existencia; al contrario, lo adquieres con la conciencia de que a la esquina estará la muerte por ti.

Lo obtuve sabiendo que pronto se tendría que usar. Afortunadamente los agentes o vendedores de seguros nunca se cercioran de tu actividad, chistoso hubiera sido que al llenar la solicitud escribiera en la línea de ocupación: narcomenudista. ¿Habrá seguros para los narcos? ¿A cuánto ascenderán las primas de los trabajos peligrosos? Un policía, un ratero, un guerrillero, un bombero, ¿tendrán un seguro?

Afortunadamente en mi caso la cara de pendejo y la apariencia de ser menor de edad permitió que creyeran lo que dejé escrito como oficio: “estudiante”. ¿Alguien podría llegar a dudarle? Eso nadie lo podría negar, ya que estoy inscrito en la universidad, la matrícula está al corriente, las colegiaturas pagadas —que solamente vaya a la universidad para hacer negocios es otra cosa—, pero de que mi aspecto es el de un estudiante no hay duda. Inclu-

Antología literaria
so varios de mis conocidos podrían testimoniar a favor de aquella versión.

Transar a los narcos es cosa de grandes, de muchos huevos, de decisión, es una apuesta y yo decidí jugarla, total, poco tenía por perder, de antemano sabía que la vida era lo más que podría dejar en el camino y para eso me saqué el seguro de vida, o el seguro de muerte.

Las Vegas fue un destino correcto, ¿quién no ha soñado con ser personaje en aquel luminoso lugar? Los yanquis no tienen nada, pero qué tal lo inventan todo, con su dinero logran importar todos los sueños y, para eso la ciudad de Las Vegas es el mejor de los ejemplos. Desde que llegué al aeropuerto pude descubrir las luces, la sorpresa fue excitante, todos los colores ahí convocados: púrpura, rojo, azul, amarillo, café, dorado, celeste, anaranjado, morado, todos se te meten por los ojos. Conforme alquilas una limusina para que te traslade del aeropuerto a tu hotel te quedas absorto del juego de luces de colores, ¿cómo fue que en medio de un desierto se levantara esta ciudad?

Según dicen que un tal Bugsy fue el que tuvo la iniciativa de fundar Las Vegas como el gran centro para el juego, una vez que decidiera separarse de la mafia italiana que controlaba la venta prohibida de alcohol en Nueva York.

Ahora, que según mis cálculos no fue sino hasta la caída de Batista en Cuba, allá por el año de 1959, cuando Las Vegas no levantaron el vuelo, su fama y la emoción, ya que, ¿a quién se le podría haber ocurrido venir a un desierto para apostar? Sobre todo que en Cuba los gringos además de casinos contaban con hermosas playas, mujeres exuberantes y grandes espectáculos, pero claro, cuando Castro

los mandó al carajo, recuperaron la idea de Bugsy, quien ya no fue testigo del éxito de su iniciativa.

Para impulsar la ciudad trajeron a Elvis con toda su leyenda a cuestas, repitiendo en sus bailables el jolgorio de lo que existía en La Habana con su legendario espectáculo del Tropicana. Imagino que parte de aquel mito me influyó para venir hasta aquí como un acto para exorcizar viejos fantasmas, ya que todavía recuerdo con emoción cuando la novia de la preparatoria me confesó que había aceptado andar conmigo porque todas sus amigas le insistían en mi parecido con Elvis, gusto que duró pocas semanas, pero aquél sí que fue un amor de verdad.

Pronto la limusina tomó el Boulevard Las Vegas. El tráfico no me molestó por primera ocasión en la vida, al contrario, me dio gusto que tuviéramos que conducirnos a baja velocidad, y que en ocasiones permaneciéramos hasta por diez minutos detenidos, para poder disfrutar con la mirada esa loquera del juego de la luz, del color, del brillo. Pasé lista a los hoteles que ya había logrado visualizar en varias películas que se desarrollan en la ciudad del juego, los espectáculos, la ilusión, las bodas, el destrampe, las prostitutas y la frustración; ya que antes de abordar el avión y venir me encerré por tres días y alquilé todas las cintas: *Adiós a las Vegas*, *Bugsy*, *Querida agrandé a los niños*, *Juegos de placer*, *Una propuesta indecorosa*, *Ocean eleven*, otra donde actuó la buenota de Salma Hayek, *La gran estafa*, *Tres mil millas al Infierno*, hasta aquella serie de dibujos animados cuando *Los Simpson* van a la ciudad del pecado conseguí, para que nadie me dijera que no sabía a dónde iba. Entiendo que es muy chafa pretender ser personaje de

Antología literaria
película; aun así asumí sin duda alguna la influencia para optar como última morada Las Vegas. Por ello sabía que para llegar a mi hotel tendría que circular largamente por el *boulevard* principal, que por cierto elegí el más caro; total si de despedirse del mundo se trataba ¿por qué no habría de darme todo el lujo posible? Por ello pude ver desde el principio el hotel Luxor con su imagen egipcia; el Excalibur simulando los tiempos del rey Arturo; el MGM con su ficción de película; el New York, New York para recordar a Sinatra y pasar a un lado de la estatua de la Libertad —que ni gringa es—; el Montecarlo; y el París, para sentir el aire europeo; el Bellagio con sus fuentes danzantes; el Caesar Palace con esa majestuosidad romana; el Flamingo, donde comenzó toda la historia de esta ciudad; y el Mirage con su verde tropical. Hasta que al fin el chofer de la limusina respiró descansado con nuestra llegada al hotel Venetian, sin haberse dignado a dirigirme cualquier palabra amable, cosa que a final de cuentas me agradó ya que pude dejar mi atención en el paseo.

¿A quién carajo se le habrá ocurrido bautizar la buena suerte del juego de una maquinita con el nombre de BAR? La entrada a todo casino de los hoteles de Las Vegas es una cuestión de locura; si por la calle la luz y los colores son desbordantes, el ambiente en cada espacio de juego provoca una sensación de contagio con la emoción, los ruidos de monedas cayendo en las bandejas, el accionar de las palancas de las máquinas y su estruendo esperando que coincidan los cilindros para ganar algún premio, las expresiones de felicidad de algún ganador en la mesa de veintuno... Todo aquello me permitió asegurar que la opción

había sido la correcta; aunque imitara a final de cuentas a Nicolas Cage con su despedida en Las Vegas. Ahora me faltaría una mujer guapa y mucho alcohol.

El dejarse desbordar por una apuesta tan sencilla, como lo es introducir una moneda por la máquina y esperar ansioso que la probabilidad esté de tu lado para ganar alguna cantidad, fue la mejor de las recetas para olvidar los motivos por los cuales habría elegido Las Vegas como opción para poner nerviosos a los narcos. Los cuatro días que me la pasé fueron buenos, los disfruté, dejé atrás los viejos rencores, las frustraciones. Sin duda constaté que ahí se juega el hambre del mundo, pero no me permití la opción filosófica, ni mucho menos el remordimiento por andar despilfarrando un dinero que de todas maneras no me pertenecía y que gracias a él mis días podrían haber llegado al límite.

Varias ocasiones, inmerso en el remolino humano, paseando de un hotel a otro, de un casino a otro, me pregunté en cuántas de las fotografías de los turistas que baboseaban al igual que yo, estaría retratado y que le pudieran servir a los narcos para dar conningo, aunque no por ello dejé de saber que la vida puede ser una perra y al final, de todos modos dan contigo. Quien busca encuentra, y yo aposté así las cartas.

Los disparos en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México fueron exactos, medidos, ya me esperaban y yo los esperaba. Sonaron como simples fuegos pirotécnicos, los gritos de las personas a mi alrededor fueron el aviso de que aquellas detonaciones eran dirigidas hacia mí. Ni las sentí, si acaso alguno que otro ardor en la piel, no más que

cuando te pica un mosquito. Ahora es el escándalo de la ambulancia que me intenta transportar al hospital más cercano por las contaminadas y congestionadas calles de la Ciudad de México lo que me estorba, lo que me inquieta, me molesta; de no ser por eso, estaría completamente satisfecho.

¿Qué va a ser de mis objetos personales? ¿Quién se dedicará a revisar todas mis cosas en casa? ¿Encontrará mamá mi diario? ¿Lo leerá? ¿Qué pedirá Laura para ella? ¿Algún recuerdo mío? ¿Qué opinará mi padre? ¿Qué harán con mis pantalones de mezclilla favoritos? ¿Usará alguien mis camisas? ¿Qué harán con mis amuletos? Siento como que van a violar mi intimidad, después de muerto sabrán todos mis secretos, para que se decepcionen de mí, para que no se los digan a nadie, para que los guarden en lo más profundo como lo hice yo. Eso sí, espero que mi madre dé con la póliza del seguro de muerte que adquirí hace un mes, ese dinero siempre será un alivio para el dolor, por lo menos igual y alguien de la casa decide ir detrás de mis pasos en Las Vegas, para ambientar los últimos días de mi vida, antes de que tuviera que pagar a los narcos mi osadía.

PANTALÓN DE PETO

Gerardo de la Torre

Casi todos eran jubilados, y el que no, estaba en vías de jubilación. Celebraban la tertulia sabatina en la librería de Polo, frente a la Alameda de Santa María. Nicolás Pizano y Juan Argudín, antiguos maquinistas. Pedro Loya, conductor. Rafael Marroquín y José Lozano, uno garrotero y el otro empleado de andenes, ambos tramitando su pensión.

A sus 68 años Pizano era el mayor, y el más joven José Lozano, de 57.

Luego de charlar un par de horas en la librería, haciéndole compañía a Polo, y de comprar algún manual sobre cultivo de hortalizas, una novelita ligera, a veces nada, cruzaban la Alameda y hallaban refugio en la cantina. Polo tomaba una cerveza con ellos, aprovechaba la botana y los dejaba bucear en la memoria.

Para la clientela sabatina del salón eran sencillamente Los Viejos. Aparecían a eso de las dos, con variante no mayor de cinco minutos hacia arriba o hacia abajo. Por eso algún parroquiano llegó a comentar que ni parecían trenistas, pero tuvo que aceptar que los retrasos ferrocarrileros no tenían por qué imputarse a los trabajadores.

En la cantina los esperaba Lucio Aguirre, que puntual, a las dos, mirando el reloj de bolsillo recién salido del chaleco, solicitaba, confiado, una ronda de lo mismo, lo de siempre, para los que ya no demorarían. Ferrocarrilero también don Lucio, pero de reciente relación con los otros.

—¿Pues dónde anduvo usted, don Lucio, que nunca nos tratamos?

—Aquí y allá, en Chihuahua, en San Luis, un poquito en Sonora.

—¿Y de veras no conoció a Miguelito, el de la cantina casi frente a la estación de San Luis?

—Pues no lo recuerdo. Ya saben ustedes que soy un desmemoriado.

A los demás les sonaba hueca, falsa, la desmemoria de don Lucio.

No fue escaso tema de conversación si no se hacía Lucio el olvidadizo para dejar en blanco, de hacerse necesario, algunos años de su vida ferrocarrilera, un espacio oscuro, indigno, pantanoso. Quizás un crimen abominable, una temporada de borracheras cavernarias o, lo peor, alguna traición sindical.

Estas conversaciones se daban —Polo hubiera podido testificar— exclusivamente en la librería, jamás en la presencia del muy formal don Lucio.

Nicolás Pizano los tranquilizaba. Conozco bien a Lucio, buena persona, incapaz de matar una mosca, bebedor fino, y les aseguro que en su pasado no hay traiciones ni mancha sindical alguna que merezca reproche. Lo conozco bien. Sabía Loya que, en efecto, Nicolás y Lucio habían hecho gran amistad, comían irregularmente uno en casa del otro, y por eso no aceptaba del todo las justificaciones.

—Recuerdo —decía— al bueno de Goyo Maza, tristón siempre, amargo, solitario y, como tú dices, sin mancha alguna conocida. Pero qué secreto se tenía guardado.

—Así era Goyo —confirmaba Argudín—, muy metido

en sus pensamientos, decente y recto, abstemio, inamistoso, cosa que no es ningún pecado.

—Quién iba a sospechar.

—No confundan la tragedia de Goyo, harina de otro costal.

—Pues algo hay con don Lucio. Usted mismo nos ha dicho que vive solo, sin perrito que le ladre y la hermana esa gruñona.

—Es otra cosa —insistía Pizano—, ya les he dicho que por allí andan sus hijos, cada quien con su propia familia. Y su mujer murió.

—Pues a la mejor como la de Goyo, que quién lo fuera a adivinar, y a estas horas no sabríamos qué de no haber sido por ese compadre que le llegó de Tampico.

Allí meneaban todos las cabezas, pobre Goyo, y una vez más Polo se quedaba con la duda, aunque al final, en esa última conversación sobre don Lucio, se aclaró todo.

Los Viejos tenían un pasado de guerra, un hervidero de recuerdos que aparecían vivos cada tarde de sábado en la mesa de cantina. Polo y don Lucio, disfrutando, eran cómplices en el silencio. Polo porque poco podía aportar a la conversación rielera su abundante experiencia de librero hijo de librero, como no fuera lo de la vez aquella, a sus veintitantos años, en que desde el umbral de la librería paterna en la avenida Hidalgo contemplara la irrupción policiaca en el local del sindicato. Don Lucio porque su presunta desmemoria le daba derecho al silencio.

—Fui delegado de los maquinistas y en la asamblea nomás hubo dos que mostraron desacuerdo. Uno peritos, aquel chiquito con muchos hijos que no iba a poder man-

tener, y el otro un tal Jiménez, de cuyo nombre más vale no acordarse, como en Don Quijote, ¿verdad, Polo?

—Pues de los conductores todos votamos por la huelga.

—Qué va a ser, si cuando nos fuimos al movimiento por los compañeros del Pacífico allí hubo mucha oposición.

—Bueno, eso ya fue después, pero de todos modos ganamos la votación.

—Ese Jiménez nos hizo luego muy mala jugada —siguió Pizano—, porque aunque fuera contrario, ya votada la cuestión todos andábamos metidos, quisiéramos que no, y entonces lo aceptamos en las reuniones y no le pusimos obstáculo para que participara en las guardias, y acabamos enterándonos de que le iba con chismes, qué chismes, a decirle los acuerdos y todo a los enemigos. Hasta resultó que nos andaba comprando gente, invitándola a parrandas y prometiendo no sé qué tanto con dinero de aquellos.

—Y usted fue de los presos, ¿verdad, Nico?

—Fui, pero como no era de los importantes me dejaron libre a los ocho días. La familia, con todo eso que se decía, y como en ningún lado nos daban por detenidos, ya me creía muerto. Hasta misas me mandaron decir.

—Bueno, pues ahora que de verdad se muera, le sirven aquéllas.

—Que la boca se te llene de gusanos.

—A mí, ya ven, como no me presenté después de que rompieron la huelga, y fue por pura convicción, me echaron para afuera, y hasta dos años después logré regresar.

—Pero no te quejes, Rafa, porque de chofer no te fue tan mal.

—Pero no son las mismas emociones, no hay comparación.

Don Lucio, imperturbable, bebía un poco de tequila, daba un sorbo a la cerveza, desplegaba una sonrisa comprensiva y solidaria.

—¿Y a usted, don Lucio, cómo le fue entonces?

Don Lucio meneaba la cabeza, luego los iba mirando uno a uno y ya se advertía su negativa a hablar. Mas no faltaba quien le pidiera, en tono de exigencia, que les contara, don Lucio.

—Hombre —decía Pizano, y le constaba a Polo que sucedía con frecuencia semanal—, dejen en paz a Lucio, sus razones tendrá para callar; luego esa gente que más arriesgó es la que menos habla.

—No, Nico, fue más o menos igual, no me comprometí mucho, qué voy a decirles.

La misma cosa cada sábado.

Y cada sábado, en la librería, a donde no iba Lucio porque a esas horas otros asuntos lo retenían, según afirmaba, se renovaban las dudas y las especulaciones. Que vaya usted a saber si no le pasa al comité ejecutivo informes de lo que hablamos.

—¿A estas alturas, Loya? Ya de viejos y abandonados a la mensualidad ni quien se preocupe.

Pues capaz que es la hora de ver a su novia. Que yo le desconfío porque nunca suelta prenda. Que no sabemos ni de a cómo es su pensión.

—Hombre, pero si los quiere y los trata como si fueran sus hermanos. Respétenlo.

En la cantina todos adoraban a Los Viejos. Los buenos viejos, hubiera dicho Polo, que allí en torno a la mesa

————— Antología literaria
retomaban la vida en esa ceremonia de recuerdos. Viejos que no se iban arrastrando hacia la muerte, sino que, mediante las actas del recuerdo, declaraban su satisfacción por haber pasado con dignidad por la vida y ahora, con dignidad idéntica, estaban dispuestos a abandonarla.

Uno de esos sábados el reloj no salió del chaleco a las dos en punto. El sábado siguiente ya se sabía que don Lucio había muerto. Así que era hora de dejarlo en paz, de saber que su silencio no era el de Goyo, el desdichado Goyo que en una borrachera chocó el auto con toda la familia dentro y de pronto se encontró sin familia.

Don Lucio, daría fe Polo del testimonio de Nicolás Pizano, era un trenista. Mostró en casa el pantalón de peto y la camisa de mezclilla burda, la gorra abombada y con sudor de años, el rojo pañolón, la aceitera y la foto orgullosa. Don Lucio, retirado maquinista, conductor y garrotero del trenecito de Chapultepec. Don Lucio, pues.

(Tomado del libro *Relatos de la vida Obrera* Ed.
Secretaría del Trabajo y Previsión Social)

EL LUGAR DEL DETECTIVE

Gerardo Horacio Porcayo

¿Qué me seduce de este obscuro edén?

Miguel Bosé

Berenice bajó la vista, hundiéndola en su simulacro de cuba libre.

—Es que tengo un secreto —dijo, interesadísima en la superficie líquida.

Próspero Carreón no pudo sino asentir con estupidez. Por un momento, después el rol autoinducido de detective duro y cansado de la vida lo hizo abrir el hocico.

—Toda mujer, que se precie de serlo, tiene un pasado enigmático.

En ese momento el organista arremetió con el tema de Emmanuel. En la pista, la Ninja de la noche hizo de su danza una apología de lo lúbrico. Patética, es cierto, pero al fin y al cabo apología.

Los incisivos superiores de Berenice, burdamente encasquillados con platino, lanzaron destellos cuando el reflector azul iluminó su rostro. Estaba sonriendo.

Y Próspero no sabía por qué. Allí todo era una mierda. Desde el nombre del local hasta la mayor parte de las putas que acudían a la pasarela.

—Me recuerdas a un viejo amigo —dijo Berenice.

Clásico, pensó Próspero con su mente enajenada por actitudes Mike Hammer.

—Tú no me recuerdas a nadie —replicó Próspero en un intento de cinismo. En realidad su corazón trabajaba a marchas forzadas, retumbando en la caja torácica, haciéndolo exhalar con anhelo cada medio minuto. Los ojos de Berenice eran como imanes del alma. Eso y su carita angulosa y triste. Lo demás permanecía oculto. Vestía pantalones de pana beige y chamarra de cuero negro.

Definitivamente no parecía lo que era.

El show terminó. Siguieron platicando. A veces ella lo convencía de subir a la pista y deslizar con torpeza sus poco educadas piernas.

El tiempo se agotó. No estaba allí por diversión, sino por mero profesionalismo. Vigilaba a Eduardo Bárcenas y éste huyó prontamente con La Princesa de Marfil.

Fiel a sus responsabilidades, le dijo adiós a Berenice.

—Vuelve pronto —respondió ella, con destellos de platino opacando sus labios carmesí. Te estaré esperando...

Apenas alcanzó a ver a Eduardo trepar en su American rojo.

Lo perdió de vista mientras los guaruras trataban de encontrar su cámara fotográfica en el cuchitril que llamaban recepción.

Taxis había. Lo que le faltaba era el nombre del hotel.

Miró con rabia, por unos momentos, al guardia principal. Su mente se encargó de rememorar tramas. Luego dijo:

—Oye mano, échale un grito a la Berenice.

Y ella salió. Tomaron el taxi. Le preguntó el nombre del hotel.

Y Próspero sufrió la decepción de su vida.

Berenice se echó a llorar en cuanto se sentó en la cama. “¡Su puto secreto!”, pensó Próspero. El trabajo le evitó

las molestias del llanto. Sabía qué cuarto ocupaba Eduardo. El recepcionista había hablado de más.

Próspero fingió una sed espantosa y salió a buscar agua. Encontró el refugio de Eduardo, luego disparó la cámara, a través de la diminuta ventanilla de ventilación que daba al pasillo. La película sensible captó hasta el más mínimo detalle.

Cuando regresó al cuarto, Berenice ya no estaba.

Próspero había terminado con su misión. Sólo con eso.

Tres días más tarde volvió a ver a Berenice. Ahora sólo buscaba sus caricias. El trabajo había acabado. Eduardo y Cristina estaban en vías de divorcio. Y él...

—¡Qué bueno que viniste, Próspero! —dijo Berenice poniendo especial atención en pronunciar su nombre.

—No me gusta que me dejen colgado —respondió Próspero, siguiendo los caminos de Hammer.

La calló en varias ocasiones, la trató como si no le importara; sin embargo, cuando estuvieron en la cama volvió a ser simplemente Próspero.

Y así, por tres semanas.

En el despacho de la Agencia de Investigaciones El Sabueso, Próspero se devanaba los sesos preguntándose cuál era el misterio de aquella inusual prostituta. En el hotel, sólo podía gozar con vista y sensación. La presencia de Berenice había llegado a conformar un espacio vital.

El día veintidós fue su martes trece.

—Quiero sacarte de esta vida —dijo Próspero.

Berenice hizo un mohín de disgusto. Media hora después salía acompañada por un tipo hosco, rumbo al hotel.

Próspero siguió pidiendo bebidas. Agotó el monto de sus honorarios y se tuvo que ir caminando —o un simulacro de esto— hasta su casa.

Por la mañana el sol pareció recriminarle su actitud. Sus ojos ardían con angustia, su cabeza parecía un globo a punto de reventar.

—El lugar de un detective está fuera del amor —le dijo a su reflejo mientras se afeitaba.

Retomó los consejos de Spillane... Por un tiempo.

Nunca volvió a ver a Berenice. Nunca resolvió su misterio.

Aún ahora la recuerda y trata de ocultarse la nostalgia.

El whisky sigue siendo su mejor compañía.

JONÁS

Guillermo Saccomanno

Para Anselmo

I

Todos los 2 de mayo nos encontramos. Cuando es la fecha dejamos todo de lado, se trate de trabajo o de familia, y nos encontramos. Una vez al año. Nos gusta, al emborracharnos, evocar los que éramos, parte de aquella tripulación. Y no los que somos ahora. Porque ya no somos los mismos. Ya no somos los marinos que fuimos. Kevin ahora es chofer de taxi. Tiene cuatro hijos y una mujer diabética. Michael es vigilante de un supermercado. Es viudo. Tiene una hija heroinómana. Y yo. Yo. Mejor me callo. A mí tampoco me fue mejor. Yo no importo. No es de mí que voy a hablarles. De los tres es Michael quien se encarga siempre de organizar el encuentro, y lo hace con la misma pasión que colecciona películas, fotos, insignias y banderines de barcos de guerra y submarinos. En especial, de submarinos. Los submarinistas somos tipos especiales. Vemos el mundo desde abajo.

Esa noche, Kevin, Michael y yo, al salir del bar y entrar en la niebla del Támesis, tropezamos con Johnny. Estaba solo, una sombra hablándole al río. No lo habíamos vuelto a ver desde entonces. Que se nos apareciera justo en esa noche de aniversario le confería un sentido misterioso a nuestra reunión anual. Kevin fue el primero

Antología literaria
en reconocerlo. Johnny tenía, como nosotros, no más de cincuenta, pero era un viejo esquelético. Apeataba, como todos los que duermen en la calle. Sabemos reconocer a los derrotados. Y los derrotados somos, a pesar de la victoria, los que estuvimos allí. Allí es las Falklands. Y nosotros, basura bajo la alfombra. Pudimos ver en Johnny al tipo vencido que alguna vez, como nosotros, fue joven y, siendo marino, creyó pertenecer a una estirpe. Uno de los nuestros. Pero el mar, también lo sabemos, se las ingenia para ahogar nuestras pretensiones. Los que fuimos del mar, sin barco, somos *homeless*.

Creo haberlo dicho: Johnny venía hablando solo. Frases sueltas, algunas más acentuadas. Sonaba a rezo lo suyo. De pronto se calló, mirándonos. A los ojos. Pero no era a nosotros que miraba. Tardamos en darnos cuenta de que pronunciaba nombres. En español. Argies. De memoria los decía. Preguntando a la oscuridad decía cada nombre. Pero nadie le contestaba.

La ballena, le escuchamos decir.

Johnny no estaba borracho.

Y ésta es su historia.

II

Mi padre, un párroco de Manchester, nos había contado Johnny. Cuando lo mandaron a Manchester se convenció de que él era Jonás y Manchester, su Nínive. Un enviado del Señor. Con una misión especial: irradiar la fe. Y yo, cuando no trabajaba en un taller mecánico, era el portero en ese templo con goteras. Me reventaba atender los menesteres del culto. La fe era su problema. No el mío.

Pobre, mi viejo. Terminó abandonado por el resentimiento de sus feligreses, los obreros en la calle. Cómo convencerlos de que había un Dios si no había un pan. Las fábricas cerraban, aumentaba la desocupación y, en tanto, los irlandeses morían en sus huelgas de hambre. Mi madre, celadora de un colegio que era un reformatorio. Nuestra casa, angosta, de dos plantas: el olor a frito, los pasos en la escalera de madera que suenan como martillo clavando un ataúd, las risas de la tele, un foxterrier viejo y su hedor en los almohadones, una novia escuálida teñida de azul y con granos. Nos mudamos a Londres.

Mi madre limpió las letrinas de un asilo de idiotas en Bayswater. Era mejor que nada. Para mi padre esta mudanza era otra señal de Dios: Londres, su nueva Nínive. Dios no paraba de mandarle señales. Dios y la ginebra también. Porque a esta altura se había vuelto devoto de la ginebra. Se emborrachaba hasta que los renacuajos, las iguanas y las culebras imaginarias le trepaban por el cuerpo. Mi madre movía su culo gordo calentando a los idiotas del asilo.

No tuve suerte como mecánico. Conseguí trabajo en el lavadero de un hindú. Me quedaba una chance más digna: enrolarme. Un sueldo fijo. De acuerdo: te preparaban para matar. Pero no había nadie a quien matar. El imperio tenía cada vez menos colonias. Y nadie ya se acordaba de la última guerra. Me pagaban por lo que nunca haría.

Mi padre cayó en un hospital de mala muerte. Lo visité una tarde. Qué sabía de la ramera babilónica, me preguntó. No le contesté. Tampoco insistió. Lo último que un hombre debe perder es la fe, me dijo. No clamo por tu perdón, Señor. Y agradezco tu castigo. Aun en la desgracia, conservo mi

Antología literaria

fe. Le conté que me había enganchado en la Marina. Que me habían asignado a un submarino. Antes de marcharme, me agarró la mano. Puro hueso era. Alambres sus dedos. Si Dios nos somete a una prueba, no podemos huirle, me dijo. Dios es el dueño de todo y todo lo gobierna: los cielos, la tierra, el mar. La tempestad y la calma. El mal le desagrada y pide su castigo. Pero es misericordioso y perdona, aprecia el arrepentimiento. No te enojés, Jonás. Tu misión es terminar la que yo no pude. Nínive, me dijo. Puedo verte llevando el mensaje de la fe. Alucinaba: Jonás, me llamaba. Nunca antes me había llamado por mi verdadero nombre. Que me resistía a ver la señal, me dijo. Para él estaba clara la señal, mi señal: la ballena, dijo. Lo único que me faltaba: continuar su misión de fe. No le quise llevar la contra. No correspondía.

Quedé en visitarlo. Cuando volví al hospital, mi padre ya no estaba. Terminó su última botella y su vida en un rincón de Park Lane.

Londres era otra vez Dickens, si es que alguna vez dejó de serlo.

III

A Johnny, al principio, le costaba creer no sólo que lo habían admitido en la Royal Navy. También su destino. Y si el padre había entrevisto lo que él se resistía a aceptar, se preguntó. Y si el submarino no era sólo la señal que Dios, padre todopoderoso, le había enviado. Y si el Conqueror era una prueba para que el hijo, convencido de la existencia de Dios, cumpliera la misión que el padre había dejado inconclusa. Y si todo esto era así, entonces qué. Prefirió no pensar en esa dirección. Además, antes, convenía meditar

que Dios, de haber existido, le habría concedido a su padre el último *voucher* de la fe.

A la mierda con Nínive, decidí.

Pero el impulso le duró poco. Nos tocaron misiones de rutina: vigilar a los soviéticos en el Mar del Norte. Johnny ahora estaba metido en sí mismo. A veces su silencio era un sigilo. Aunque ahora formaba parte de un equipo, un seleccionado épico, uno de los nuestros, la Royal Navy, no podía olvidar la profecía paterna. A menudo lo ganaba la ansiedad: no aguantaba la espera, el suspenso. Cierre de escotillas. Una presión en el pecho.

IV

Hay tipos que al volver de la guerra no hablan más del asunto. Otros, para quienes fue lo más importante que les pasó en la vida, no dejan de exagerar su participación, agrandar anécdotas y juntar souvenirs. Michael es uno. Le entusiasman los documentales y los libros sobre Falklands. No se pierde ningún artículo al respecto. Se sabe de memoria la guerra de las Falklands. Como los detalles de nuestro submarino. Y cada vez que puede filtrarse en la conversación, sin pedir permiso, se descarga. Michael le dio precisión al recuerdo:

Con casi noventa metros de eslora, diez de manga y nueve de calado, el submarino nuclear Conqueror provenía del astillero Cammel Laird, en Birkenhead. Lo botaron a fines de los sesenta. Disponía de seis tubos para disparar torpedos Mark 8, Mark 24 y Misiles Arpón. Sumergido podía alcanzar una velocidad de veintiocho nudos. Su tripulación: cien marinos. Nosotros entre ellos. El objetivo, espiar los movimientos de la fuerza naval soviética. En abril del '82 anclaba en la

Base Naval Faslane. Hasta que un día nos ordenaron entrar en acción. El objetivo ahora era vigilar la flota argentina y en especial un buque que navegaba al sudoeste de Falklands.

Unos militares argies buscaban salvarse y conservar el poder persiguiendo la unidad nacional con una guerra. Alguien dijo que esa guerrita representaba lo mismo para la Dama de Hierro. Johnny no prestó atención. La política no le importaba. Apenas el comandante informó el destino, nos preguntamos qué hacían los argies invadiendo las Shetlands. Creíamos que esas islas estaban cerca de las Shetlands. Shit-lands, bromeó alguno. Por qué no invadieron las Barbados, tan soleadas. Un oficial nos informó que del alto mando pedían que tuviéramos cuidado con las ballenas. Una especie en extinción. Una cosa es la guerra. Y otra la ecología. Que no confundiéramos al enemigo con un cetáceo. Eso les preocupaba.

Johnny sentía el vértigo. Se preguntaba si estaría a la altura de la situación. Kevin era el encargado del sonar y Johnny, el torpedista. Fueron los primeros en advertir el objetivo. El Belgrano se reabastecía de combustible en alta-mar. Un satélite había detectado al petrolero Rosales, fácil de captar por sus motores diésel. Michael identificó el objetivo en su pantalla. Nos acercamos.

Subimos lo mínimo como para usar el periscopio. Además del Belgrano y el Rosales estaba cerca el destructor Piedrabuena. Informamos a Londres, nos ordenaron perseguir al Belgrano. Que no jodiéramos a las ballenas, recordaron. Ya recibiríamos más órdenes. Dos días después, el 2 de mayo, una tarde de domingo, antes del anochecer, el submarino, a casi dos kilómetros de distancia, disparó sus torpedos.

Johnny los disparó.

V

Michael, el maniático de los datos, con su obsesión de filatelista, busca completar la historia. Con su detallismo, se acuerda de Pearl Harbor: el Phoenix provenía del astillero New York Shipbuilding. Ciento ochenta y cinco metros de eslora, veintíun metros de manga, siete metros de calado. Quince cañones, tres en cada una de sus cinco torres. Ocho cañones antiaéreos. Veintiocho cañones Bofors. Veinticuatro cañones de veinte milímetros. Hangar para cuatro aviones. Dos montajes cuádruples de misiles Sea Cat. Fue botado un domingo de 1938 y por entonces, en un viaje diplomático, ancló en aguas argentinas. Más tarde, en el Pacífico, sobrevivió el ataque japonés en Pearl Harbor. Superstición, se dirá, pero fue domingo el desastre de Pearl Harbor y también sería domingo el día de su muerte. En Pearl Harbor respondió al ataque, pero no fue alcanzado por las bombas japonesas. Le ordenaron que se lanzara tras los portaaviones enemigos. Más tarde, en los años de la guerra, participó en diferentes misiones. Tuvo su gloria en Filipinas. Le causó bajas importantes a la Marina japonesa. Terminada la guerra, retornó a la Argentina. Lo compró Perón. Habrán oído hablar de aquel Mussolini. Trae mala suerte cambiarle el nombre a un barco. Debieron saberlo los argies. Una fecha folklórica le pusieron: 17 de octubre. Pero no fue por mucho tiempo. Unos militares rebeldes decidieron voltear al tipo. Y emplearon el ahora 17 de octubre para desembarcar en Buenos Aires. No tuvieron mejor idea que bautizarlo por tercera vez: el nombre de un prócer. Esos países bananeros.

Si es verdad que no conviene cambiarle el nombre a un barco, los argies desafiaron demasiado la suerte. El Phoenix sufrió dos nuevos bautismos. Dos domingos, dos bautismos, dos torpedos. Un 2 de mayo. El Phoenix estuvo maldito desde el mismo día en que cambió de bandera. Y su destino estaba sellado en esa tarde del '82, cuando dos torpedos del Conqueror lo hundieron en menos de cuarenta minutos. El viento soplaba a ciento veinte kilómetros, las olas medían más de doce metros, la temperatura era de diez grados bajo cero. El Phoenix se encontraba al este de la Isla de los Estados y al Sur de las Falklands. De sus mil tripulantes, perdieron la vida más de trescientos.

VI

El mar estaba encrespado y los torpedos iban a cinco metros de profundidad. Los argies no pudieron verlos. Podíamos imaginar lo que pasaba en el Belgrano. Un marino que camina por un pasillo siente una explosión. Todo se mueve. Tiembla el piso. Se corta la luz. La oscuridad más negra. El silencio que aturde. Alguien grita: “¡Tranquilos, que no pasa nada!”. Entre una y otra explosión hay treinta segundos. El primer torpedo impactó en la sala de máquinas de popa, cerca del comedor y los dormitorios. Los muertos, los heridos. El olor a petróleo intoxica. La onda expansiva provoca una chimenea de quince metros y atraviesa las cinco cubiertas. Treinta segundos. El segundo torpedo acierta en la proa. Se eleva una columna de agua y hierros. Desaparecen quince metros de buque. Más tarde se dirá que de los trescientos muertos del Belgrano la mayoría murió con el primer impacto. Mientras se arrojan al mar las primeras

balsas, la tripulación todavía no escucha la orden de abandonar el barco. Marineros desnudos, envueltos en llamas, se retuercen aullando. Los compañeros quieren arroparlos, pero es tarde. El Belgrano se inclina, las balsas siguen cayendo al agua, los marineros saltan. El Belgrano se hunde. Una humareda densa se recorta en el cielo gris. Los naufragos buscan poner distancia del barco. Al hundirse, pueden tragarlos. A las cinco de la tarde, cuando los naufragos se alejan del Belgrano, lo ven hundirse. En menos de cuarenta minutos sólo flotan en el océano los cuerpos de los sobrevivientes y las balsas. Es casi de noche.

Divisan unos buques escolta. Pero los buques se esfuman temiendo otro ataque. Unas horas después, un temporal sacude las balsas. Las olas amenazan darlas vuelta, impiden la atención de los heridos. Los marineros vomitan. Les cuesta cerrar los techos de lona. El termómetro baja. En la noche de tormenta, las olas, cada vez más altas. Las balsas se inundan. Los hombres usan su calzado para desagotar. El frío mortal. Los naufragos mean las bolsas recolectoras volviéndolas bolsas de agua caliente. El viento arrastra las balsas hacia la Antártida.

En tanto, el Conqueror, aplicando la lógica de cualquier submarino después de un ataque, se alejaba de la zona evitando ser localizado por las fuerzas enemigas que pudieran acudir en ayuda.

Cuando el submarino ya se encontraba fuera de peligro, algunos nos preguntamos dónde estaba Johnny. Lo encontramos. En su camastro, agarrándose las orejas, tapándose los oídos, en posición fetal, temblando, murmuraba. La ballena, murmuraba. Perdón, Señor, murmuraba. Se agarraba la cabeza, se tapaba los oídos.

VII

Ahora, esta noche, Johnny terminaba de contarnos su versión. Su suerte siempre estuvo escrita, dijo. Una maldición, dijo. Dios lo había traicionado, dijo. Estuve por decirle que la salvación del alma no puede depender de un libro. Menos de uno de fábulas. Qué otra cosa es la Biblia. Pero me callé. Michael también se calló. Con todo su coleccionismo de batallas navales no supo qué decir. Kevin, siguiéndole la corriente a Johnny, lo quiso consolar: al fin de cuentas, sus torpedos habían librado a Nínive de los militares. La historia avanza sobre cadáveres.

Johnny nos miró como perdonándonos.

Se perdió en la niebla balbuceando más nombres.

¡Shazam!

Héctor de Mauleón

El problema era que aquel domingo daban en el Cosmos un episodio de El Capitán Maravilla. Por eso, cuando Pico sacó un flamante billete de a diez, e hizo aparecer, como en un acto de magia, el digno rostro de la Corregidora, el Gallo y yo intercambiamos la mirada rápida de siempre.

—No saldremos con vida si vamos solos al Cosmos— murmuró el Gallo, que a los once años hablaba exclusivamente en clichés cinematográficos.

El Capitán Maravilla era una serie de los años cuarenta —protagonizada por Tom Tyler—, que había seguido rodando, en las décadas siguientes, por los cines más viejos del rumbo: castillos magnificentes venidos a menos; galerones oscuros, de nombre rimbombante —Majestic, Lux, Opera, Palacio—, cuyo lustre se había empañado al devenir salas caldeadas de sudor y orines, multitudinarios recintos salvajes en los que el público aullaba a la menor provocación, o derramaba líquidos sobre la luneta, o sencillamente ponía punto final a cualquier asunto emprendiéndola a golpes con el espectador de junto.

Y aunque en ese tiempo las latas que encerraban las aventuras del Capitán Maravilla eran para nosotros el descubrimiento arqueológico de la década, no había en el rumbo nada más parecido a una penitenciaría que el torvo y siniestro

Antología literaria
cine Cosmos. O tal vez sí: mi escuela primaria. Pero estaba cerrada ese día.

Así que seguimos tumbados a orillas de la banqueta, mirando el cielo apagado, de nubes blancas que se desplazaban y cambiaban de forma, hasta que el Gallo dijo de pronto:

—Si se nos pone difícil, podemos decir “¡Shazam!”.

Empezamos a reírnos. “¡Shazam!” era la palabra que Tom Tyler pronunciaba para adquirir sus poderes en los momentos peliagudos.

Supongo que algo ocurriría entonces, pero no recuerdo qué. Posiblemente seguimos tumbados en la banqueta, hasta que Pico extrajo de nuevo su flamante billete de a diez. El Gallo volvió a soltar un parlamento cinematográfico:

—Compramos los boletos cuando la función haya empezado. Entramos a oscuras y salimos a oscuras. Cuando ellos se estén levantando, ya habremos cruzado la México-Tacuba.

En eso consistía todo. Cruzar México-Tacuba era penetrar en territorio comanche, ver evaporarse los derechos civiles, atravesar vecindades que efectivamente eran penitenciarías; tropezar con borrachos que vociferaban a media calle, y con inhaladores de Resistol 5000 capaces de descuartizarte si pronunciabas un diptongo de más. Algo así.

De modo que nos levantamos y, desde Amado Nervo, avanzamos hacia el corazón de las tinieblas, el extremo oriente de Santa Julia. La marquesina del Cosmos anunciaba *La picadura del escorpión* y *El escorpión de oro*. Esperamos en la escalinata, sin mirar a nadie, hasta que comenzó la función. Pico compró los boletos y, en fila india, entramos en la sala. Nos hundimos en las primeras butacas, un poco lejos de todos.

El Capitán Maravilla era un arqueólogo que, al abrir la Gran Tumba, se negó a saquear los tesoros del faraón. Una sacerdotisa fantasmal lo recompensó entregándole un secreto: “¡Shazam!”, palabra compuesta por las iniciales de Salomón, Hércules, Atlas, Zeus, Aquiles y Marte. Quien la pronunciara adquiriría los poderes de dioses y héroes. El compromiso era usarla para recuperar las joyas y combatir el mal. Nada más misterioso que esos cortometrajes antiguos, rayados y llenos de cortes, que parecían ruinas de otro mundo, sueños de alguien sepultado hacía tiempo.

Pero el plan del Gallo falló. Olvidamos el intermedio: aquel momento fatal en que el cácaro cambiaba el rollo y las luces se encendían, y una marabunta ardorosa se lanzaba a correr por los pasillos: fingir la lucha contra el mal, ser el Capitán Maravilla, recordar que eran niños y no sólo habitantes de la penitenciaría a la que tendrían que volver cuando la función terminara.

En ese instante nos descubrieron.

Lo supimos porque nos señalaron de lejos y creímos notar que algo había cambiado en sus miradas. Ese algo era lo que nos mantenía alejados del Cosmos.

Cuando la luz se apagó vinieron a sentarse en la fila de atrás. Trajeron con ellos un silencio cargado de significados. Algo que quería decir: “sabemos quiénes son”, “los hemos visto antes”. El Gallo y yo nos miramos de reojo.

Había comenzado *El escorpión de oro*, cuando alguien pateó la parte trasera de mi butaca. Ni siquiera parpadeé. De pronto, alguien expulsó un gargajo y lo estampó con brutalidad, no recuerdo si en mi nuca o en la de Pico, aunque espero que haya sido en la de él. El Gallo dijo:

—Vámonos.

Caminamos hacia la puerta, bajo el haz de luz en que volaba el Capitán Maravilla. Pero no pudimos salir del territorio comanche. Nos metieron a empujones al baño, encharcado de orines. Uno inmovilizó a Pico, torciéndole los brazos por la espalda. Otro, de un manotazo, tiró los gruesos lentes del Gallo. Hoy deben estar secuestrando o asaltando bancos. Tenían un talento especial para desarrollar esa clase de biografía.

—¿Qué vienen a hacer aquí, putos? —preguntó el Jefe (siempre había un jefe).

Yo miré al Gallo. Dije:

—¡Shazam!

Y, por un instante, un rayo de júbilo brilló en sus ojos. Pude verlo antes de que el Jefe soltara el puñetazo que hizo rebotar mi cráneo contra el mosaico mojado.

(Tomado del libro *Como nada en el mundo*,

Ed. Joaquín Mortiz)

HELGUERA



HERNÁNDEZ

•• NUEVO ESLOGAN



ODA A BOROLA TACUCHE DE BURRÓN

Hugo Gutiérrez Vega

(Escrita en versículos chipocludos y dedicada a la Barda
Chachis Pachis Palomeque)

A Carlos Monsiváis en su chorrocientos cumple.

Forzada, sí, por lo inmisericorde y por los años de
la tripa mala,
maestra en el arte de ir tirando, santa señora del
descuajaringue,
buscando la fortuna o, por lo menos, un magro
desayuno,
tu vida y tu escenario comunal forman la desazón
regocijada
de la diaria miseria y de su desastrosa escapatoria
("aquí nos tocó" y otras periclitadas transparencias).

Debías burlar la estricta vigilancia de las
moralidades burronianas,
tan sin matices, ay, siempre tan planas
sin el aire gracioso de la imaginación.
Don Regino, ejemplar, tan apocado por propia
voluntad,
censuraba tus planes, frenaba tu aventura, aunque
sabía
que al final, una bondad profunda e involuntaria
negaba tu discurso mandrín, y hundía tus pasos
en las obligaciones solidarias.
Sucede igual a veces con la errática y siempre
impredecible sociedad vecindaria.

Llamo en mi auxilio para encomiar tu vida y tus
trabajos
al mismo Don Regino con todo su civismo
conformista,
a Regino chico, Macuca y Foforito; a Wilson, el
amigo del hombre, el compañero de sus
estrecheces;
a Avelino Pílongano, destacado colega
(el Fonca de la santa Gamucita lavaba ajeno
para patrocinar sus odas inmortales,
más chipoccludas, ay, lo reconozco con rencor
enconado,
que éstas que usted, lector querido, tiene
ante esos sus oclayos soñadores);
al Tractor pretencioso
y a Chagoya, rijoso y vulgarón diputadazo,
tan parecido, ay, a los gobernadores
buscando los regresos del pasado.

A lo lejos, allá en San Cirindango, Briagoberto
Memelas y Juanón Teporochas
levantan las banderas del sistema,
mientras Dick Epifanio O'Connor y Audrey Petra
Chagoya
lanzan los de apipizca rumbo al norte.

Esta ciudad desparramada y rota, tiene en usted,
Borola,
la cumbre de la risa exasperada;
los chorrromillonarios (veo a Cristeta, Boba Licono
y al sofocado Pierre)
evitan que el encomio boroliano se vista de
colores maniqueos.

Van más allá sus pasos, mi señora,
pues el humor más hondo cala y pinta
el turbio panorama que revela la aurora de
Nonoalco.

El que esto canta ha visto sus cantares
incrementar la producción del huevo,
tal lo hizo Sinfónico Fonseca, compositor de pro;
el que esto canta piensa en Satán Carroña y sus
fracasos,
piensa, en fin, en la noche de noviembre y en esa
vecindad
que ha renovado hambres, humillaciones y formas
solidarias.

Para acabar, regreso a usted, Borola, y pienso en
don Gabriel y en su comedia humana.
Con humor candoroso y vengativo, ya casi
derrotada la ilusión
nos aferramos a esta furris vidorria
tan poderosa, sí, que sigue y sigue a pesar de
morirnos.
Sigue en esta ciudad, fuerte señora, pues pase lo que pase
la vecindad enorme, México-Tenochtitlan, seguirá
en pie
y este su sueño ilustre seguirá bailoteando el
Cuchichí.

(Guadalajara, Jalisco, 1934)

(Tomado de *La Jornada Semanal* mayo, 1998)

ENCUENTRO

Javier Sicilia

Me sedujiste, Amor, y me he dejado
seducir, me forzaste y me pudiste,
allanaste mi alcoba y le prendiste
fuego a mi alto cuerpo amurallado;
violaste con tus labios mi costado,
a tu placer rendida me tuviste,
mi goce a sequedad lo redujiste
y a polvo mis encantos y mi agrado;
tendida, cual la tierra contra el día,
tus oscuras caricias me domaron
hasta volverme yermo y luz baldía;
y ahí donde tus labios se gozaron
y sólo queda un hueco, un claro abismo,
de tan simple y desnuda soy Tú mismo.

LA NUBE DE VAPOR

Jorge F. Hernández

Para Francisco Hernández

De niño, me bañaban en agua hirviendo. Decía Mamá que con eso no solamente limpiaba mi cuerpo, sino además, expiaba toda posibilidad de pecados y alejaba de mi mente cualquier mal pensamiento. El cuarto de baño se llenaba con la pesada neblina que subía hasta el techo desde la tina. Me recuerdo sentado en medio del agua jabonosa, como si estuviese flotando entre nubes con mi piel enrojecida, hirviendo, y mis dedos arrugándose lentamente como si me volviera un viejecito al paso de pocos minutos.

Mamá me dejaba jugar en la tina con mis pequeños barquitos de piratas hasta que el agua se entibiara; incluso, recuerdo muchas ocasiones en que el agua ya se había vuelto fría y yo seguía allí metido. Me gustaba flotar, pues la inmensidad de esa tina antigua se lo permitía a mi cuerpo de niño, casi sumergido sin llegar a apoyar mi espalda sobre el fondo y apenas asomando sobre el nivel del agua turbia el contorno de mi rostro. Aunque el cuarto de baño era amplio, y más para mi estatura, se alcanzaban a cubrir todos sus rincones con el vapor húmedo que tardaba mucho tiempo en disiparse, aun cuando se abría la puerta hacia el corredor y entraba el aire fresco, siempre frío, que soplabá por el resto de la casa.

No recuerdo a qué edad empecé a salirme del agua sin esperar a que llegara Mamá con mi batita de algodón o con alguna de esas riquísimas toallas esponjosas con las que secaba mi cuerpo al tomarme entre sus brazos. Pero llegué a la edad en que me incorporaba sin esperarla, con extremo cuidado para no resbalarme en la porcelana lustrosa de esa bañera antigua y pisaba con cuidado el azulejo, sacando primero un pie y luego el otro, como si descendiera de un vagón de tren hacia un andén de finísimos mármoles. Sintíendome adulto, me enrollaba una toalla a la cintura y limpiaba con la mano un inmenso círculo sobre el espejo empañado para simular que me iba a afeitarme. Me encantaba formar un abanico con la mano extendida para remover en el aire las nubecillas grises del vapor y me tomaba muy en serio el ritual de mezclar el jabón para afeitarme en el hondo tazón de barbero, con esa brocha felpuda que parecía un ancho bigote de morsa. Abría con mucho cuidado la filosa navaja que se extendía como una lengua de diablo, dejando entre mis dedos su terso mango de marfil. A veces, esgrimía en el aire la navaja de plata como si fuera yo un bucanero al abordaje, removiendo la pesada atmósfera de vapor mientras la toallita amarrada a mi cintura revoloteaba como las faldas de los imbatibles guerreros escoceses. Pero en la mayoría de las ocasiones me apresuraba a cubrir mis mejillas hasta los pómulos, y por debajo de mi barbilla hasta la base del cuello, con la espesa espuma inmaculada y fingía afeitarme con el lado sin filo de la navaja, con prisa, para que no me sorprendiera Mamá.

Cada vez que recuerdo esas escenas que se repitieron tantas veces a lo largo de mi infancia —tantas que

Antología literaria
podría decir que sucedían a diario, entre las ocho y ocho con cuarenta minutos de todas las noches—, justo antes de que me llevara Mamá a la cama, no puedo evitar el terror de evocar la nítida imagen de una sombra negra que se me apareció una sola y única vez en el espejo. Al limpiar el vaho que cubría su superficie, en medio de aquella pesada niebla que condensaba todo el aire con vapor, vi reflejada en el espejo la sombra silenciosa de un hombre que se acercaba a mis espaldas con exagerada lentitud. Recuerdo que se me heló la sangre, que intenté un grito que no alcanzó a salir de mi boca y que no supe en qué momento cayó de mis manos la navaja de Papá, lo único con lo que podría defenderme en ese momento.

Han pasado cuarenta años y no puedo quitarme de la mente ese escalofrío. Dice el Dr. Kleinburg, mi psicoanalista desde hace ocho años, que tengo que encarar ese recuerdo de frente y sin temores, hablarle a la sombra para que revele su rostro, pero llevo años evocando la escena o soñándola en repetidas noches de pesadillas recurrentes, sin que mi conciencia quiera traer al frente el rostro velado de esa sombra que sigue acercándose sigilosamente a mis espaldas, reptando entre el vapor húmedo que inunda el cuarto de baño como una pantera negra arrastrándose entre el follaje. Quizá por estar distraído con mis canciones infantiles, o porque la misma pesadez de la bruma vaporosa lo impidiera, no recuerdo haber oído o sentido que alguien entrase al cuarto de baño. Sólo alcancé a mirar esa silueta horrorosa en cuanto limpiaba con mi manita el espejo del baño. No la vi de frente, ni sentí que se acercaba a mi espalda. Tampoco giré. Me quedé congelado, con ambas

XIII Feria Internacional del Libro en el Zócalo —————
manos sobre el borde del lavabo. Quizá cerré los ojos. Un mínimo parpadeo al escuchar el golpe de la navaja de Papá al momento en que cayó sobre el piso resbaladizo. Aunque lo sé de memoria, no puedo y no quiero contarle a nadie, ni al Dr. Kleinburg ni al recuerdo de mi pobre madre, todo el horror escalofriante que me sigue helando la sangre, así hayan pasado cuarenta años. Ese vértigo indescriptible que me dejó la boca seca, haciéndome abrir los ojos como si pudiera pedir auxilio con la mirada, con los dedos engarrotados al filo del lavabo, asidos al borde como si yo fuera un naufrago a punto de hundirse para siempre en un mar negro y cubierto con esa opacada neblina que era el vapor de mi baño, ese humo que revoloteaba ante el claro formado en el espejo donde yo miré aterrorizado la forma en que la sombra negra e inmensa extendía un brazo al tiempo que se encogía para recoger con el otro la navaja caída. Unos cuantos segundos. Allí, reflejados en el espejo, el repentino movimiento con el que la sombra forzaba mi frente hacia atrás, arqueando mi garganta hacia delante, hacia el espejo donde alcanzo a ver el frío guante de cuero negro que me presiona la frente y miro claramente el brillo filoso de la navaja que traza una línea instantánea e invisible con la que me rebana el cuello, hiriéndome la tráquea, cortándome las arterias, dándome muerte, matándome en el preciso instante en que miro —sin poder entenderlo hasta hoy— el rostro gélido, el gesto enfurecido con todos los músculos tensos que rodean la mirada asesina de Papá.

MI ABUELO

José Ángel Leyva

Mi abuelo tenía unos largos cuchillos afilados
y un extraño silencio de sauce en las pestañas
Dice mi padre que era experto en matar de un solo tajo
abrir las bestias en canal y desollarlas con pericia
Desvanecer en cortes cirujanos a la presa
Mi abuelo José Ángel no pensaba en el dolor
ni en la muerte de la carne
Cada mañana en su interior se desangraba una palabra
Un pinchazo al corazón se le clavaba al hundir el pan
en el café matinal en medio de los fiambres
Imaginaba que encendía temprano un horno
amasaba harina y enseñaba a los nietos a inventar
formas con nombres que se encienden al calor del barro
El carnicero despertaba en su local de garfios y de sangre
Rebanaba piezas de res de cabra de cerdo de cordero
Callado
Regalaba a la clientela una sonrisa calma

POEMAS

José Emilio Pacheco

INDESEABLE

No me deja pasar el guardia.
He traspasado el límite de edad.
Provengo de un país que ya no existe.
Mis papeles no están en orden.
Me falta un sello. Necesito otra firma.
No hablo el idioma. No tengo cuenta en el banco.
Reprobé en el examen de admisión.
Cancelaron mi puesto en la gran fábrica.
Me desemplearon hoy y para siempre.
Carezco por completo de influencias.
Llevo aquí en este mundo largo tiempo.
Y nuestros amos dicen que ya es hora
de callarme y hundirme en la basura.

ADÁN CASTIGADO

Las desnudas reposan en el jardín entre los dos ríos.
Están siempre bellísimas
bajo la luz del primer sol que iluminó el paraíso.
No fluye el tiempo entre sus cuerpos, no hiere.
No hay ayer ni mañana: todo es presente
en una bruma de oro. Las desnudas
están aquí para compensar la fealdad de todo,
la humillación de envejecer,
el desmoronamiento en el hormiguero
de las muertes innumerables.
Son la victoria del placer,
la dicha insolente
que no perdona ni a quien la disfruta.
Las desnudas encarnan el amor o lo que llamamos
por este insólito nombre.

Pero a él lo expulsan y ya siente el filo
de la espada y lo quema el fuego.
Perdió el Edén para siempre.
Ahora debe elegir con cuál de las dos se queda.

Él quisiera decir: «Con ambas.
Ninguna borra a la otra. Las dos son únicas.
La tierra será un desierto infernal sin ellas».

Para su honda desgracia aquí no se admiten
la bigamia ni el adulterio.

LA MOSCA JUZGA A MISS UNIVERSO

Qué repugnantes los humanos.
Qué maldición
tener que compartir el aire nuestro con ellos.

Y lo más repulsivo es su fealdad.
Miren a ésta.
La consideran hermosísima.
Para nosotras es horrible.
Sus piernas no se curvan ni se erizan de vello.
Su vientre no es inmenso ni es abombado.

Su boca es una raya: no posee
nuestras protuberancias extensibles.
Parecen despreciables esos ojillos
en vez de nuestros ojos que lo ven todo.

Asco y dolor nos dan los indefensos.
Si hubiera Dios no existirían los humanos.
Viven tan sólo para hostilizarnos
con su odio impotente.

Pero los compadezco: no tienen alas
y por eso se arrastran en el infierno.

(Tomados del libro *Tarde o temprano*, Ed. Fondo
de Cultura Económica)

LOS UDS DE MICLOSPHARSHI

José Luis Zárate Herrera

Sólo hay algo que aclarar desde el principio.

No hay Uds.

No existen, ni nunca han existido.

Vendemos camisetas, estatuas, manuales anatómicos,
colmillos, huesos, postales, hologramas, rastros químicos,
hilos de sensaciones.

Pero no hay Uds.

En todos los puertos de Miclospharshi están las ad-
vertencias destellando en colores láser. En las aduanas se
pregunta la nacionalidad, el planeta, la raza, el motivo del
viaje y se informa que este mundo no tiene fauna alguna.

Vegetación sí, árboles carbónicos, enredaderas mi-
méticas, flores movibles, algas- bosque en los mares verdes.

Piense en un adjetivo, y en una clasificación de plantas.

Los tenemos todos.

Pero no Uds.

Parece imposible que tal variedad de vida vegetal
sea todo, aun cuando sea tan rica y compleja como la de
Miclospharshi, tanta pradera verde, tanta exótica selva,
tantos árboles parecen exigir un animal recorriéndolos.

No hay silencio en este planeta (en ninguno, creo yo)
y se pueden escuchar sonidos y roces: son las enredaderas
tanteando su territorio, los árboles rompiendo roca para
afianzarse, el lento derivar de las dunas- césped, el zum-
bido de las semillas- dardo buscando nuevos territorios.

Pero no hay insectos, ni gusanos, ni polinizador alguno más que el viento y el clima.

Imposible ¿verdad?

Todos lo sabemos.

Los colonizadores fueron los primeros en no creerlo. Miraban el cielo sin saber que buscaban aves, dejaban alimento aquí y allá esperando llamar ratas, ardillas, algún predador diminuto, o enorme, o múltiple.

Cualquier cosa viva.

Más viva que las plantas, por supuesto.

Y también ellos oyeron los susurros, los sonidos y roces.

Y supieron que no todos podían ser explicados.

Es lo malo de los planetas vírgenes, inexplorados, enormes.

Hay demasiadas sombras nuevas.

Y no importan los instrumentos, las mediciones, los rastreadores satelitales.

No a media noche, no en la oscuridad cuando algo se mueve ahí, en donde todo debería ser inmóvil, y algo susurra.

Y se escuchan risas.

Parodias de risas.

De algo con dientes, y hambre, y locura imitando los sonidos de los invasores, burlándose de ellos.

Primero fueron niños riéndose allá, a lo lejos.

Niños que no eran niños, ni plantas ni árboles.

Eran los susurros imposibles de definir, las cosas ocultas más allá de lo visible.

Lo imposible, lo impensable, lo inefable.

Los llamaron Uds, por decirles de algún modo, sobre todo para negarlos.

Cuidado con el Ud, guárdate del Ud, ¿qué, tienes miedo del Ud?

Sí, tenían miedo, mientras cerraban puertas y ventanas sin saber a qué temerle, mientras activaban alarmas y sensores y se protegían con luz, con tecnología y certezas.

Y cuando el primero de ellos fue devorado ¿a qué culpar más que al silencio, a la incertidumbre, a la nada?

¿Quién más podía ser que el Ud?

Los Uds, por qué ése fue sólo el primer crimen.

Marcas de garras en las puertas, heridas de colmillos, huellas múltiples en la sangre fresca.

Ni una muestra de DNA.

El Ud no había dejado ni una escama, ni un cabello. A nivel celular no había rastro alguno, en los huesos partidos ni una astilla quitinosa de las garras.

Todo contacto deja huellas. Eso lo saben todos los forenses.

Pero no los Uds.

No las víctimas.

Y las risas continuaron, y el silencio lleno de susurros.

Y las muertes.

Hay quien piensa que todas estas plantas condensan los miedos, los leen, los saborean y los lanzan contra toda amenaza.

Que Miclospharshi es un organismo mental cuyos sueños son vegetales y, a veces, roba sueños de otros y los vuelve reales un instante.

Que los Uds son Dios, y este un jardín que hemos mancillado.

Que... bueno... hay libros, enciclopedias enteras con posibles respuestas.

Los vendemos en los puertos de llegada.

Pero los Uds no son lo que realmente nos desconcierta.

Son ustedes, llegando.

Con maletas, y rifles y misiones, y pecados, y silencios, y búsquedas, y ayeres, y pérdidas y silencios, risas, llantos, con ojos vacíos, vivos, oscuros, resplandecientes.

llegando

llegando

llegando

Buscando los Uds que no existen.

La muerte para quien entra a Miclospharshi.

Y tal vez, los que vivimos pensamos que allá afuera, en sus mundos y universos, un Ud más grande los ha devorado ya.

¿Pero qué saben los guías de razones y circunstancias?

Pasen, acomódense.

Esperen.

Vienen después de las risas de niños a lo lejos.

INSPECCIÓN DE GUARDIA

Juan Madrid

A Mariano Sánchez le llamaban en la Comisaría “El Sevilla”. Era un policía bajo, con tendencia a engordar y con una enorme fuerza en los brazos. De joven, había tenido el pelo negro y rizado, pero ahora se lo peinaba a los lados para disimular la calva. Llevaba un mes haciendo los turnos en la inspección de guardia porque había suspendido los cursos a subcomisario, algo anómalo en el Cuerpo, y los compañeros le tenían lástima.

Mariano Sánchez siempre se acordaba de aquella noche del mes de junio cuando lo único que había entrado en comisaría hasta entonces habían sido diez denuncias por tirones, un accidente de coche con lesiones y dos putas que se habían liado a botellazos. El policía canturreaba por lo bajo.

Entonces entró el cabo Teodoro, conduciendo al chico. Llevaba gafas muy gruesas y la cara picada de viruelas. Podría tener entre quince y dieciocho años.

—Mira lo que dice este tío, “Sevilla” —le dijo el cabo del Z. El muchacho se apoyó en el mostrador. Sonreía levemente.

—Ponte bien —gruñó “El Sevilla”, y el muchacho retiró el codo del mostrador.

—¿Qué le pasa?

—Escucha lo que dice —manifestó de nuevo el cabo—. Te vas a mear.

Lo miró. El chico parecía normal, pero nunca se podía saber. “El Sevilla” llevaba veinte años en las Comisarías.

—Quiero entrar en la cárcel —dijo el muchacho.

—¿Ah, sí? —“El Sevilla” se repatingó en el sillón.

—Sí.

—Muy bien. Quieres entrar en la cárcel. ¿Cómo te llamas?

—Lorenzo Sánchez Villanueva.

—¿Años?

—Diecisiete.

—¿Profesión?

—Estudiante.

—¿De qué?

—Peluquería.

—¿Peluquería?

—Sí, peluquería. En la academia Blasco. Está homologada.

—Homologada. Muy bien. ¿Dónde vives?

—Alcalá Carmona, 25, tercero izquierda.

—¿Tienes el carné?

El chico le tendió el carné de identidad. Lo comprobó por rutina. Lo habrían cogido dando un tirón. Pero el cabo seguía allí.

—¿No tienes nada que hacer, Teodoro?

—Escucha lo que te va a decir, “Sevilla”. Te vas a acojonar.

—Muy bien —el policía suspiró. ¿Qué has hecho?

—He matado a tres extraterrestres.

El policía cogió un cigarrillo. Era el número cuarenta y tres del día. Lo encendió y lo volvió a apagar.

—...por eso quiero ir a la cárcel. ¿Me van a mandar a la cárcel?

—Vete a reírte de tu puñetero padre.

—No, espera —dijo el cabo— deja que siga hablando.

El chico sonrió. Parecía un chico simpático. Su hijo Manuel tenía veinte años y estudiaba para perito de Obras Públicas. Se le parecía.

—Bueno, vamos a ver, te has cargado a tres extraterrestres. Cuéntamelo y vete de aquí antes de que me cabbrees de verdad —miró a Teodoro, pero Teodoro no era amigo de las bromas.

—¿Usted sabe lo que son los extraterrestres?

Esa gente que viene de otros planetas en platillos volantes. Viajan a la velocidad del sonido y tardan miles de años luz en llegar a la Tierra... pero se invernan y cuando los vemos parecen que acaban de llegar. Viajan por el espacio mediante computadoras sofisticadas y al llegar a la Tierra toman la forma y el aspecto de cualquiera de nosotros.

El cabo Teodoro, doce años llevando un Z de patrulla, respiró hondo.

—Sigue, chico, no te pares ahora. Cuéntaselo al inspector.

—Me di cuenta enseguida. Habían tomado la forma de mi padre, mi madre y mi hermano Ramón. Eran iguales, pero a mí no me engañaron, ¿sabe inspector?, me di cuenta enseguida y me puse a observarlos, a observarlos... y ellos a disimular, ¿sabe?, disimulaban todo el rato. Habían tomado la forma, la misma forma de mi padre, mi madre y el Ramón... Qué bien lo hacen... son muy listos, listos como nadie... Pero a mí no me engañaron.

El cabo tragó saliva.

—Dilo de una vez.

—Acabo de matar a los tres, señor Inspector... mientras dormían la siesta... Les he clavado una estaca en el corazón... si no sirve de nada y resucitan... ¿Me van a mandar a la cárcel?

(Tomado del libro *Cuentos completos*, Ed. B, 2009)

CHICAGO

Juan Villoro

—Está duro el frío, ¿verdad? —el taxista me miró por el espejo retrovisor. Y esto no es nada. Si le dijera la de fríos que he pasado...

Los taxis son espacios narrativos donde no se necesita otro estímulo que el silencio para que el conductor comience a hablar. Me dispuse a oír un monólogo sobre las bajas temperaturas, pero el discurso tomó otro rumbo:

—¿Usted conoce Chicago?

—No.

—Ah caray, ¿cómo le explicaré pa' que me entienda?

—¿Hace mucho frío? —traté de volver al tema.

—Ni se imagina. Es una ciudad canija, de veras canija. ¿Pero cómo le digo? —se pasó la mano por el pelo, de un negro azulado; en el dorso tenía un tatuaje, una virgen de Guadalupe en miniatura. Le pregunté si se lo había hecho en Chicago.

—Obvio, mi jefe —contestó con total desinterés—. —¿Cómo le digo? —insistió, sumido en cavilaciones. Mire, a ver si me agarra la onda. Chicago es más o menos del vuelo del DF. Si sube al Ajusco, ve luces hasta La Villa, nomás que ahí hay unos radares gigantes. Todo es muy distinto. Haga de cuenta que está en el Estadio Azteca. ¡Qué América ni qué nada! ¡Es la cancha de los Osos! Desde el estadio se puede ir hasta Chapultepec en un tren de poca madre. Sólo

que en Chapultepec no hay bosque sino unos lagos tan grandes que no se ve la otra orilla. En invierno, el viento de los lagos te corta las manos. Es el factor de congelación, que le llaman. ¿Ha visto los cisnes negros de Chapultepec? Bueno, pues allá hay patos salvajes. Vienen en bandadas desde Canadá, o al revés, se van para allá. Los rascacielos son tan altos que los patos no llegan a las azoteas; tienen que volar entre los edificios. Ahí Paseo de la Reforma se llama la Milla Magnífica. ¡No sabe qué torres! Ochenta pisos de puro cristal. Se necesitan unos huevotes para trabajar de limpiavidrios. A esos cuates les dicen “la fuerza aérea”, ¡pura jerga de altura! Un cuñado mío apenas aguantó un día en un andamio. Y ni pagan tanto, no se crea. El cuate que conectó a mi hermano vive en un lugar pinche, allá por el norte, haga de cuenta por Ecatepec. Pero allá Ecatepec está lleno de negros y hay un chingo de tiendas que abren toda la noche, con eso de que muchos trabajan todo el día. ¿Sabe qué me impresionó? Esas tiendas son de chinos o de coreanos. Ecatepec es negro pero las tiendas las dominan los orientales, ¿cómo la ve? Ellos viven en otra zona, haga de cuenta Ciudad Satélite. No, si le digo, usted se mete a Satélite y ve puros ojitos rasgados. Eso sí, los negros traen mejores carros. A los chinos les vale madres, no gastan en nada. Si usted entra a Plaza Satélite, todos están comprando fideos o unas chancas que dan pena. Imagínese: ¡levantar un buen billete para andar en chancas! Pero le estaba diciendo que a mi cuñado se le frunció en las alturas. De pronto me dice: “rifarme el físico para vivir como negro, ¡ni madres!”. Ya le dije que su amigo el que lo conectó vivía en el Barrio de la Sombra, como le dicen a Ecatepec. Eso sí, hay colonias negras que

Antología literaria
 mis respetos. ¿Ha subido por Las Águilas? Bueno, ya casi hasta arriba hay unos departamentos de lujo. Ahí viven los negros ricos. Está un poco lejos pero cada edificio tiene gimnasio y alberca cerrada. Con el friazo que hace se antoja una nadadita, viendo la nieve que cae afuera. Eso sí, no sabe el tráfico que hay para llegar a Las Águilas. Allá el Periférico se embotella a las cinco de la tarde y cuando nieva, peor. Chicago es bonito pero cabrón. Con decirle que viví en una ratonera donde nos cobraban la calefacción. Había que echar *quarters* en la ranura de una máquina. Yo traía una chamarra bien lanuda, y ni así. Si no echas tu moneda te congelas, es la ley. ¿Qué le iba a decir? Ah, que vivía en un lugar jodidón pero céntrico. Haga de cuenta La Merced. ¡Chingos y chingos de naves industriales! Los chicanos viven por allá, luego luego se conoce, por los altarcitos con la virgen de Guadalupe. Hasta en invierno les ponen flores, de plástico, claro, si no imagínese. Si usted agarra de ahí hacia el Zócalo pasa por un chingo de pizzerías de italianos. En la plaza de Santo Domingo hay una sinagoga y unos carritos que echan humo y huelen resabroso. El primer día pensé: “tortas, qué a toda madre”. Niguas. Te venden unas roscas de harina, ¡más duras las hijas de la chingada! Si sigues hacia el Zócalo y vas caminando y es invierno, ¡ya te congelaste! Hay que ir en metro. Los túneles atraviesan toda la ciudad. Una vez caminé como de la Roma a la Buenos Aires, así bajo tierra, bien padrote. Ya ve que aquí el metro lleva pura raza, pues ahí hay de todo, ejecutivos muy acá, con portafolios de importancia, ¡y cada vieja! A una estación, haga de cuenta Pino Suárez, le decíamos el Nalgódromo. Como le iba diciendo, si va de Santo Domingo al Zócalo atraviesa unos comercios

supermodernos, como cajas de cristal conectadas por puentes, y luego ya llega a la plaza y pues no hay catedral ni bandera ni palacio ni nada. Ah, caray, como que me agarró la nostalgia.

—¿De Chicago?

—N'ombre, de México. De pronto me sentí en el Zócalo de allá. Viera qué distinto es.

—Me quedo en la esquina.

—No sé si me di a entender, mi jefe. ¡Es que como usted no conoce Chicago!

Descendí en una calle cualquiera. El taxista se persignó con el billete y arrancó rumbo a los vientos de Chicago, Distrito Federal.

LA FIESTA DEL COMETA

Juan Miguel Aguilera

A la fiesta sólo es posible llegar deslizándose por un largo tobogán que tiene la forma de la cola de un cometa. Es de aluminio y por toda su bruñida superficie se refleja con precisión la maraña de diminutas bombillas que cuelgan del techo del *hall* de La Bauhaus, y que representan las principales constelaciones del cielo.

Drachenfest! La Fiesta del Cometa ha comenzado y Sven espera impaciente su turno al pie de la escalera que conduce a la boca del tobogán. En su mano derecha sujeta la invitación, una cartulina plateada con la forma de una estrella fugaz. Al abrirla, un pequeño fuelle disimulado bajo el papel expele una breve lluvia de purpurina.

Traga saliva, su mente se agita inquieta y anhelante, mientras sus ojos recorren la cola de personas con disfraces estrafalarios y geniales. Él se ha limitado a coser un centenar de icosaedros estrellados de latón sobre un traje de *tweed*. Los icosaedros tienen diminutos agujeritos que lanzan destellos fulgurantes cuando se mueve, porque hay pequeñas mechas encendidas en el interior de cada uno. Le hubiera gustado diseñar algo más original, pero ha pasado varios días con la mente ocupada por todo aquel desagradable asunto de Berlín-Charlottenburg y no se le ha ocurrido nada mejor.

Al fin llega su turno. Una chica disfrazada de Selene abre su invitación (nubecilla de purpurina), se la devuelve

y le señala la escalera de metal. Sven trepa por ella, sintiendo sus manos sudorosas al agarrarse al tubo de acero. Los icosaedros de latón golpean rítmicamente contra los escalones. Cuando llega arriba, se asoma a la boca del tobogán. Da un poco de miedo, pues se desliza recta hacia abajo durante unos metros, luego se dobla hacia la derecha y se desvanece en la oscuridad.

Una apropiada metáfora de mi futuro inmediato, piensa Sven.

Un auxiliar le dice que se tumbe boca arriba con los brazos pegados al cuerpo. Lo empuja. Sven recorre el tobogán en apenas unos segundos, y sus pies aterrizan sobre el mullido césped del campo deportivo situado junto a la escuela.

Camina en medio de la noche salpicada con centenares de farolillos dejados en el suelo, que están rodeados de insectos que zumban y revolotean atraídos inexorablemente hacia la luz. Cuadrados de verdes parcelas, hileras de robles engarrados sobre las piedras grises, rastrojos y encinas, y una fuente en la que flotan flores acuáticas. A su espalda quedan las luminosas cristaleras de la fachada Sur del edificio de La Bauhaus de Dessau, una admirable modulación de cubos entrelazados e interrelacionados, con paredes de cristal y hormigón que dibujan perspectivas inesperadas. Gentes de todas las condiciones sociales deambulan a su alrededor ataviados con atuendos astronómicos y astrológicos. Pero no hay nada ni remotamente parecido a los disfraces diseñados en la propia escuela, que conscientemente evitan ajustarse a la forma humana e intentan ser monstruosos o estrafalarios, pero siempre teñidos con colores intensos y desconcertantes.

Las conversaciones y las risas de sonido cristalino fluyen como corrientes de sangre que se mezclan y disuelven mientras Sven cruza entre ellos como un solitario glóbulo blanco. Los grillos fragmentan la noche con un ritmo acompañado semejante al entrechocar de las espadas.

Una voz femenina mujer murmura a su lado:

—Una noche maravillosa, ¿no crees?

La chica es radiante; su esbelta y refinada figura tiene un aire luminoso. Es muy rubia, y el brillo platino de sus cabellos sobresale por encima de los destellos del aderezo de brillantes que representa notas musicales. Viste un corpiño de charol negro, ajustado como una segunda piel, y con un generoso escote que deja ver bastante de sus senos. Las líneas plateadas de un pentagrama se enrollan alrededor de su cintura, salpicadas de corcheas y semicorcheas hechas con lentejuelas, que danzan alrededor de su cuerpo. Complementa su vestuario con un ceñido pantalón corto de cuero negro que le queda al ras de las nalgas, un cinturón cubierto de brillantes, y un pañuelo de muselina azul que flota detrás ella como si estuviera hecho de humo.

Sven se lleva la mano al corazón y finge que está teniendo un ataque.

—Me sorprendiste... ¿Es que nos conocemos?...

Y se muerde la lengua apenas ha dicho esto. ¿Qué clase de pregunta es esa cuando tienes delante a semejante mujer que intenta entablar una conversación?

—Perdona, quiero decir que... —empieza a disculparse, pero no se le ocurre nada. Lo cierto es que el rostro de la muchacha le resulta familiar, pero ¿quién es?

—No habíamos hablado nunca —reconoce ella—,

pero siempre te sientas en primera fila en la clase de natural. Aunque últimamente ya no te veo por allí.

—¡Claro! —exclama Sven, porque al fin se ha iluminado la lucecita en su mente. Eres la modelo, ¿verdad? Perdona, no te había reconocido...

Esta vez se detiene antes de decir una inconveniencia, pero es ella la que completa la frase, añadiendo de regalo una mueca pícaro a su rostro:

—¿Vestida?

—Sí, eh... quiero decir... Es asombroso, estás increíble con ese disfraz de...

—La Música de las Esferas.

—La “Música de las Esferas”, claro. —Sven se aparta un mechón de pelo rubio de la frente. Muy bonito.

—Y eso que llevas tú son...

—Icosaedros estrellados. Siempre me han gustado, porque ya ves que son estrellas tridimensionales... Es decir, son icosaedros, pero parecen estrellas, y... —de repente le parece un disfraz de lo más vulgar, pero ya no tiene remedio—. Dentro metí unas mechitas encendidas, no sé si te has fijado.

—Sí, muy original. Por cierto, me llamo Helene. No te acordabas, ¿verdad?

—Soy un desastre. Lo siento. En fin, no sé si ya sabes mi nombre... Yo soy...

—Sven, dime una cosa; ¿por qué dejaste de asistir a la clase de natural?

Él se queda mirando a la chica y se esfuerza por no apartar sus ojos de los de ella, aunque la tentación del corpiño negro reluciente y la amplia curva del escote es casi

Antología literaria
mesmérica. Qué extraña le resulta la excitación que siente en ese momento cuando ha visto a esa chica ininidad de veces posando desnuda.

Aunque su mente le sigue dando vueltas a este asunto, Sven dice:

—Dejó de interesarme el figurativismo. Todo cuanto existe está amenazado por la destrucción. El mundo ya estaba en ruinas mucho antes de la Gran Guerra, así que la misión del artista es crear un nuevo orden a partir de los escombros... Es necesario imaginar una realidad alternativa, porque ésta en la que vivimos agoniza.

Ella lo mira ladeando un poco la cabeza. Sonríe.

—Qué pena, me gustaba cuando me dibujabas —entonces, como llevada de un impulso, se coge a su brazo y apoya la mejilla en el hombro de Sven. Las notas musicales de cristal de roca tintinean al entrecocar con los icosaedros de latón—. Quizá logre convencerte de que vuelvas a hacerlo algún día.

—Algún día —asiente él.

Helene se vuelve hacia el centro del jardín y observa el revuelo que se está produciendo entre la gente.

—Oye, parece que Walter Gropius ya va a hablar —dice. ¿Quieres que vayamos a escucharlo juntos?

Él asiente y empiezan a caminar así cogidos hacia el centro del jardín. Una cálida brisa evapora las esencias de las damas de noche y los jazmineros. El cielo está cuajado de puntos luminosos. En un momento, una enorme estrella fugaz atraviesa el firmamento sin darles tiempo siquiera a señalar el sitio por donde ha desaparecido. Se cruzan con una pareja de amantes que se escabullen hacia la masa de árbo-

les oscuros. Sus cuerpos se desploman sobre la alfombra de césped, iluminados por la luz anaranjada de los reflectores. La excitación aletea en el vientre de Sven, desearía quedarse toda la noche con la hermosa Helene, pero es consciente de que tiene un compromiso que no va a poder eludir.

En el centro del prado, la multitud está quieta, atenta a la llegada de las personalidades, creciendo en diámetro a medida que van incorporándose nuevos anillos de gente desde el tobogán. Sven y la chica se quedan mirando desde las rocas, oliendo a pasto seco. Poniéndose de puntillas puede ver a Kandinsky, que va disfrazado de antena de radio. Junto a él, Johannes Itten va de engendro amorfo, es imposible describir su apariencia, y basta con apartar la vista un momento para olvidar los complejos detalles que configuran su atuendo. Un poco más lejos, Lyonel Feininger pasea, impresionante con su aparatoso disfraz que consiste en dos enormes triángulos rectángulos chocando, y saluda a Moholy-Nagy, que va de segmento rectilíneo atravesado por una cruz. Al fondo, Muche es un apóstol harapiento y Paul Klee una encina azul partida por la mitad.

El director de la escuela, Walter Gropius, va disfrazado de Le Corbusier. Camina hasta el centro del círculo de personas y hace la tradicional lectura del manifiesto.

—¡El último fin de toda actividad plástica es la arquitectural! —empieza.

Sven escucha en silencio el manifiesto, absorbiendo cada palabra, que no por conocidas le parecen menos impresionantes. El manifiesto de La Bauhaus es un grito para la unidad, la colaboración y la integridad de los artistas y los artesanos. Afirma que el Estado de la Armonía se ha

Antología literaria
perdido por la división del trabajo causada por la producción en masa y la guerra mundial, hechos que el discurso de Gropius conecta con la mecanización imperante que anula al individuo. Culpa también a las barreras que ha levantado la intelectualidad entre las Bellas Artes y las Artes Aplicadas.

—¡Formemos pues un nuevo gremio sin las pretensiones clasistas que pretendan erigir una arrogante barrera entre artesanos y artistas! —exclama—. Porque un mundo mejor y más hermoso está en el horizonte. Un mundo hecho a la medida del Hombre, donde nuestros hijos crecerán felices. Deseemos, proyectemos, creemos todos juntos la nueva estructura del futuro, en el que todo constituirá un solo conjunto: arquitectura, plástica, pintura... y que un día se elevará hacia el cielo de las manos de millones de artífices como símbolo cristalino de una nueva fe: ¡La fe en la Belleza y en el Hombre!

Sus palabras son respondidas con una cerrada ovación, a la que Sven se suma con entusiasmo. Pero inmediatamente después su expresión se vuelve taciturna, como si una nube hubiera eclipsado su rostro. Mira la hora en su reloj de bolsillo y comprueba que ha llegado el momento que tanto ha temido durante los últimos días.

—Me tengo que ir —le dice a Helene con pesar.

—¿Ya? —sus preciosos ojos azules reflejan una gran desilusión—. Pero si aun es muy pronto... La fiesta no ha hecho más que empezar...

—Lo sé, pero tengo que atender cierto asunto... Lo siento, pero no puedo decirte más. Será sólo un momento y regresaré a la fiesta. Espero volver a encontrarte.

Ella extiende la mano y le toca el brazo que sujeta el reloj.

—Déjame ir contigo —le pide.

Sven tiene sinuosos glóbulos sangrientos flotando frente a sus ojos, recordándole la verdadera naturaleza de esa noche. Se los frota con los dedos y musita:

—Lo siento, Helene, pero es mi honor lo que está en juego... Y tú no puedes acompañarme.

—¿Tu... honor? —se extraña ella.

Sven ya no le dice nada más, se aleja de ella dando grandes pasos en dirección a la calle que lleva hacia el centro de Dessau. No voltea para volver a mirarla. Entonces alguien le sale al paso, se trata de Georg Muche, con su disfraz de apóstol mugriento.

—Espera, ya sé lo que pretendes hacer, muchacho, y es una locura —le dice, acercándose mucho a él.

Sven se aparta un poco. Desde que Muche ingresara en la secta mazdeísta, no se lava mucho. Lleva la cabeza afeitada, viste túnicas largas, y sigue una estricta dieta vegetariana con grandes cantidades de ajo purificador que ahora exhala con su aliento.

—Lo siento, profesor, pero esto no es asunto suyo.

—Por supuesto que lo es. ¿Te crees que no conozco cuál es el origen de todo esto? Te vi cuando les hacías frente a aquellos muchachos de Berlín- Charlottenburg. Y lo hiciste para defenderme a mí, ¿no es así?

Muche había ido a Berlín a dar una clase magistral en la Escuela Técnica Superior de Berlín- Charlottenburg. Allí fue abucheado por varios alumnos de arquitectura que lo llamaron “perro judío” y luego le arrojaron huevos podridos.

—No lo hago por usted, profesor Muche, sino por el honor de La Bauhaus. También dijeron que la escuela era un “nido de comunistas”...

—¿Y qué? ¿Qué importancia tiene eso? ¿De verdad crees que vas a demostrar algo enfrentándote en un duelo con esos gamberros? Porque se trata de un duelo Mensur, ¿verdad? No creas que me chupo el dedo, muchacho. Lucharás con una espada hasta que consigas hacerle una buena cicatriz a tu enemigo o él te la haga a ti. ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué vas a demostrar con esa estupidez? No te pongas a su altura, hijo. Recuerda que la violencia nunca soluciona nada.

Sven se siente pinchado por aquella afirmación y es entonces él quien se acerca a Muche, sin que le importe el intenso olor a ajo que le llega en oleadas con su aliento.

—No es verdad, profesor. Muchas veces la violencia es la única alternativa.

—¿De verdad lo crees? ¿Cuál fue el beneficio de la Gran Guerra? No sólo para nosotros, los alemanes que fuimos derrotados, sino para los ingleses y los franceses, dime, ¿qué sacaron ellos en claro de tantos millones de muertos y una Europa en ruinas?

—¿Y cuál cree usted que debe ser la respuesta ante la violencia? ¿Cruzarse de brazos? ¿Y si en vez de insultos y huevos podridos aparecen esta noche, en medio de esta fiesta, con palos, cuchillos y armas de fuego?

Y lo cierto es que los estudiantes de Berlín- Charlottenburg le han prometido que harán exactamente eso si esta noche no acude él a la cita. La imagen de aquellos salvajes irrumpiendo en la Fiesta del Cometa, atacando con

saña a aquellos inocentes con disfraces estrafalarios, llenos de amor, buenas intenciones y confianza en el futuro... No, esa imagen es demasiado horrible como para ignorarla.

—¿Qué debemos hacer, profesor? —sigue diciendo. ¿Correr? ¿Escondernos? Al final a todos los que corren se les acaban los sitios dónde esconderse.

—Llamar a la policía.

—¿La policía? —Sven suelta una risita. La policía no vendrá. La mayoría están afiliados al NSDAP, y no vendrán a defender un “nido de comunistas”.

—Esto es sólo una chiquillería —insiste Muche.

—Yo no lo creo así. Verá, profesor, ahora soy un estudiante de La Bauhaus, es verdad, pero también pertenezco a una familia tradicional de Westerwald en la que se da una gran importancia a la defensa del honor agraviado. Y lo siento, profesor, pero no puedo olvidar todo lo que he aprendido desde niño. Me han insultado y mi honor exige también una satisfacción. Blandiré una espada de Mensur si ello es necesario.

—Eres consciente de que te expulsarán si esto llega a saberse.

—Sólo si usted me denuncia, profesor. Nadie más lo sabe. Para el resto, yo habré pasado la noche en la Fiesta del Cometa.

Sven se da la vuelta y empieza a alejarse por la calle de Dessau. Muche se queda plantado allí donde está, y cuando el muchacho se ha alejado unos pasos le grita:

—De acuerdo, Sven, pero no digas que vas por mí o por la Escuela. Es la misma semilla de violencia que está en esos chicos la que ahora te empuja a ti a luchar.

Sven no quiere seguir escuchando y sigue su camino. Mientras avanza por una húmeda calle empedrada, que discurre paralela al río Mulde, se va arrancando uno a uno los icosaedros de latón y los va dejando caer sobre los adoquines. Detrás de él brilla una estela de puntos luminosos. Al frente se cierne la oscuridad de las calles de Dessau.

Puede que el futuro sea luminoso, como ha pronosticado Walter Gropius, pero para alcanzarlo Sven Speer tendrá que atravesar las profundas sombras de esta noche.

LA MALINCHE

(Fragmento)

Laura Esquivel

UNO

Primero fue el viento. Más tarde, como un relámpago, como una lengua de plata en el cielo, fue anunciada en el valle del Anáhuac la tormenta que lavaría la sangre de la piedra. Fue después del sacrificio que la ciudad se oscureció y se escucharon atronadoras descargas, luego apareció en el cielo una serpiente plateada que se vio con la misma fuerza en muy distintos lugares. Enseguida comenzó a llover de una manera pocas veces vista. Llovió toda la tarde y toda la noche y al día siguiente también. Durante tres días no cesó de llover. Llovió tanto, que los sacerdotes y sabios del Anáhuac se alarmaron. Ellos estaban acostumbrados a escuchar y a interpretar la voz del agua pero en esa ocasión sintieron que Tláloc, el dios de la lluvia, no sólo trataba de decirles algo sino que, por medio del agua, había dejado caer sobre ellos una nueva luz, una nueva visión que daría otro sentido a sus vidas, y aunque aún no sabían claramente cuál era, así lo sentían en sus corazones. Y antes de que sus mentes interpretaran correctamente la profundidad del mensaje, que el agua explicaba cada vez que se dejaba caer, la lluvia cesó y el sol resplandeciente se reflejó en la multitud de espejos, de pequeños lagos, ríos y canales que las lluvias habían dejado repletos de agua.

Ese día, lejos del valle del Anáhuac, en la región de Painala, una mujer luchaba por dar a luz a su primogénito. La lluvia ahogaba sus pujidos. Su suegra, que actuaba como partera, no sabía si prestar oídos a su parturienta nuera o al mensaje del dios Tláloc.

No le costó trabajo decidirse por la esposa de su hijo. El parto era complicado. A pesar de su larga experiencia nunca había asistido a un alumbramiento como ése. Durante el baño en temascal —inmediatamente anterior al parto— ella no había detectado que el feto viniera mal acomodado. Todo parecía estar en orden. Sin embargo, el esperado nacimiento se tardaba más de lo común.

Su nuera tenía un buen rato desnuda y en cuclillas pujando afanosamente y no lograba dar a luz. La suegra, previendo que el producto no pudiera pasar por la pelvis, comenzó a preparar el cuchillo de obsidiana con el que partía en pedazos el cuerpo de los fetos que no alcanzaban a nacer. Lo hacía dentro del vientre de sus madres, para que éstas los pudieran expulsar con facilidad y de esta manera al menos ellas salvaran sus vidas. De pronto, la futura abuela —arrodillada frente a su nuera— alcanzó a ver la cabeza del feto emergiendo de la vagina y retrocediendo al momento siguiente, lo cual le indicó que probablemente traía el cordón umbilical enredado en el cuello. De repente, una pequeña cabeza asomó entre las piernas de su madre, con el cordón umbilical entre los labios, como si una serpiente amordazara la boca del infante. La abuela interpretó esa imagen como un mensaje del dios Quetzalcóatl que en forma de serpiente se enredaba en el cuello y en la boca de la criatura. La abuela aprovechó la ocasión para meter su dedo y desenredar el

cordón. Por unos momentos —que parecieron una eternidad—, nada sucedió. La fuerte lluvia era el único sonido que acompañaba los gemidos de la joven parturienta.

Después de que el agua habló, un gran silencio fue sembrado y sólo lo rompió el llanto de una niña a quien nombraron Malinalli por haber nacido en el tercer carácter, de la sexta casa.

(Tomado del libro *Malinche*, Ed. Suma)

RUBÉN

Luis Britto García

Traga Rubén no brinques Rubén sóplate Rubén no te orines en la cama Rubén no toques Rubén no llores Rubén estate quieto Rubén no saltes en la cama Rubén no saques la cabeza por la ventanilla Rubén no rompas el vaso Rubén, Rubén no le saques la lengua a la maestra Rubén no rayes las paredes Rubén di los buenos días Rubén deja el yoyo Rubén no juegues trompo Rubén no faltes al catecismo Rubén amárrate la trenza del zapato Rubén haz las tareas Rubén no rompas los juguetes Rubén reza Rubén no te metas el dedo en la nariz Rubén no juegues con la comida no te pases la vida jugando la vida Rubén.

Estudia Rubén no te jubiles Rubén no fumes Rubén no salgas con tus compañeros Rubén no te pelees con tus amigos Rubén, Rubén no te montes en la parrilla de los motos Rubén estudia la química Rubén no trasnoches Rubén no corras Rubén no ensucies tantas camisetas Rubén saluda a la comadre Paulina Rubén no andes en patota Rubén no hables tanto, estudia la matemática Rubén no te metas con la muchacha del servicio Rubén no pongan tan alto el tocadiscos Rubén no cantes serenatas Rubén no te pongas de delegado de curso Rubén no te comprometas Rubén no te vayas a dejar raspar Rubén no le respondas a tu padre Rubén, Rubén córtate el pelo, coge ejemplo Rubén.

Rubén no manifiestes, no cantes el Belachao Rubén, Rubén no protestes profesores, no dejes que te metan en la lista negra Rubén, Rubén quita esos afiches del cheguevara, no digas yankis go home Rubén, Rubén no repartas hojitas, no pintes los muros Rubén, no siembres la zozobra en las instituciones Rubén, Rubén no quemes cauchos, no agites Rubén, Rubén no me agonices, no me mortifiques Rubén, Rubén modérate, Rubén compórtate, Rubén aquíetate, Rubén componte.

Rubén no corras Rubén no grites Rubén no brinques Rubén no saltes Rubén no pases frente a los guardias Rubén no enfrentes los policías Rubén no dejes que te disparen Rubén no saltes Rubén no grites Rubén no sangres Rubén no caigas.

No te mueras, Rubén.

EN CAMA

Mónica Lavín

Paloma entró cuando me tenían en el piso del baño. Cuenta que dio tal grito que las contrarias salieron a toda prisa, asustadas de verme tumbada, con un ojo abultado y sangre en la cara. Tras Paloma llegaron las demás. Manuel me cargó y Paloma iba insultando, diciendo que se vengaría. Entonces desperté. Alcancé a oír a Paloma indignada.

—No se vale.

Manuel estaba mudo, al sentirme mover en sus brazos saliendo del desmayo, se inclinó y me dio un beso en la mejilla. Lo miré sin hablar, agradecida y un poco asustada por la sangre que se le había pegado a la boca.

Manuel y Paloma me llevaron en un taxi al hospital. Julián se tenía que hacer cargo de regresar al resto del equipo en el camión de la escuela en el que habíamos venido.

Paloma se sentó atrás y Manuel me extendió en el asiento colocando mi cabeza sobre su regazo. Él se fue adelante. Con un pañuelo Paloma detenía la sangre del pómulo. Manuel me daba la mano.

—¿Qué tengo en la cara? —pregunté temerosa.

—Te abrieron el pómulo, capitana. Pero es cuestión de que te den unas puntaditas. La cara es muy escandalosa —me consoló Paloma.

—¿Sabes?, me duele mucho el costado.

Cuando salí de urgencias, me esperaban además de Manuel y Paloma, mis padres y Eugenia. Tenía una costilla

rota y en efecto, me tuvieron que coser la cara, un ojo estaba morado. No era mi mejor estampa.

Mamá frunció el ceño al verme. Papá caminó al lado de la silla de ruedas en la que me llevaron al coche. Manuel y Paloma iban atrás con Eugenia.

—Yo sólo le quería ofrecer mi ayuda para un nuevo diente —le expliqué a mi padre.

—¿Un diente?

—Sí, le tiré un diente a una muchacha, por eso fue el pleito.

—No te preocupes, hija, ya se cobraron el diente.

Manuel y Paloma se bajaron del coche en avenida Insurgentes prometiendo que me visitarían pronto. Esa noche me llamó Manuel. Fui una tonta porque no hice más que llorar. Estaba triste, las fuerzas me habían abandonado.

—Llora, Andrea, te hace falta.

—No sé ni por qué lloro.

—Yo si sé, no te preocupes.

Antes de dormir Eugenia entró al cuarto para acompañarme mientras cenaba con desgano.

—¿El del hospital es el bato, verdad?

Asentí con la cabeza.

—Ya sé porqué lo extrañabas.

Al día siguiente la primera que llegó por la tarde, después del entrenamiento, fue Paloma. Le di las gracias y me contó cómo había gritado al verme sobre el mosaico blanco del baño entre sangre y con todas las chicas pateándome.

—Ya no me expliques —le pedí.

—Lo siento. Te extrañamos hoy en el entrenamiento.

—En dos meses estaré bien. Me parece una eternidad. Para entonces se irá Julián.

—¿Julián?

—Qué tonterías digo —corregí.

—Algo sabes —inquirió Paloma.

Me sentí obligada, por amistad, a confesarle que Julián dejaría el equipo.

—Debes guardar el secreto. Sólo Manuel y yo lo sabemos.

—Como soy capitana suplente, yo también tengo derecho a saberlo.

—¿De veras? No había pensado en eso. Me da gusto. El 5 será capitana.

Eugenia entró a la habitación con Julián y Manuel, éste la ayudó a acercar unas sillas.

—¿Qué dice mi faulera? —me apretó la mano el entrenador.

—Ya ves, inevitable torpeza.

—Qué va, fue un accidente desafortunado y una conducta antideportiva la del otro equipo. Ya lo reporté a la federación.

—Por cierto, traigo esto de parte de nuestro equipo —me dijo Manuel y extendió una tarjeta en forma de balón con las firmas de cada uno de los muchachos. La abracé contra mi pecho y me quedé callada. Los gestos de cariño me hacían llorar.

Julián y Paloma salieron un momento, supongo que Julián le estaría informando de su decisión. En un mes serían las vacaciones de Navidad y después quedaría Manuel a cargo de los equipos.

Manuel se quedó a mi lado, se inclinó hacia mí y me dio un beso tibio en los labios.

—Esta vez no te manché de sangre —le dije nerviosa.

—Ni me di cuenta.

—Parecías vampiro —nos reímos.

—Los vampiros no se encariñan con sus víctimas.

Me sonrojé y bajé la vista. Me miró a los ojos.

—Yo te quiero, Andrea.

Entraron de nuevo al cuarto, no sé si Manuel alcanzó a escuchar mi “yo también”. Julián dijo que Paloma ya estaba enterada de los cambios, pues mientras yo me recuperaba ella era capitana suplente.

—¿Saben? Estoy orgulloso del equipo, ha sido un buen trabajo. Sobre todo hay lealtad y un objetivo común. No les haré falta.

—Te echaremos de menos.

—Planearé juegos entre los equipos de Manuel y los míos. No dejaré que me olviden.

Cuando se fueron estaba cansada. Puse la tarjeta del balón en mi buró y al apagar la luz de la lamparita advertí un sobre amarillo, adentro había un número de fieltro rojo y una tarjeta. La leí:

Para mi amiga: es tuyo el 5.

Que te mejores pronto. Te quiere

Paloma

Esa noche, las estrellas estaban conmigo. Acepté la convalecencia de dos meses y dormí tranquila.

(Tomado del libro *La más faulera*, Ed. Debolsillo)

LAS PESADILLAS DEL DOCTOR ALEX

Paco Ignacio Taibo II

Alex había estado en Nueva Delhi, y se había sentido en casa. ¿Cómo no hacerlo?, si los taxistas locales eran todos hindúes, igual que en Nueva York. Y además tenían el estilo neoyorquino de apretar el acelerador sin acabar de soltar el freno, de escupir a los del automóvil de al lado, y utilizar a mansalva el elegante giro de volante hidráulico que movía el coche como un barco galáctico invadiendo el carril ajeno y provocando el claxonazo. Insultaban igual, gozaban igual del rostro de pavor del cliente al descender, cobraban de más si podían. Maravillosos, casi neoyorquinos.

Por eso, aquella mañana gris manhataniana, cuando contempló el medallón del taxista cuidadosamente, como hacía antes de dar la dirección, y descubrió que estaba en manos de otro más de los taxistas suicidas apellidados Singh, Alex se puso muy, pero que muy contento.

—Al edificio de la ONU —dijo, encendiendo un cigarrillo y esperando que el taxista le dijera que no se podía fumar, lo que le permitiría armar una buena discusión con el chofer respecto a los derechos humanos de los fumadores. Pero Manabendra Singh no sólo no protestó sino que con un gesto displicente le pidió un cigarrillo.

Alex era un hombre adepto a las historias de taxistas neoyorquinos. Era una fauna única, con una gran movilidad social, conflictiva, conversadora, informante, racial-

mente compleja. A lo largo de los tres últimos meses, y con vistas a la operación en que estaba trabajando, había recortado artículos del New York Post que ofrecían historias de taxistas. Parecía que a los del Post les fascinaba tanto como a él el mundo del taxi: niños nacidos en un taxi, mujeres que dejaban la cabeza de su marido en un paquete olvidado en el asiento posterior de un taxi amarillo, la mayor operación de tráfico de cocaína en la historia de Nueva York en la parte trasera de un taxi... Alex además tomaba nota de conversaciones, nombres, grupos organizados por nacionalidades, preferencias. Sabía que tarde o temprano estas notas le serían útiles.

Le fascinaba particularmente la historia de los 28 gitanos del volante asesinados en lo que iba del año, los famosos gypsies, que manejaban limusinas y oldsmóviles de 20 metros de largo en Brooklyn y el Bronx, casi todos ellos latinoamericanos. Asesinados por centavos al acudir a una llamada. ¿Quién y cómo había decidido convertirlos en las grandes víctimas del fin del milenio neoyorquino? Quizá el origen estaba en la fobia antiextranjera que la ciudad recalentaba periódicamente en su horno de locuras.

Los taxistas habían construido un mundo lingüístico aparte. Ya el inglés no era ni siquiera la habitual interlingua. Hablaban por radio como si formaran parte de una multitud de sectas misteriosas, desconcertando a los usuarios. En los marqués alquilados que te llevaban al Kennedy o a La Guardia se hablaba portugués, o una gesticulante variante brasileña. Los gypsies se comunicaban en el español rápido de Colombia y Honduras, comiendo los sonidos consonantes. Los radio-taxis amarillos eran un territorio lingüístico donde dominaban

Antología literaria
el iraní, el hindi y el griego. Las redes de servicio de las estaciones de CB estaban controladas por grupos y camarillas varias, los operadores hablaban pushtu o tojolabal de la sierra de Guerrero, polaco de Gdansk, o contaban chistes en ucraniano.

Alex bajó del automóvil ante la ONU, se negó a dar propina, logró que Singh lo insultara, le devolvió los insultos en su propio idioma añadiendo, al final, que pensaba que su madre se ponía crema de grasa de vaca en las noches en la cara, y cruzó con un paso saltarín la Primera Avenida para ir a ver a su siquiatra.

—Tengo maravillosas pesadillas —le dijo una vez que se acomodó en el sillón. Sueño que soy taxista.

El siquiatra no pareció darse cuenta de la confesión que el director de la CIA acababa de hacerle, y de las implicaciones para el resto del planeta que aquella frase inocente generaba.

(Tomado del libro *Primavera pospuesta*,
Ed. Joaquín Mortiz)

AMOR, AMOR.

Pedro Ángel Palou

I

Bueno, se enamoraron. Es obvio, así empiezan todas las historias, pero es muy aburrido y hace ya tantos años que Aristóteles recomendó eso de *in media res*, empezar en medio de la cosa, que me ahorro el preámbulo. ¿Estar enamorado, además, es lo mismo que creerse enamorado? ¿Cuándo es que un estado de mera excitación pasa a llamarse, científicamente, amor? Esas son preguntas que espero algún día responderme, pero quizá no lo logre aquí, así que también dejémoslas para más tarde.

¿Tres meses después? ¿Es suficiente? Yo creo que sí, prosigamos. Tres meses después de haberse enamorado, Matías y Sonia se encuentran haciendo el amor. No es una tarde cualquiera, ni es la primera vez de ambos juntos, ni la primera vez de ninguno de ellos, antes, se entiende. Pero esta es una tarde especial. Ella lo ha esposado a la cama del motel. Fue de ella, además, la idea, de entrar a esa sexshop que recién abrieron. Fue de ella, por si fuera poco, la propuesta, después de haberse gastado un buen dinero en juguetes de la más diversa índole, sadomasoquistas, como las esposas y el látigo; para retardar la erección, un gel de vainilla, un enorme dildo de latex transparente con las venas y el protuberante glande, de veinte centímetros, talco sabor a fram-

buesa con una delicada pluma de avestruz para aplicarlo, especialmente en los pezones, dijo Sonia. Te va a encantar saborearlos, comentó besándolo y mordiéndolo.

A Matías, por supuesto, no le disgustó la idea. El comportamiento sexual de Sonia no era recatado, pero nada en estos primeros meses auguraba, tampoco, este desparpajo lúbrico. Él pagó con la excitación de quien es invitado, por primera vez, a una orgía, al rito de iniciación de una secta.

—¿Estás nervioso? —le preguntó ella, pellizcándole una nalga cuando salían del lugar, él provisto de una bolsa oscura que ocultaba apenas sus nuevos artefactos, el calor húmedo de todas sus noches de adolescente.

II

Sonia propuso entonces ir al cine. Les va a encantar Sonia, es una mujer hecha y derecha, que siempre va al grano, una mujer del siglo veintinueve, que no añora ni la antigua sumisión de su género ni el desencuentro lésbico de las recientes generaciones. Ella misma ha probado de todo, y así lo confesó no hace mucho a Matías:

—Hasta pensé que era realmente bisexual —le dijo para rematar aquella noche de desenmascaramientos en la que él se sintió ridículo al manifestar sus fantasías apenas imberbes, de *boy scout*. ¡Ah, Sonia, y sus caderas de catedral, de basílica, esas caderas que hicieron temblar a Matías desde aquella primera ocasión, cuando la conoció en la exposición de quién sabe cuál artista contemporáneo en una galería igual de olvidable! Fue él, aquella vez, quien se le acercó intempestivamente, sin requerir presentación alguna, extendió la mano y dijo su nombre:

—Matías. ¿No quieres salir de este lugar, yo estoy aburridísimo? —entrada que ella igualó, sorprendiéndolo:

—Sonia. Te habías tardado, papacito. Llévame a donde quieras, pero que haya mucho alcohol.

Y eso ya hace tres meses, cuando se enamoraron. Escena que yo dije no iba a describir al inicio del relato. Perdónenme la licencia. Todo empieza en algún lugar y yo ya cometí el desliz. ¿Proseguimos, entonces?

Entonces él se fijó en su sonrisa perfecta, en la inversión de sus padres en la ortodoncia adolescente, pensó. El efecto le hizo reír.

Estuvieron bebiendo hasta muy noche y él la llevó en taxi a su casa, besándola desesperadamente. Al llegar le dijo:

—Ni te bajes, Matías. Están mis papás. Vete corriendo a tu casa, te hablo por teléfono.

Se estuvieron masturbando, uno de cada lado de la línea. Él eyaculó antes de que Sonia fingiera un orgasmo.

III

El problema de los *flashbacks* es que no sirven para nada, estorban. Nos hemos salido de la cronología del relato. Ni siquiera sé dónde estábamos.

Claro, claro: Matías esposado en la cama, ella encima, desnuda también, frotándose el clítoris contra el miembro erecto. Él sin poder tocarla, pero siente su humedad, tiene ganas de besarla, de terminar el juego. Le da comezón en la ingle.

Se lo dice y ella lo rasca con los dientes y le acaricia el pene con el pelo, luego con la boca. Lo engulle, está a punto de vomitar Sonia con el trozo de carne que palpita como si tuviera un corazón propio.

Sonia entonces se unta el dedo con gel de kiwi y plátano y lo introduce por el culo de Matías, que grita. No le ha importado rasguñar un poco con sus uñas, o no se ha dado cuenta. No importa. Lo único que importa es ahora el dolor de Matías que se defiende como puede, maniatado. Ella toca la próstata, le da unos masajes concéntricos que pronto dejan de doler y le causan un enorme placer.

Sonia se monta encima y lo cabalga, literalmente, mientras grita como si la estuviesen matando.

Pero no consigue ningún orgasmo: Matías se viene o se va, que es lo mismo y desaparece, como un muñeco o como un preso después de una sesión de tortura.

Sonia fuma un cigarro, sigue en su papel de vamp instantánea.

—Desátame —suplica Matías.

—No te lo mereces, ni siquiera sabes hacer sentir a una mujer.

Se mete al baño entre los gritos del hombre. Él la escucha dentro de la ducha tararear una canción pasada de moda. Desiste hasta que la ve, desnuda, que se viste.

—De verdad, me duelen los brazos, Sonia.

—Mis dolores, chiquito, son más profundos.

—Deja de jugar.

Sonia va al lugar con las llaves de las esposas y se las esconde dentro del brassier.

—Es tu castigo por no ser más macho.

Lo deja solo, gritando. Minutos más tarde Matías comprende que no es un juego. O que si lo es él no comparte las reglas ni lo disfruta.

A las tres horas logra zafar los barrotes de la cama y liberarse. Se ve ridículo cuando se aleja del motel con una

esposa colgando de cada mano.

Sonia es la única con coche, además.

IV

Varios días no se buscan. Pero están enamorados, ya lo dijimos. Y es Matías quien primero llama, o primero perdona. Quedan de verse en un cine, por la noche. Ella propone la película, la hora, el lugar.

Él espera. Y lo peor que puede pasarle a quien no sabe qué decir es la espera. Ensayo decenas de parlamentos. Desde la recriminación más burda hasta el reencuentro más banal pasan por su mente y Matías les da forma, los amuebla con palabras para desecharlos minutos más tarde.

Cuando al fin se ven él queda mudo. Ella lo besa como si nada hubiese pasado.

Tal vez deba ser más específico. Sonia lo besa, mor-diéndole el labio y le saca sangre, le hace daño.

La película no merece mención. La oscuridad sí, pero lo que pueden hacer dos cuerpos en una sala semivacía de cine es del dominio público y por corriente la elimino. Dichoso el narrador que, para no aburrirse él mismo puede saltarse pormenores estúpidos.

Lo esencial comienza cuando ella le pregunta:

—¿Qué hiciste con nuestros juguetes?

—...

—¿Los tiraste? ¿Los dejaste en el motel? ¿Los guardaste?

—Los alquilo —bromea Matías— ¿cuál se te antoja? Las esposas están descartadas, esas sí las tiré.

—Me interesa el látigo y el vibrador —sigue ella en su juego. Es tu turno, ¿vamos?

Van a casa de Matías, aunque la casa de Matías le da asco a Sonia, es un desastre.

Ya dentro él la golpea en el rostro. Es una cachetada, una sola. Sonia no la espera y cae al suelo. Los ojos se le inyectan, pero no puede detenerse ahora. Se deja hacer.

Él la desviste y la ata con una pañoleta, los brazos detrás de la espalda. Luego la obliga a acostarse sobre la mesa del comedor y la golpea con el látigo. No duele, pero aun así ella siente rabia. Lo detesta. Resiste, Sonia, no les dije que la iban a amar.

Matías la voltea y aplica en las nalgas y en el culo otro gel, este oriental, que calienta las zonas erógenas —le había dicho el dependiente de la tienda que se los vendió. Sonia siente que arde, pero le gusta. Por primera vez en la noche siente placer. Escucha que Matías enciende el vibrador y siente que se lo introduce por la vagina.

Luego lo deja hacer. Se escuchan los pasos, la nevera que se abre, el hombre que regresa. Ella finge que goza.

Grita.

Él introduce su dedo en el culo, luego un hielo. Tiene que ser un hielo. Sonia lo siente mientras entra y se derrite un poco.

La sensación es extraña.

Matías saca el vibrador y la penetra.

V

Son curiosas las parejas cuando hacen el amor. Unas guardan silencio, como si la seriedad del momento les impidiera pronunciar palabra. O se sienten ridículos, quién sabe. Otros más dan instrucciones: “Así, allí, más fuerte, no tan

rápido”. Son los consoladores aéreos del sexo, y quien los oye termina por no escucharlos, de cualquier forma. Sonia, en cambio, quiere historias. Le dice a Matías siempre —y esta vez no es la excepción— que le cuente que siente, que le refiera pormenorizadamente lo que va a hacerle, lo que experimenta mientras le jala el cabello.

Ella lo escucha y sigue sintiendo cómo el hielo se le derrite poco a poco en el recto.

Y ahora sí Sonia tiene un orgasmo. Un orgasmo discreto, pero que ya puede llamarse, con toda propiedad, orgasmo.

Déjenme describir ese momento. Detenerme por un instante en la pareja, exhausta encima de la mesa de madera. Ambos desnudos, ella ya desatada. Ninguno juega ahora juego alguno. El cuerpo de Sonia, el espectacular cuerpo de Sonia —podríamos componer una égloga a sus caderas, o al menos un minueto si carecemos de tiempo, como es mi caso—, conoce, al menos en apariencia, descanso. El hielo sigue deshaciéndose, como un enema y algunas gotas escapan de sus nalgas que prefiero no describir para que el lector imagine un poco, tenga deseos de tocarlas, mojadas. Morderlas o pellizcarlas, lo que sea.

Matías ha traído una botella de vodka fría que van consumiendo, poco a poco, pasándosela. El líquido quema un poco, piensa Sonia. Pero qué cosa importante en la vida no quema —la frase es de ella, ella la pensó, discúlpenme. A veces los narradores parecemos, más bien, notarios públicos.

Después ella grita, siente un cuerpo. Un ser dentro que busca escapar. Voltea y aprieta, hace un esfuerzo enorme, medio borracha, y al fin lo expulsa.

Es un pescadito diminuto, vivo, que pretende sobrevivir a la glaciación del hielo y a su lucha contracorriente para escapar del ano de Sonia.

Cuando se juega, piensa ella, se juega. Va a la cocina por un vaso, lo llena de agua y arroja el pequeño animal rojo que tranquilo ya comienza a nadar.

—¿Cómo le pondremos Matías? Será nuestra mascota.

VI

Esa noche duermen juntos. Sonia decide no irse a casa, ya inventará algo al día siguiente. O tal vez no vuelva nunca y se quede para siempre con Matías, piensa ya francamente borracha mientras lo abraza.

Han hecho el amor, de nuevo, ante la mirada atónita del pez anónimo, el pez sin nombre aún.

Una mirada de pez es siempre una mirada de asombro. O de incredulidad. Váyase a saber qué carajo piensan los peces en sus noches eternamente húmedas. Podría quedarse para siempre con este hombre, se dijo Sonia. Y por muchos años. Los mejores sádicos nunca se mueren durante sus violaciones, sus raptos o sus orgías. Mueren de dolor de estómago, de gripe o de anginas.

Les quedan muchos años de vida.

Pero la vida está hecha de días, de horas, de minutos, de segundos. Y en este preciso momento Matías la abraza y ronca —o ronca y la abraza, qué importa el orden— Sonia suspira hondo, cierra los ojos y se cree feliz.

Las parejas creen siempre que son la pareja. Las parejas están convencidas que el otro las piensa, las desea, las ama todo el tiempo. Nada más falso: Matías, por ejem-

plo mientras abraza y ronca también sueña. Y sueña, nada extraño, con otra mujer. Sonia aún no sueña, está entrando a esa zona de la noche. Pronto lo hará. Y soñará, nada extraño, con que se masturba sola y ahora sí consigue un orgasmo pleno, de verdad.

Siempre estamos solos. Somos siempre como ese pez absorto dentro del vaso. Ese pez sin nombre, encerrado tras el cristal que sin embargo mira, nada y se imagina libre. Libre, incluso, para soñar con otro. Para ser infiel.

Quienes creen que aman a otros son más estúpidos que quienes se aman a sí mismos, pero son también un poco más felices.

Ah, se me olvidaba: nadie se termina una botella de vodka sin resaca. Y la resaca hace ver las cosas distintas, despinta los muros, hace insoportables las voces y los ruidos. La resaca obliga al juicio moral.

Y la vida se vuelve insoportable. Al menos por esa mañana. Un buen café, mucho silencio. Más sueño, quizá.

¿Dije ya que Sonia y Matías estaban enamorados?

IN FIDUCIAM DE LA JUVENTUD DE UN SANTO

Peter Berling

Eminencia,

Vuestro encargo honra a este servidor y despierta en él al *homo historicus*, obligado a tener sensibilidad y memoria, pero también la curiosidad —tal vez impropia— del *homo politicus*.

No puedo resistir la tentación, Eminencia, de oponerme a vuestra manipulación de los hechos y al arte que ejercéis —aunque convengo que con una habilidad magistral— de omitir datos, y me permito aportar mis propias deducciones:

La tentación de hacer triunfar a la verdad, cuando es insensata, correrá el riesgo de concentrar en mi persona vuestro justificado disgusto. «¿Qué es la verdad?», me objetaréis con toda probabilidad. *Verba et voces*. Pero como se trata de un informe que podéis leer y destruir después, me permito limitar semejante *ars ignorandi* a lo menos importante, procediendo, en cambio, a refrescar un poco vuestra memoria en lo que se refiere a vuestra propia persona, vuestro origen y vuestra carrera.

La historia tragicómica del tal Gérard y de Lucía es demasiado bonita para ser verdad.

¿Será posible que con semejante *curriculum vitae* tan sólo deseéis aparentar mayor edad de la que tenéis en rea-

lidad? De todos modos, sólo conseguiréis aumentarla en dos años que, sin embargo, pueden ser decisivos cuando se intenta obtener una sede episcopal.

La realidad es que fuistéis engendrado en cierto modo «de pasada», en la propia Roma, por lo cual os impusieron, en un principio, y sin la menor pretensión de demostraros cariño, el nombre de Romano, pues así constaba en una tablilla colgada del diminuto bulto que érais vos entonces, resultado indeseable de un encuentro fugaz en el sentido más literal de la palabra. El hecho de que no carguéis con el apellido Della Ruota se lo debéis únicamente al afán compensatorio de la sociedad en cuyo seno habéis nacido.

Cantas Christi urget nos!

(Fragmento del libro *El Obispo y su Santo*, Ed. Debolsillo)

9 MM PARABELLUM

Rafael Marín

Descubrí que me estaban poniendo los cuernos gracias a unos gemelos. De oro, eso sí, con una perlita rosa en el centro. Nos los regaló el presidente de Uzbekistán, creo. Una pareja para José Ignacio o y otra mí, que soportaba con él los honores y el calor sofocante y no me tenía en pie del cansancio tras doce horas de vuelo, otras diez de reuniones, una recepción, un dolor de muelas bíblico y una mala combinación de antibióticos y ginebra de esas que te dan en los aviones, en botellita pequeña, y que emborracha más que un litro de los que se compran en los *duty-frees* de los aeropuertos. Claro que nosotros hace mucho tiempo que ni tenemos tiempo de pasar por los *duty-frees*, y estaría mal visto que un ministro y su secretario de estado se atiboraran de tabaco y bebidas de alta graduación antes de subir a bordo.

José Ignacio es el ministro, claro, y yo soy su número dos. Siempre lo he sido. Y no sólo en el escalafón, quiero decir. Estudiamos juntos en los mejores colegios religiosos de Madrid, hicimos nuestros viajes correspondientes por Europa y por América justo cuando había que hacerlos, ingresamos en el mismo partido y nos batimos el cobre en cientos de comisiones parlamentarias, controles al gobierno, mociones de censura, campañas electorales y, por fin, pudimos acariciar el codiciado sillón azul. Bueno, lo acarició

José Ignacio. Como siempre, yo me quedé en segundo plano. Y, ojo, no es que sea más tonto ni tenga menos enchufes que él. Simplemente, es mi sino. En el colegio, en las universidades, yo siempre sacaba mejores calificaciones que él durante todo el curso. Pero llegaban los exámenes finales, las subidas de nota, los trabajos extraordinarios, y entonces, en el cómputo de final de curso, me ganaba por unas décimas o incluso por un punto largo. Lo mismo cuando pasamos por la empresa privada, y cuando nos afiliamos al partido (yo lo hice seis meses antes, por cierto). Cuando empecé a salir con la hija de un banquero, al final fue José Ignacio quien se casó con ella. En las quinielas que hizo el Presi en su libretita azul para ver a quién le endosaba el cargo, sé que yo estuve encabezando los nombres durante un montón de semanas. Pero el cargo se lo llevó José Ignacio. Yo me quedé segundo.

Los gemelos son esa cosa inservible que el protocolo obliga en según qué casos. Nos los regaló el presidente de Uzbekistán, allí a pleno sol, sobre el estrado, y José Ignacio, que tenía las manos ocupadas con el discurso de marras y usa trajes a medida sin bolsillos, para que no le pase como a Julio Iglesias cuando canta (queda muy feo un ministro hablando con la mano metida en el costado, como si tuviera flato), me dejó los suyos en fideicomiso. Yo sí me los metí en el bolsillo, no les di más importancia, y no me di cuenta de que los tenía hasta que, en el vuelo de regreso a Madrid, fui al lavabo del avión y se me cayó mi pareja al suelo. Pisé uno sin querer, porque aunque viajes en clase business los lavabos de los aviones siguen siendo estrechitos y hay que llamarse Emmanuelle para poder maniobrar

dentro, y cuando me agaché a recogerlo se me cayó el de José Ignacio. Mientras miraba las cuatro piezas, no sé por qué, decidí darles el cambiazo. Me quedé los dos que estaban intactos y le di a mi ministro, cuando bajábamos ya del avión y entrábamos en el coche oficial, la otra pareja, con uno de los dos un poquito jodido.

Seis meses más tarde, cuando fui a ponerme los gemelos porque tenía que recibir al viceministro del interior francés, me di cuenta de que había una grieta tonta en una de las perlas de mi gemelo. Lo había dejado allí, en mi mesita de noche, tres o cuatro días atrás, antes de un viaje a Bruselas que me cayó del cielo cuando no me lo esperaba, y ahora aquí estaba el gemelo con la perla resquebrajada. El mismo gemelo con la misma perla resquebrajada al que yo le había dado el cambiazo.

No soy tonto. Soy el número dos del ministro pero no me chupo el dedo. No había que ser Sherlock Holmes para descartar la casualidad de que un segundo gemelo se hubiera roto exactamente por el mismo sitio. Aquél era el gemelo que yo había cambiado, y ahora estaba aquí, en mi mesilla de noche, junto a mi cama de sábanas limpias, recién cambiadas, con olor a nuevo. Mi mujer dormía como un angelito, de espaldas a mí, pero ya no me pareció nada inocente.

Esa mañana me tragué dos discursos, agoté cuatro baterías seguidas en el teléfono móvil, me cabreé con uno de mis ayudantes y noté que cada dos por tres me temblaban las manos. La evidencia me roía. José Ignacio, mientras yo le sustituía en viajes incómodos y le echaba todos los capotazos del mundo ante las comisiones de control, se es-

taba beneficiando a mi mujer. En mi propia casa, al parecer, en ocasiones. Y en uno de aquellos encuentros furtivos, sin darse cuenta, me había vuelto a cambiar el gemelo que yo previamente le había cambiado.

Como decía Mel Brooks, es bueno ser rey. Tampoco está mal ser secretario del ministro. El número dos. Casi todo el poder de España en mis manos. Para lo bueno y para lo malo. Un par de llamadas son un par de órdenes. Y cuando dices que quieres algo para ahora mismo lo tienes ahora mismo. Asunto de estado, prioridad máxima. Para cerciorarme, pedí que dieran un listado de todas las llamadas efectuadas y recibidas desde el móvil de mi mujer, desde mi casa, desde su despacho en el consejo de dirección del banco. Dicho y hecho, seis minutos más tarde tenía una larga hoja impresa. Tardé poco menos de media hora en cotejar las llamadas hechas desde el móvil del ministro, las que habían hecho desde el propio ministerio. Casi todas ellas coincidían con los días en que yo estaba volando por toda Europa, de comisión en comisión, recitando discursos y bebiendo ginebra de botellita chica en la clase *business* de los aviones de Iberia.

No sé si me fastidió más el hecho de saber que me estaban poniendo los adornos o que fuera precisamente José Ignacio quien lo hacía. Mi amigo. Mi compañero de estudios. El padrino de mis hijos. Mi jefe. La política es sacrificada y sabes que corres el riesgo de que tu mujer se aburra de aburrirse y acabe enrollándose con su instructor de pilates o con el profesor de equitación de tus hijos. Pero hacerlo con un ministro es, además de una temeridad, una estupidez. He visto a José Ignacio en la sauna y ni siquiera está bien dotado. Y tiene menos tiempo que yo para todo.

Si yo perteneciera a otro partido, apelaría al honor herido. Pero fue una simple cuestión de vanidad y de orgullo. Uno comprende que un chaval de tableta de chocolate y veinticinco años tatuados se cepille a tu mujer, a la que ves de higos a brevas por las servidumbres del cargo. ¿Pero que lo haga tu jefe inmediato, el hombre sobre el que cuelga toda la seguridad de un país entero? Esto no podía quedar así. Por una vez, no me iba a contentar con ser plato de segunda mesa. No señor. Pensé en llamar a *El Mundo*, a *Intereconomía*, a *Libertad Digital*. Y darles el soplo. Pero eso me cubriría de vergüenza, Federico y César Vidal me convertirían en blanco de sus mofas, y quién sabe si no caería el gobierno y, encima, iba a quedarme sin un sueldazo.

La solución era más española y viril. La deshonra sólo se lava con sangre. Podía cargarme a mi mujer, o podía cargarme al ministro. El ministro no tiene una fortuna como tiene María Eduvigis, ni se me abre de piernas de vez en cuando, aunque sea por cumplir. Tendría que ser el ministro. Lo siento, José Ignacio. No tendrías que haberte encaprichado de mi mujer, ni de mi gemelo intacto.

Dedicarte a la política tiene muchas incomodidades. Una de ellas, la que peor llevamos todos, son los escoltas. Pero si el hombre experimenta con ratones, la naturaleza desarrolla ratones más listos. Si lo hace su majestad el rey, poniéndose un casco y largándose en la moto, y hasta escriben novelas al respecto, imaginen ustedes la de vueltas que damos los de segunda fila para escaquearnos y poder hacer un rato de *footing* por el Retiro, o escaparte a comprar tabaco porque te apetece fumar y al Presi eso le pone de los nervios, o tirarte a la mujer de tu secretario.

Si Juan Ignacio lo hacía, también lo hacía yo. Es fácil. Con el terrorismo dando sus últimas boqueadas y anunciando y desanunciando treguas, no cuesta mucho salir de casa por la puerta del aparcamiento, con otra ropa. O tener cronometrado en qué momento la pareja de escolta se turna para buscar los cafés en la gasolinera mientras te vigilan toda la noche.

No fue difícil, y no es por alardear. Basta saber los horarios y las costumbres. Saqué la Z88 de la caja fuerte del despacho ministerio, un arma requisada en una redada y que José Ignacio, tras posar con ella para la prensa, había olvidado entregar al archivo. Con su cargador 9 mm Parabellum, el ideal para este tipo de casos. Di el esquinazo a los escoltas usando, sí, el viejo truco del casco y la moto. José Ignacio tenía a esas horas una reunión secreta con un par de representantes de grupos minoritarios a los que el gobierno quería hacer una cesión de competencias si votaban los presupuestos generales del estado. Un restaurante en las afueras de Madrid. Por lo tanto, no habría nadie esperándolo en el apartamento donde dormía este tipo de noches. Yo tenía la llave, porque a veces era yo quien lo utilizaba, si andaba ajustado de tiempo. Lo esperé sentado en el cuarto de baño, dentro de la ducha, como en *Psicosis*. Me llamaron al móvil a la mañana siguiente, camino de Barajas, donde iba a recibir al presidente de Uzbekistán, precisamente. Revuelo de teletipos, periodistas colapsando el ministerio, declaraciones que me tocó realizar a mí, como secretario de estado y ahora ministro en funciones. Diez días de vértigo. El entierro con todos los honores, la prensa de la oposición clamando al cielo como era de esperar, los

hijos de José Ignacio que tuvieron que volver corriendo (bueno, en avión) de Yale y Lausana, la medalla de Isabel la Católica al mérito civil. Todo eso que ven ustedes en los telediarios justo antes de cambiar de canal y que yo tuve que tragarme en primera persona, con el rostro compungido y al borde de las lágrimas. Luego, la espera de un nuevo ministro que me relevase y el Presi, que no quiso aprovechar la ocasión para remodelar el gabinete, que me dijo que siguiera yo adelante, hasta las elecciones del próximo abril, si había suerte.

Nadie sospechó nada. Dos tiros en la nuca, la munición característica, una caza al hombre que no llevó a ninguna detención. Los abertxales se negaron a condenar el asesinato, para variar. Los gerifaltes de la banda, peleados entre sí, no tenían muy claro de quién había partido la orden, habiendo tantos comandos por libre, pequeños reinos de taifas de un emporio que se les venía abajo. En Gara negaron tener nada que ver. Después dijeron que sí en un comunicado a Francia. Lo de costumbre.

Tres semanas y pico más tarde tuve que negociar yo el acuerdo a los presupuestos generales del estado allá donde se habían quedado, en punto muerto. Un asador en las afueras de Madrid, discreto, entre pinares, los escoltas en la puerta. Soy buen negociador. Tengo buena labia. Y mala próstata.

Pasada la medianoche, entré a mear. Un alivio, después de tanta agua Bezoya. Me estaba lavando las manos cuando vi por el espejo que dos de los excusados se abrían casi a la par y dos hombres encapuchados salían de ellos.

—Eskerrik asko por su colaboración, señor Ufarte—me dijo uno de ellos—. Pero era un trabajo que teníamos que haber

hecho nosotros. Estaba ya pagado, ¿sabe usted?

Fueron dos tiros a la cabeza, a quemarropa. Uno de ellos me atravesó la perla rosa del gemelo antes de abrirse paso por el cristal de mis gafas.

(Cuento premiado en la Semana Negra, Gijón, España)

ENTREACTO AMOR FILIAL

Rosa Beltrán

Se pregunta por qué tendrá esa costumbre de no poder oír las puertas cerrarse con estrépito. Cada vez que sucede, cuando de veras sucede el milagro del encuentro, la imagen del par de zapatos va precedida de un ruido deliberado al dar vuelta al picaporte y ese simple gesto basta para ponerla a temblar de miedo y placer. “La verdadera función de los actos simples —piensa—, qué extraña”, porque ese primer ruido del picaporte encierra, además, la cualidad de incluir como garantía un nuevo estrépito cuando la puerta sea otra vez cerrada. En ese minuto sabe que es posible entusiasmarse por algo nuevamente, aunque ese algo no sea sino el deseo inútil de que el tiempo que acaba de transcurrir vuelva.

En un sentido riguroso, ni ese tiempo ni el verano siguiente llegarán. Es decir, volverán los paseos a la playa con todas las comodidades de un hotel de primera clase, o las eternas esperas, cuando no haya dinero para salir juntos de vacaciones y ella tenga que contar con angustia las horas que pasan juntos, sin decirse una palabra, y las vea perderse sin remedio; pero la certeza de que a partir del instante en que se abra la puerta con violencia ocurrirá que tendrán mil cosas que decirse, que vivir “hasta la muerte”, hace tiempo que no la tiene.

Empieza el día con optimismo; jala la punta de la colcha y trata de no pensar en las goteras del baño, en el lavabo tapado, en la ropa sucia apilada por semanas por más que todo eso le disguste, porque ha recibido un telegrama. Cuando él llegue, abrirá la puerta del departamento, se instalará en la mecedora y la deseará un poco mientras se mece. Sólo para eso ella se ha molestado en limpiar, para que ambos crean que pueden sentirse a gusto entre todo ese orden, para que puedan amarse ordenadamente. Quizá se amen; es un amor triste, pero poco importa el carácter de ese amor.

Él llegará hasta su cama, dudará un instante antes de besarla y luego pondrá las flores en el piso. Ella, conmovida, mirará el regalo pensando en la última vez que su padre la besó, porque tuvo varicela, hace diecisiete años. También le acarició el brazo y le dijo “no mires la luz”.

A ella le gusta engañarse de vez en cuando. Es un modo de prolongar el placer imaginando “quizá no llegue”, para después recuperar la alegría del encuentro. Y como él no ha llegado, como quizá esté en camino y bordee algunas cuadras, como quizá trate de no caminar la última, la que ya no puede bordearse, ella se inventa la necesidad, por ejemplo, de un café. El tiempo se le viene encima y él ya no debe tardar a menos que haya decidido no venir en el último minuto. Ella lo imagina ya dentro de la casa e inicia una conversación, suspende el momento, lo disfruta y lo deja después ser otra cosa. Habla y se responde y eso que habla todavía no se vuelve la decepción de haberse estrellado en algo incapaz de expresar lo que ahora es sólo un enorme deseo de que él llegue.

Toda su capacidad se ha reducido a poner detalles a la espera. Toma un libro y lo hojea mientras piensa: “Si tuviera tiempo de leer las obras completas, todo lo que está apilado junto a la cama, la vida se va pasando...” Es decir: Esta mañana, ella se levantó de buen humor. Antes de dirigirse al baño buscó la mejor combinación, hizo un poco de ejercicio y trató de suspender el tiempo deteniendo en la memoria el crecimiento de ese amor: “Hoy te quiero igual que ayer, igual que siempre”. Pensó que de ese modo podía prolongarlo, pensó que eso podía ser un remedio contra la muerte de ese amor. Es posible que él ya no venga. Pero ella sabe también que siempre está a un paso de franquear la puerta.

CYBERBULLYING SIN REGULAR

Sanjuana Martínez

Mónica se tomó una foto en bikini con un grupo de compañeras de la secundaria en la piscina. A una se le ocurrió que todas se quitaran la parte superior del traje de baño, se taparan los senos con las manos y posaran para una segunda toma. Otra más pensó que era *cool* subirlas al Facebook. Las imágenes estuvieron en la red sólo unas horas antes que las borrarán, pero fue suficiente para que otros compañeros las utilizaran para hostigarlas y cometer ciberacoso escolar (cyberbullying).

El grupo de estudiantes de entre 14 y 15 años sufrió no sólo las consecuencias de la difusión de las imágenes en Internet, redes sociales, celulares y correos electrónicos, sino también difamación por parte de sus compañeros y la incompreensión de los maestros del colegio privado donde estudiaban.

La directora las castigó dejándolas fuera del viaje de fin de cursos y en la graduación fueron excluidas de la ceremonia de entrega de certificados de secundaria. El colegio debería haberlas apoyado.

Las exhibieron como animales de circo. Mandaron llamar a los padres e hicieron una junta con 10 o 12 maestros. ¿Por qué se tenían que enterar todos los maestros? Luego las señalaban con el dedo. Nuestras hijas sufrieron un doble acoso: el de sus compañeros y el de sus maestros, dice la

Antología literaria
madre de Mónica, quien prefiere mantener el anonimato para no lastimar más a su hija y sus compañeras.

Todas han padecido depresión, angustia e incluso insomnio: “Mi novio terminó conmigo. No me importa: equis. Me sentí muy mal porque nadie nos apoyó. El colegio se portó muy mal. Nosotros cometimos un error, pero no queríamos esto. Todos estaban contra nosotros. Nos hacían bromas. El cyberbullying nos afecta de muchas formas”, comenta Mónica con un nudo en la garganta.

Delito penal

Ante la ola de ciberacoso que afecta a las escuelas, el congreso de Nuevo León aprobó modificaciones al Código Penal para reconocer como delito la persecución que sufren niños, jóvenes y adultos mediante las redes sociales e Internet.

El documento votado a favor por 34 diputados de los partidos Revolucionario Institucional (PRI) y Acción Nacional (PAN) añade un capítulo bis al artículo 345 de dicha normativa para reconocer el acoso escolar, extendido a redes sociales, como parte del delito de difamación, y establece sanciones de trabajo comunitario, aunque de características no especificadas.

La modificación señala que se considera difamación a quien utilice cualquier medio electrónico para difundir, revelar, ceder o transmitir una o más imágenes, grabaciones, audiovisuales o texto para causarle a una o varias personas la deshonra, descrédito, perjuicio o exponerla al desprecio de alguien... Al responsable de este delito se le impondrá como sanción trabajo en beneficio de la comuni-

dad y multa de cien a mil cuotas, y en caso de reincidencia se impondrá una sanción de uno a dos años de prisión.

La iniciativa fue presentada por la diputada panista Carolina Garza Guerra, quien en las páginas de un periódico local ha escrito editoriales durante los últimos años, con el nombre de Carolina López, en defensa de los Legionarios de Cristo y su fundador, Marcial Maciel.

Los partidos de la oposición de izquierda y organizaciones no gubernamentales consideraron que la iniciativa aprobada viola la libertad de expresión y coarta el uso de las redes sociales.

Peor aún, para el diputado Guadalupe Rodríguez Martínez, del Partido del Trabajo (PT), que votó en contra, la propuesta panista hace énfasis desde un punto de vista moralista y conservador sobre la sexualidad de los jóvenes, promoviendo la abstinencia: “Va con dedicatoria para perseguir y acotar la sexualidad de los jóvenes. Con esta ley, el PAN pretendía que ellos renunciaran a las manifestaciones de carácter sexual en las redes, Internet y los correos electrónicos. No va dirigido a legislar contra el cyberbullying”, dice en entrevista el legislador.

La diputada Carolina Garza Guerra se defendió y argumentó que pretendían que el estado fuera pionero en la regulación de este tipo de hechos: “Queremos que las personas que accesen (sic) a las redes sociales hagan un buen uso de éstas. Eso es todo. Nosotros no estamos atentando contra la libertad de expresión, simplemente el límite donde la persona tiene acceso a su intimidad”.

Y añadió: Se tenía que llegar a tipificar como delito y evidentemente hemos hecho un trabajo en conjunto con

Antología literaria
especialistas, con personas, para que esto se pueda aplicar realmente y sea lo más justo posible.

¿Protección o censura?

La organización Artículo 19 emitió un comunicado donde critica la iniciativa de ley aprobada: Con esta acción, Nuevo León incumple con las obligaciones internacionales que tiene el Estado mexicano en su conjunto en materia de libertad de expresión. Pese a las recomendaciones internacionales de despenalizar los llamados delitos contra el honor porque coartan los derechos de libertad de expresión, opinión e información, se ha procedido a agregar delitos que tienen como efecto criminalizar la libre circulación de ideas, informaciones y opiniones.

Añade: “El Congreso de Nuevo León ha decidido seguir legislando en dirección contraria a los derechos humanos, estableciendo medidas que restringen indebidamente la libertad de expresión en Internet, en contravención al derecho internacional. Aunque la intención de proteger a los jóvenes del cyberbullying es loable, la técnica legislativa es vaga e imprecisa, y el resultado es una disposición de ley que es contraria no solamente al derecho internacional, sino a la Constitución en sus artículos 6 y 7”.

El artículo bis añadido señala: Se incrementará la pena en una mitad más cuando se realice sin autorización la difusión o transmisión de imágenes de personas, por cualquier medio de comunicación electrónica, radial, satelital o telefónica, con la intención de generar un daño que pueda causar deshonor, descrédito, perjuicio o se exponga al des-

precio de alguien, de un hecho cierto o falso, determinado o indeterminado.

Para artículo 19, el daño moral que genera el acoso cibernético no debe sancionarse con pena de cárcel, sino debe resolverse por la vía civil: Esta disposición normativa genera límites innecesarios a la libertad de expresión por varias razones, y no se dirige al grupo vulnerable, que son los jóvenes. La limitación a la libertad de expresión se considera una censura previa, pues no es necesario que se genere o se compruebe un daño a la reputación o a la salud psicológica o a la vida social del individuo para que se actualice el delito.

El gobernador Rodrigo Medina finalmente vetó la ley a petición del PT y el dictamen volverá al congreso para su estudio el 9 de julio. Juan Manuel Ramos Mejía, de la organización Redes Quinto Poder, se muestra preocupado porque en otros estados de la República se ha tenido la intención de acotar la libertad de expresión en las redes sociales con distintos pretextos.

En Veracruz, por ejemplo, la iniciativa de ley aprobada a petición del gobernador Javier Duarte consideraba a los tuiteros como terroristas y castigaba hasta con cuatro años de cárcel a quien perturbara el orden público dando a conocer falsamente, a sabiendas de ello y por cualquier medio, la existencia de aparatos explosivos u otros que puedan causar el mínimo efecto. Pero la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) impugnó el artículo 379 del Código Penal con una acción de inconstitucionalidad.

Hace unos días, la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) declaró inconstitucional ese artículo del Cód-

Antología literaria
go Penal de Veracruz, que restringe la libertad de expresión en Internet porque su redacción viola el principio, establecido en la Carta Magna, de legalidad, genera inseguridad jurídica y plantea una sanción desproporcionada, y acordó que la invalidez del artículo 373 tendrá efectos retroactivos, por lo que deberán cancelarse todos los procesos jurídicos en los que ese precepto se haya utilizado.

“Hay una intención de criminalizar a las redes sociales en México con diversos pretextos. El cyberbullying debe combatirse pero desde casa, porque el niño viene con un iPad o un smartphone y hay que controlarle el uso de Internet. Por otro lado, el gobierno no quiere críticas y piensa que las redes sociales son la causa, pero el origen son sus malas acciones, sus actos de corrupción, no las redes sociales”, dice Ramos Mejía.

Para el diputado Rodríguez Martínez, el ciberacoso debe combatirse con figuras nuevas de delitos y de investigación penal, no coartando la libertad de expresión: En primer lugar, crear un área especial del Ministerio Público equipada con tecnología de punta de primer nivel, cosa que no existe, sólo para perseguir este tipo de delitos cibernéticos para que se pueda caracterizar este nuevo delito y pueda jurídicamente construirse una figura de tipo penal o administrativa. Pero si el Estado no cuenta con los recursos vamos a estar ante una iniciativa de ley que será letra muerta.

¿QUÉ ES UNA REVOLUCIÓN?

Tariq Ali

Desear que la guerra civil en Siria sea una Revolución, no la convierte en una.

Desde el comienzo de la Primavera Árabe se ha hablado mucho de revoluciones. No es mi caso. Yo he argumentado contra la posición de que los levantamientos de masas constituyen por si mismos una revolución, es decir, una transferencia de poder de una clase social —o incluso de una capa— a otra, y que conducen a un cambio fundamental. El tamaño real de una multitud no es un factor determinante, a menos de que la mayoría de los participantes tengan objetivos sociales y políticos claros. Si no es así, siempre se verán desbordados por quienes los tengan o por el Estado que recuperará el terreno perdido muy rápidamente.

Egipto es el ejemplo más claro en años recientes. No han surgido órganos de poder autónomos. La Hermandad Musulmana, una fuerza social conservadora que se unió tardíamente a la lucha para derrocar a Mubarak, emergió como el actor político más fuerte en el conflicto y, por lo tanto, ganó las elecciones subsiguientes. El sectarismo de la Hermandad, su estupidez, y deseo de tranquilizar tanto a los aparatos de seguridad locales como a Washington en el sentido de que las cosas continuarían como siempre (“Business as usual”) la llevaron a cometer varios errores estratégicos y tácticos

Antología literaria desde su propio punto de vista. Nuevas movilizaciones masivas estallaron, incluso mayores que las que habían provocado la caída de Mubarak, y una vez más carecían de dirección política, viendo en el ejército a su salvador, y en muchos casos, aplaudiendo la brutalidad de los militares contra los Hermanos Musulmanes. El resultado fue evidente. El antiguo régimen volvió con el apoyo de las masas. Si la primera ola de movilizaciones no fue una revolución, ésta segunda difícilmente puede ser una contra-revolución. Simplemente los militares han reafirmando su papel político; fueron ellos los que decidieron acabar con Mubarak y Morsi. ¿Quién va a acabar con ellos? ¿Otra movilización de masas? Lo dudo mucho. Los movimientos sociales incapaces de desarrollar una política independientes están destinados a desaparecer.

En Libia, el viejo Estado fue destruido por la OTAN después de una campaña de bombardeos que duró seis meses. Casi dos años después, bandas tribales armadas de un tipo u otro, aún deambulan por el país exigiendo su parte del botín. Algo que desde ningún punto de vista puede ser considerado como una revolución.

¿Y qué pensar de Siria? Aquí también el levantamiento de masas era genuino y reflejaba un deseo de cambio político. Si Assad hubiese aceptado negociaciones durante los primeros seis meses o incluso más tarde, tal vez se habría llegado a un acuerdo constitucional. En lugar de eso, se embarcó en el camino de la represión y la trágica división entre Suníes y Chiitas se convirtió nuevamente en un frente de batalla (un verdadero triunfo para los Estados Unidos tras la ocupación de Irak). Turquía, Qatar y los Saudís ofrecieron armas y voluntarios a sus partidarios, y los Iraníes y los Rusos hicieron lo propio con sus armas.

La idea de que la Coalición Nacional Siria es el motor y representante de una revolución Siria es tan ridícula y risible como la idea de que la Hermandad lo era en Egipto. Actualmente se libra una guerra civil brutal en la que ambas partes cometen atrocidades. ¿Utilizó el régimen gas u otras armas químicas? No lo sabemos con certeza. Los ataques previstos por los Estados Unidos tienen como objetivo evitar que los avances militares de Assad derroten a la oposición y que vuelva a hacerse con el control del país. Eso es lo que está en juego en Siria.

Fuera del país, Arabia Saudita está desesperada por que los Suníes se hagan con el poder y aislen aún más a Irán, que se ha reforzado gracias al régimen semi clerical Chiita en Irak creado por la ocupación de los Estados Unidos. Los intereses de Israel difícilmente podrían llamarse un secreto: quieren a Hezbolá aplastado.

Cualquier otra cosa que pueda o no estar sucediendo en Siria está muy lejos de ser una revolución. Sólo los más ciegos y sectarios podrían pensar lo contrario. La idea de que los Saudís, Qatar, o Turquía apoyada por la OTAN, van a crear una democracia revolucionaria o incluso un simple arreglo democrático es desmentida por lo que está sucediendo en el resto del mundo árabe: El demócrata Hollande defiende y justifica la autocracia marroquí; los Saudíes impiden que Yemen avance y ocupan Baréin; Erdogan ha estado muy ocupado reprimiendo en su propio país; a Israel no le basta con tener a la OLP de rodillas y presiona a Hamas para que haga lo mismo (Morsi hubiera tal vez ayudado en ese sentido) para que puedan intentar de nuevo acabar con Hezbolá.

La región es un caos total y la mayoría de los refugiados Sirios en el Líbano y Jordania están muy conscientes de que los ataques de Estados Unidos no ayudarán a su país. Muchos de los valientes ciudadanos de Siria que iniciaron la revuelta se encuentran hoy en los campos de refugiados. Los que están en casa le tienen miedo a ambas partes y ¿quién puede culparlos por eso? Mientras tanto, de regreso en casa, Obama promete a los Republicanos que facilitará el cambio de régimen.

POEMAS

Thelma Nava

MUJER INCONVENIENTE

Definitivamente no, señora mía,
usted no es la mujer que conviene a su marido.
Carece de imaginación
utiliza el gastado lenguaje de las mujeres
de nuestros abuelos.
Alterna las visitas a los supermercados
con las telenovelas
y espera con la crema puesta la cuota semanal del amor.
Y, sobre todo,
usted no sería capaz de compartir a su marido como lo
hago yo
tranquila y resignadamente con usted.

TELEGRAMA

Un beso urgente
para sobrevivir
en el silencio
al que nos obligan.

EN MÉXICO, DONDE TU FUEGO TAMPOCO PODRÁ EXTINGUIRSE

Al Comandante Ernesto Che Guevara

Será porque hoy tu fotografía junto a mí
es una lámpara de fuego
y ha venido un poeta de España que persigue tus
pasos
por la calle de Nápoles de la Ciudad de México.
Será porque duermes entre peces de tierra
y no hay una paloma sobre tu pecho
y tu espalda se ha quedado en silencio.
Porque estás un poco más cerca de nosotros
y una rosa de estaño aparece desnuda entre tus
manos.
Será porque no tengo tu mancuernilla derecha
ni fui la maestra que habló contigo
a la que corregiste los acentos
en la pequeña escuela de Camiri.
Yo sólo soy una mujer que tiembla cuando dice tu
nombre.

DIALÉCTICA

El tirano amenaza y apresura las ejecuciones.
Luego tiende la mano.
Acelera —él no lo sabe—
el proceso irreversible de la historia.

TRINO



TRINO

LOS BARRIOS DE PARÍS

Vilma Fuentes

Si París es ante todo una ciudad cosmopolita, sus barrios respiran un aire provinciano. Vivir durante algunos años en uno de ellos convierte a sus ehabitantes en parte de una familia unida, en la cual, como en todas las familias, hay querellas, secretos inconfesables, celos, herencias, y desconfianza hacia el extranjero.

Hay los habitantes casi ancestrales, los originarios del barrio: se pasean por sus calles con el paso seguro de propietarios de la tierra. Los hijos legítimos, herederos de tradiciones y estilos: cruzan las calles sin dignarse volver la cabeza para ver si viene un vehículo, toca a éste detenerse a su paso. Los primos lejanos, unos ruidosos, otros discretos: igual se detienen, provincianos, obedientes a la autoridad de los semáforos. Los amigos que conocen las costumbres y avanzan directo al café- bar que buscan. Los simples visitantes, caminan con el paso vacilante deteniéndose para mirar un aparador, una librería, una fuente. Los intrusos que se funden en el desfile de caminantes en esa fiesta de la calle a donde todos, sin excepción, son invitados. En una ciudad donde se festeja al peatón.

Cada barrio de París tiene su aspecto, su historia, sus olores, sus vivos y sus muertos. Su nombre. Un nombre inventado por sus pobladores que le viene de lejos, de un

momento impreciso, intemporal. Indefinidos también sus límites de fronteras brumosas. Geografía ajena a las divisiones administrativas.

Quartier Latin, Odéon, Saint-Germain-des-Prés, Marais, Saint-Roche, la Maub. ¿Dónde comienza, dónde termina su territorio? Entre cada barrio, las lindes se superponen a veces; otras, dejan un terreno baldío, tierra sin nombre donde los moradores escogen a su antojo entre un barrio u otro. Sus nombres son la extensión de una iglesia, una cárcel, un mercado, un cementerio, una escuela.

La place Maubert se crea a principios del siglo XIII, al mismo tiempo que se levantan las primeras casas en 1210, lo cual hace del lugar uno de los más antiguos de una ciudad que adquiere su rango y su fisonomía en ese siglo. Maub, apócope de Maubert, probable deformación, por la fuerza de los años, sea de Aubert, nombre del abate de la vecina iglesia de Sainte-Geneviève, sea del sabio Maître Albert. Se vuelve lugar de ejecuciones públicas en el XVI. La más conocida de éstas es la del humanista y traductor del griego, Etienne Dolet, el 3 de agosto de 1546. En 1889 se erige una estatua en su memoria, fundida por orden de los nazis en 1943. Dolet conoce, pues, una segunda vez la hoguera.

Durante siglos, la Maub es un barrio estudiantil con una población, para nada subterránea, de traperos, prostitutas, clochards y otros marginales. Dante da sus clases desde lo alto de un granero a los estudiantes sentados en la paja. Ejemplo de la doble fisonomía del barrio, el aventurero poeta Villon, autor de *La ballade des pendus*, es condenado a la horca. El aspecto de corte de milagros de los

Antología literaria
lugares se va perdiendo, aunque subsistan huellas de su mala vida. Se restauran edificios de los siglos XVI y XVII. Se crean jardines. Se instalan fuentes. Se limpian las calles. Una nueva población adinerada se instala —el barrio se vuelve uno de los más caros de París con sus faroles heredados de Champs-Elysées—. Llegan también personajes como Mitterrand, Choron (creador del satírico periódico *Hara-Kiri*), Soulages, el pretendiente a la corona de Francia. Pero ni sus boutiques de lujo ni sus galerías de arte logran expulsar a los clochards. Forman parte del alma de la Maub.

Si hay ladrones son de cuello blanco. Y si hay prostitutas, no son peripatéticas. Ciertamente, desde hace tres o cuatro años, han surgido, en callecillas discretas, establecimientos acogedores de masaje chino. Como anunciaban un masaje baratísimo, me decidí a ir. El pago por adelantado me hizo dudar. Sin insistir, una chica me indicó la salida. A mi marido, en cambio, le ofrecieron insistentes, por un precio más alto, masaje cuerpo a cuerpo.

Los derechos de autor de la presente antología han sido cedidos gratuitamente por los autores para una única edición. Agradecemos enormemente este gesto de solidaridad.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de octubre en el marco de la XIII Feria Internacional del Libro en el Zócalo .

El tiraje fue de 3,000 ejemplares para su distribución gratuita

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.

Octubre 2013